

MIHAIL MANOILESCO

EL PARTIDO ÚNICO

Prólogo de RAIMUNDO FERNANDEZ CUESTA

Traducción de LUIS JORDANA DE POZAS

ZARAGOZA

Editorial «Heraldo de Aragón». Coso, 100

1938



Scanned by FS
2019

EL PARTIDO ÚNICO

OBRAS PRINCIPALES DEL TRADUCTOR

Los Accidentes del Trabajo Agrícola en España.—Madrid. Editorial Reus. 1903.

Apuntes para un estudio del Movimiento obrero en Zaragoza.—Madrid. Minuesa de los Ríos. 1916.

La Cuestión Agraria en Irlanda. Su historia y estado actual.—Madrid. Minuesa de los Ríos. 1916.

Programa de Derecho Administrativo.—Valencia, 1918.

Bibliografía española de Aguas y Riegos.—Valencia, 1923.

Derecho Administrativo.—Madrid, 1924.

Derecho Municipal Orgánico.—Madrid, 1924.

Tendencias modernas sobre el régimen de las Clases pasivas.—Madrid, 1926.

L'Autonomie Municipale en Espagne (en colaboración con Calvo Sotelo.)—Madrid, 1925.

Les Institutions Collectives d'irrigation en Espagne.—Genève, 1927.

El Municipio en las Constituciones modernas.—Madrid, 1930.

El Sitio del Alcázar de Toledo. (En colaboración con Joaquín Arrás.)—Zaragoza, 1937.

MIHAIL MANOILESCO

Profesor de Economía Política en la Escuela Politécnica de Bucarest
ex-ministro

EL PARTIDO ÚNICO

INSTITUCIÓN POLÍTICA DE
LOS NUEVOS REGÍMENES

Traducción de LUIS JORDANA DE POZAS

Prólogo de RAIMUNDO FERNANDEZ CUESTA

ZARAGOZA
BIBLIOTECA DE ESTUDIOS SOCIALES
1958

SALUDO A FRANCO: ¡ARRIBA ESPAÑA!

**ES PROPIEDAD.- Queda hecho
el depósito que marca la ley.**

ZARAGOZA 1938 - Segundo Año Triunfal

Imprenta HERALDO DE ARAGÓN. Coso, 100

P R Ó L O G O

El fenómeno político se da en el mundo—en los pueblos—con un sincronismo tácito, que sólo los frívolos o los interesados pueden atribuir a mimetismo.

El fenómeno político en la coyuntura final de los ciclos históricos, tiene características a la vez de universalidad y originalidad, porque en esa coyuntura todos los pueblos con esencia vital, aperciben el vicio de las normas agotadas y se aprestan a llenar de un nuevo sentido la época que nace. Vacilantes y tímidos al principio, hasta que surge más tarde la mente cálida que fecunda y eleva aquel sentido.

La originalidad de cada movimiento nacional radica en eso: en la idea que trae a unidad la multiplicidad y el desorden; y su universalidad en el modo y el medio de realizarla.

Pero todos los movimientos nacionales modernos, han nacido con la finalidad metapolítica—todos afirman un modo de ser—y por ello al pensar en conseguir su finalidad, han tenido que crear el instrumento. Que no podía ser el Estado, que es por esencia estático, sino algo distinto, ágil y dinámico, que le infunda el ímpetu y la inquietud que exige el concepto de la revolución permanente, o sea el afán irreprimible y nunca bastante logrado de alcanzar objetivos nuevos, cimas cada vez más altas.

Pues bien; ese instrumento, esa savia circulante, sistema nervioso del Estado, permanente voluntad de lucha, es el Partido único, sin más lazo de unión con los partidos del régimen parlamentario que su denominación, acaso conservada por su valor simbólico y por inercia gramatical.

El Partido único, creación del Derecho público moderno, es estudiado en la presente obra con un detalle y un acierto insuperables; en sus causas, en su naturaleza, en su estructura y en su perennidad; en abstracto y en concreto. Por ello es de un alto interés la lectura de este libro y de extraordinaria oportunidad su traducción a nuestro idioma.

R. FERNANDEZ CUESTA

*A la memoria de los héroes
españoles caídos por el triunfo
de la nueva España.*

*A la memoria de Ion Motza
y de Vasile Marín, comandan-
tes del movimiento rumano de
los Guardias de Hierro, caídos
en Majadahonda, el 13 de ene-
ro de 1937, como voluntarios
del Tercio.*

M. M.

P R E S E N T A C I Ó N

Si esta obra fuese de aquellas que no trascienden de los medios universitarios, la presentación del profesor Manoilescu sería perfectamente supérflua. Desde que, en 1929, publicó su "Teoría del proteccionismo y del cambio internacional", tan original y profunda, su nombre figura entre los de los más eximios economistas de nuestra época.

Pero este libro, por la actualidad relevante de su tema y por la exactitud y claridad con que está escrito, aspira a ser leído por toda clase de personas.

Sin duda por el deslumbramiento que produce la potente originalidad del fascismo, del nacional-socialismo y de los demás movimientos que suelen llamarse totalitarios, nadie había reparado en que sus notas comunes son tantas y tales que justifican el estudio del partido único como una institución política valdera para todos los tiempos y todos los países. Al ilustre autor de este libro corresponde el mérito de haberlo visto antes que nadie y de haber hecho ese estudio en forma difícilmente superable.

Cosa análoga ocurría en España. La breve historia intensa, el estilo peculiar y las raíces programáticas de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. tienen, al parecer, bien poco de común con los fenómenos y las instituciones que en este libro se analizan. Y sin embargo, confrontada con ellos de un modo metódico, es más fácil la comprensión de su ser y de su destino.

Los jóvenes no necesitan ni quizás comprenden que la Falange sea analizada y comparada. Les basta con sentirla apasionadamente, entendiéndola con aquella inteligencia instintiva e insuperable que se llama amor.

Por el contrario, muchos de los que recibieron su formación política e intelectual antes de la Dictadura, experimentan cierta dificultad para entender lo que es la Falange y para darse cuenta de que el Movimiento Nacional sería un trágico y estéril episodio si la Falange no cumpliera la trascendental misión que en Italia y en Alemania han llevado a cabo los partidos fascista y nacional-socialista y que solamente a ella le es dado realizar. La lectura de estas páginas les ayudará a comprender que lo que triunfa en España, gracias al heroísmo sin igual de nuestros soldados y al genio del Caudillo, no es una dictadura, ni una restauración, ni tampoco una etapa transitoria, sino una revolución que dará a España una estructura y un régimen permanente y distinto de cuantos le precedieron.

El autor de este libro es un hombre joven, cuyas múltiples actividades se desarrollaron principalmente en los terrenos técnico, político y científico.

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, Mihail Manoilescu recibe su título en 1915 e inmediatamente se ve llamado a participar en la preparación técnica de la gran guerra, haciéndose notar muy pronto por sus estudios sobre movilización técnica y construcción de nuevos modelos de cañones. Llegada la paz, participa activamente en la labor de reconstrucción económica y fabril de su país y organiza la primera Exposición industrial de la gran Rumania. Desde 1931, desempeña la Cátedra de Economía, Organización y Racionalización de la Escuela Politécnica de Bucarest.

Como político, ha ocupado los más altos cargos. Director general de Industria en 1921, Ministro—con breves intervalos—desde 1926 hasta 1931, contribuyó con entusiasmo a la restauración en su trono del rey Carol y se consagró más tarde a preparar la realización de sus propias concepciones políticas,

muy alejadas de la democracia postiza que padecía su patria. Desde hace años, figura a la cabeza de una escuela política rumana que, siguiendo sus orientaciones, trabaja por la implantación de un régimen corporativo marcadamente original.

La producción científica de Manoilescu es tan copiosa que no cabe reseñarla aquí (1). Entre sus más importantes obras descuella la ya mencionada "Teoría del Proteccionismo", traducida a los principales idiomas; "El Siglo del Corporatismo", que pronto tendré el honor de dar a conocer al público español, y este volumen que ahora publicamos.

Manoilescu, que ha sido llamado varias veces por Hitler, Mussolini y Salazar para misiones científicas o trabajos corporativos, siente por nuestra España una admiración sin límites. No contento con las facilidades que otorgó generosamente para la traducción de sus obras al español, ha enriquecido esta edición con un capítulo dedicado a la F. E. T. y de las J. O. N. S., con un prólogo especial en que palpita su amor a España y con multitud de notas exclusivas.

En estas horas de lucha, amargada por la baja enemistad o la estúpida incomprensión de tantos políticos y profesores extranjeros, esa adhesión activa y entusiasta de uno de los hombres más ilustres de su patria merece una gratitud perdurable, que me atrevo a consignar aquí en el nombre sagrado de España.

L. J. P.

(1) Véase el folleto de Florin Em. Manoliu, "Bibliographie des travaux du Professeur Mihail Manoilescu. Bucarest, 1936.

Prefacio del autor para la edición española

Cuando el profesor Jordana de Pozas me pidió autorización para traducir al español mis libros “El Siglo del Corporatismo” y “El Partido Unico”, con el fin de publicarlos en una Biblioteca destinada a editar las obras que pudieran ser útiles para la reconstrucción del nuevo Estado español, sentí la convicción definitiva de la victoria indudable que espera al glorioso ejército del General Franco.

Más que todas las conquistas visibles, esa calma de los espíritus directores y esta noble preocupación por el modo de organizar la paz y la victoria, dan al extranjero la sensación exacta de la situación consolidada del nuevo régimen español.

Unicamente los vencedores se inquietan por lo que han de hacer al día siguiente de su triunfo. Tan sólo los “poseedores del porvenir” se preocupan de construir mediante el pensamiento el Estado que se han hecho acreedores a conducir. La noble inquietud de asegurar la realidad de su ideal político no la sienten sino los que son dueños del país en que ha de implantarse.

No conozco en la historia un ejemplo superior de serenidad y de dominio espiritual. Cuando el cañón truena todavía, hombres eminentes, intelectuales españoles de envergadura europea, se sientan tranquilamente ante su mesa de trabajo para elaborar el proyecto del nuevo Estado, que cada cañonazo hace más concreto y más real. Y cuando las bombas de los aviones caen en su derredor y conmueven hondamente la tierra, la sacudida no hace temblar un instante su mano derecha, porque

una mano escribe en el papel la fisonomía de aquel Estado nuevo, con el que se sueña y por el que se lucha.

Suele citarse el hermoso ejemplo de Napoleón, redactando personalmente en plena guerra, en su campamento de Moscú, los nuevos estatutos de la Comedia Francesa, pero en ese gesto había ciertamente algo de... comedia, porque el gran genio militar quería proclamar de aquel modo ostentoso su calma, para dar a su pueblo una confianza que comenzaba a faltarle.

Lo que España (y no digo jamás “la España nacionalista” o “la España del General Franco”, sencillamente porque no hay otra) hace en estos momentos es bastante más serio y más profundo. **La España que piensa** formula sobre el papel su propio destino, y señala el camino futuro, que **la España que combate** está abriendo, y que **la España que trabaja** ejecutará.

Los trabajos de estudio y de preparación para un nuevo Estado, así como la formación de la opinión pública en el sentido de las nuevas ideas que han conquistado el mundo, son la consecuencia natural y lógica de esta misma guerra que España persigue implacable y heroicamente. **El porqué** de la guerra, que todo combatiente español lleva en su alma, se aclara, se precisa y toma cuerpo bajo los reflectores potentes de los pensadores españoles que, lejos de colocarse virtualmente a la retaguardia del ejército que avanza, se sitúan, por el contrario, a su vanguardia para fijarle el objetivo supremo.



Lo que el General Franco y sus colaboradores han hecho ya para la organización del Estado nuevo es maravilloso.

Como esta edición española de nuestra obra se ha preparado con prisa, al mismo ritmo bélico, solamente hemos podido subrayar la originalidad profunda del sistema español por algunas notas dispersas.

El genio constructivo del nuevo régimen y de su incomparable jefe se manifiesta así de un modo esplendoroso y coloca ya a este régimen al lado y por encima de cuanto hay de más brillante en la nueva floración de ideas europeas.

Por sus esplendores morales e intelectuales, la España de la guerra nos da a conocer la aurora del Estado español del mañana y su grandeza política.

Desde el más lejano país latino de Europa, desde esta Rumania que admira a la nueva España, y le ha entregado ya, caídos en el Tercio, algunos de sus hijos mejores, aporto modestamente este libro a la España nueva y lo deposito—rodilla en tierra—sobre su altar ensangrentado, como una humilde ofrenda.

MIHAIL MANOILESCO.

Bucarest, diciembre 1937.

INTRODUCCION

Es más fácil para cada generación interpretar las creaciones de sus antecesores que definir el espíritu y el sentido de las suyas propias. Y es que, sobre todo en nuestros días, las definiciones, como las doctrinas, suelen manifestarse **a posteriori**; no son obra de creadores, sino de comentaristas.

Nuestro siglo se enriquece con nuevas instituciones por el empuje biológico de las necesidades y la impulsión de algunos grandes intérpretes del instinto de los pueblos; no por el influjo racional de los sistemas de ideas.

De ahí que el método empírico y la solución particular para cada país y cada situación lleven ventaja sobre el método científico y teórico, capaz de proporcionar reglas generales, de aplicación universal.

Los grandes estadistas, que mediante la creación de nuevos tipos de Estado, han impreso a nuestro siglo su originalidad política, son empíricos, que—como M. Jourdain—han lanzado doctrinas universales “sin saberlo”, y han fundado instituciones que se parecen unas a otras de un modo natural, no imitado.

Entre las creaciones políticas y sociales de nuestro siglo (que comienza, para el historiador, en 1918) hay dos que enriquecen el patrimonio de la humanidad de un modo definitivo. Se trata de dos instituciones que, cuando menos en su forma contemporánea, presentan una originalidad y una novedad incontestables y que se bastan por sí solas para dar relieve al paisaje político contemporáneo. **Esas instituciones son la corporación y el partido único.**

En nuestro libro “El siglo del corporatismo” (1) hemos emprendido el examen de la génesis y el destino del corporatismo contemporáneo, así como el estudio teórico completo del Estado corporativo.

En la presente obra nos proponemos estudiar el partido único, esa otra institución contemporánea, de un carácter tan sorprendente y tan curioso para los ideólogos estilo siglo XIX (2).

Ante todo, ¿qué es el partido único?

Es un partido político que posee exclusivamente, **de hecho o de derecho**, la libertad de acción política en un país y que, por tanto, constituye **una institución fundamental del régimen.**

A pesar de su importancia, el partido único ha sido poco estudiado. Hay algunas obras buenas sobre el partido nacional socialista alemán y, especialmente, sobre el partido fascista italiano; pero no existe ninguna sobre los demás movimientos políticos de un carácter análogo. Cada una de aquellas obras se propone el estudio de uno de los partidos únicos. **Hasta ahora, no se ha intentado una presentación de conjunto de todos los partidos únicos, ni se ha estudiado todavía su aparición como un nuevo fenómeno sociológico, particular a nuestro siglo.**

No se ha intentado hasta hoy dar una explicación general del partido único que facilite su comprensión y que permita pronosticar su destino como institución. En suma, no se ha esbozado aún una **teoría del partido único.**

Cuando se escribe sobre los nuevos regímenes autoritarios, se les llama “dictaduras” y se cree que esta palabra lo dice todo. Se olvida la complejidad interior de un régimen autoritario o dictatorial de los de ahora; y que la dictadura no puede ser hoy una institución patriarcal y primitiva, sino que **ha de formar un sistema completo de funciones, que responda a las infinitas exigencias de la vida de los pueblos modernos.**

(1) “Le Siècle du Corporatisme”, París, 1934, Félix Alcan. (Segunda edición en 1936.) La traducción española de esta obra se halla en prensa formando parte de esta misma Biblioteca (N. del T.)

(2) Benito Mussolini: “La Doctrine du fascisme”, pág. 39: “Un partido que gobierna a una nación totalitariamente, es un hecho nuevo en la historia. No caben comparaciones ni semejanzas”.

Se habla simplemente de dictadura, pero no se comprende ni su estructura íntima ni sus profundas innovaciones institucionales.

Sobre todo, no se sabe ver el partido único y su papel capital en el funcionamiento de los nuevos regímenes.

Únicamente lo reconocen los dictadores; verdad es que, probablemente, son los más calificados para darse cuenta de lo que significa el partido único (3).

El partido único se presenta de una manera sensiblemente análoga en muchos de los Estados contemporáneos.

El **partido comunista de la U. R. S. S.**, instalado en el poder desde 1917; el **partido republicano del pueblo turco**, fundado en 1919; el **partido nacional fascista de Italia**, nacido como un movimiento en 1919, conquistador del poder en 1922 y consagrado legalmente como partido único el 9 de diciembre de 1928; el **partido nacional-socialista de Alemania**, fundado en 1919, victorioso en 30 de enero de 1933 y proclamado en derecho como partido único el 1.º de diciembre de 1933, y la **Unión Nacional de Portugal**, fundada el 30 de julio de 1933, constituyen otras tantas instituciones políticas de orígenes diferentes y que, sin embargo, presentan caracteres comunes bien marcados.

Ahora bien, es precisamente esa coincidencia la que impone el examen teórico del partido único como un problema general de nuestra época.

El partido único se encuentra en la base de los regímenes más distintos en cuanto concepciones sociales e ideales humanos. Constituye el instrumento político del comunismo ruso lo mismo que del fascismo italiano o del nacional-socialismo alemán.

El partido único nace en las más diversas circunstancias políticas: en Rusia, sucede a un régimen autocrático; en Italia,

(3) Discurso de Mussolini en 1929: "No se trata de saber si el partido debe existir o no, porque si el partido no existiese yo lo inventaría, y lo inventaría tal como es el partido nacional fascista: numeroso, disciplinado, ardiente y con una rígida estructura jerárquica".

Discurso de Hitler en el congreso de Nuremberg en 1934: "Mientras exista un Estado nacional-socialista, habrá un partido nacional-socialista; y mientras haya un partido nacional-socialista no podrá existir otro Estado que el Estado nacional-socialista".

en Portugal, en Alemania y hasta en Turquía, sucede a regímenes liberales.

En fin, el partido único lo adoptan los pueblos más desemejantes desde el punto de vista de la civilización y del origen étnico, desde el Extremo Oriente europeo (Rusia y Turquía), hasta el Extremo Occidente (Portugal).

Esa aparición espontánea de la misma institución en medios políticos tan distintos indica al observador que **se trata de un fenómeno general, que debe de tener sus causas y sus explicaciones generales.**

Su carácter de universalidad es más significativo que el que tenía el liberalismo en sus comienzos. En efecto, la difusión del liberalismo en el mundo fué, en gran parte, **producto de la imitación.** La fuente de la nueva idea era única: brotó en Francia y allí acudían todos los pueblos para apropiársela.

En nuestros días, las fuentes son múltiples y casi sin conexión entre sí. ¿Quién podrá pretender, por ejemplo, que el fascismo, en sus formas orgánicas y en su consagración como partido único, se haya inspirado en el comunismo ruso o en el “kemalismo” turco? Y, a pesar del gran prestigio del fascismo, ¿quién podría afirmar que el partido nacional-socialista alemán es una simple copia del fascismo y no la incorporación específica del ideal alemán de nuestro tiempo y del alma alemana de siempre?

Esa **generación espontánea** de cada partido único en su país, prueba que **existe algo en el clima político contemporáneo que impone la institución de que nos ocupamos.**



En segundo lugar, sentimos la tentación de descifrar el porvenir, examinando si la idea del partido único va a limitarse tan sólo a los países en que ya se ha realizado o bien si, un día, conquistará los demás países del mundo.

En efecto, no es absurda la suposición de que los imperativos del siglo imponen, en todos los países, la aparición del partido único, en cuanto instrumento político dotado del mismo

carácter de universalidad que el sistema parlamentario y el "polipartidismo" del siglo XIX.

La necesidad biológica que exige hoy que cada pueblo organice su vida en su conjunto, implica la idea de unidad y de continuidad en la dirección del Estado, y, por tanto, la idea de **unicidad** en el organismo político del poder supremo.

Parece, pues, que mientras el siglo XIX ha sido la era del **pluralismo político**, el siglo XX será la del **monismo político**...

Finalmente, nos proponemos averiguar si el partido único no será más que un instrumento **pasajero**, útil y necesario tan sólo durante la fase destructora y reestructuradora de cada revolución nacional, o si tendrá el carácter de una institución **permanente**, incrustada para siempre en la estructura del Estado.

Este examen está estrechamente ligado con el de las funciones **permanentes** del partido único; porque la perennidad del partido dependerá de la permanencia de sus funciones y del grado de eficacia que alcance en el cumplimiento de esas funciones. Su duración será la de sus virtudes sociales y nacionales, que trataremos de descubrir.

Esas dos preocupaciones propias de la generalización no nos arrastrarán, sin embargo, a entrar en el camino de los pronósticos y de las profecías.

Al reunir todos los factores de esos problemas no formularemos conclusiones explícitas, sino que dejaremos al lector que deduzca sus impresiones y su síntesis.

Reservaremos en nuestra obra un lugar especial para poner de relieve una virtud particular del partido único, que los sociólogos materialistas del siglo XIX hubieran considerado imposible: el **desinterés material de la clase política formada por los miembros del partido único.**

En contraste con las demás "élites" políticas de la historia, los nuevos partidos políticos no tienen, por lo general, ninguna tendencia a constituirse en clases sociales ricas y explotadoras. Por el contrario, parecen empeñados en conservar un carácter ascético, que por sí mismo es un manantial de fuerza moral... y política.

Para terminar, examinaremos—primero teóricamente, y luego en la realidad de las legislaciones positivas—**los problemas funcionales y constitucionales que plantea la existencia del partido único.**

En efecto, el partido único ha dejado de ser, como cualquier partido en régimen pluralista, una institución **de hecho**, sin existencia jurídica oficial; sino que por el contrario, es un **órgano constitucional**, cuyas relaciones con el Estado han de ser reguladas de un modo exacto.

Otros problemas de no menor importancia son el de la legislación sobre la exclusiva política concedida al partido y las múltiples cuestiones de organización, entre las que destacan el **problema del mando** y el de la **recluta** y jerarquía de los miembros del partido.



Después de haber examinado los problemas y la morfología del partido único **in abstracto**, convendrá presentar los diferentes partidos **in concreto**, según su génesis y sus condiciones particulares de funcionamiento.

Procediendo de lo general a lo particular, la exposición será mucho más fácil y los detalles no harán más que subrayar la impresionante “unidad de estilo” de la nueva institución.

EL PARTIDO ÚNICO

PRIMERA PARTE

EL PARTIDO UNICO COMO INSTITUCION

I

NECESIDAD HISTORICA DEL PARTIDO UNICO

1. — El partido único, como reacción contra el partidismo liberal

Los regímenes autoritarios, a base de un partido único, han sucedido casi todos a una época, más o menos larga, de liberalismo y de "partidismo".

En el momento del triunfo del nuevo régimen, el liberalismo contaba en Italia cincuenta y dos años de existencia (desde 1870 a 1922); en Portugal, con intermitencias insurreccionales, setenta y ocho años (de 1848 a 1926); en Alemania tenía catorce años (de 1919 a 1933), contando el liberalismo nada más que desde la Constitución de Weimar de 1919, con exclusión de la época constitucional imperial que conoció, sin embargo, los partidos y las luchas interiores políticas; finalmente, el liberalismo existía en Turquía, en forma más o menos mitigada, desde hacía trece años (de 1909 a 1922), es decir, desde la revolución de los Jóvenes turcos.

Rusia es el único país en el que la revolución bolchevique no reemplazó un régimen liberal, sino el régimen absolutista

de los Zares, aunque también en Rusia existiese, con la **Duma** de 1904, un rudimento de vida parlamentaria.

He ahí por qué toda investigación sobre los orígenes del partido único debe comenzar por un examen de la herencia liberal.



En nuestros días, el liberalismo es la víctima preferida, en la que se encarnizan sin piedad todos los autores políticos. Echar otra piedra más contra el régimen liberal carecería, a la vez, de originalidad y de elegancia... porque no se tira sobre los moribundos.

Por esa razón no nos detendremos en poner de relieve los males del liberalismo más que en la medida precisa para explicar la génesis del partido único y su característica aparición en los más diversos países.

El andamiaje político del siglo XIX se apoyó sobre algunas situaciones paradójicas. La vida pública de los Estados liberales y constitucionales presentaba constantemente dos aspectos diferentes y contradictorios.

El **orden legal** era una cosa; el **orden real**, otra. La **fachada** política difería de la **verdad política**. Lo que pesaba en el **escenario** de la vida pública no tenía nada que ver con lo que determinaba sus manifestaciones **entre bastidores**. Se vivía en un engaño permanente. Como en el teatro antiguo, se representaba ante las masas, con unas máscaras convenidas, una sencilla comedia.

Se ha afirmado y se ha **probado** suficientemente, que el régimen jurídico del Estado democrático, con su sufragio universal y su parlamentarismo, estaba falseado en su mismo origen por las realidades sociales, más fuertes que las fórmulas legales.

Se ha insistido ya bastante sobre el contraste entre la igualdad **jurídica**, vana y aparente, de los ciudadanos y la desigualdad **social**, profunda y dolorosa, creada por las diferencias de fortuna.

Tras los movimientos políticos "ideológicos" se ha descubierto suficientemente el juego mezquino de las potencias eco-

nómicas; y detrás del “interés general”, el interés particular del capitalismo.



Sobre ese tema, todo está dicho. Quizá queda, sin embargo, un aspecto que es el remate del sistema y que no ha sido puesto de relieve lo bastante. Es el concerniente al impresionante contraste entre la letra de la ley y la realidad política. **Es la inexistencia jurídica de los órganos más poderosos del mecanismo constitucional liberal: los partidos políticos.**

Para el historiador de mañana, la mayor paradoja del siglo XIX será el hecho de que el factor colectivo determinante en la vida del Estado, el partido político, no haya tenido su estatuto jurídico ni siquiera haya sido nombrado en ningún texto legal.

Y ese es precisamente el caso de todos los países democráticos. En la constitución y en las leyes se **habla de todo, menos de los partidos** (4).

Claro es que conocemos la justificación formal (¡Ah!, en el liberalismo, todo era formal). Las constituciones liberales no conocen ni reconocen otra existencia que la de los **individuos**, considerados de un modo independiente y aislado. Toda la preocupación del legislador consistía en defender ese individuo **aislado** (que no existe) frente al Estado y frente a las colectividades que hubieran podido acapararlo y restringir su libertad de acción. Por eso, las constituciones ignoraban los partidos, como ignoraban los sindicatos y las corporaciones.

Nada importaba que los partidos fuesen potentes y dañosos; ni que se considerasen como fuerzas que estaban **por encima** del Estado y que decidiesen del destino del país. La ficción

(4) La constitución de Weimar, aunque más reciente (1919) hace, sin embargo, una sola alusión concreta al régimen de los partidos, al proclamar en su artículo 30: “Los funcionarios son los servidores de la colectividad y no de un partido”.

Es profundamente característico que la única vez en que esta constitución democrática se acuerda de la existencia de los partidos sea para defender al Estado contra su influencia perniciosa.

constitucional no admitía más que individuos y, por tanto, los partidos no podían entrar en la letra de la ley ni adquirir jurídicamente derecho de ciudadanía. Confesemos que los juristas liberales no estaban tan lejos de aquellos escolásticos de la Edad media, que no hubieran podido admitir que el hielo es frío, si no lo hubiese escrito Aristóteles.

La escolástica del siglo XIX era la doctrina individualista del Estado.



Pero esa extravagancia política convenía a los políticos, y ello basta para explicar su persistencia. **El partido había de ser a la vez poderoso e irresponsable.** Como la prensa, el partido podía permitírsele todo sin que le alcanzara ninguna sanción.

Sus jefes, que no eran tales jefes sino políticos oportunistas, preocupados siempre de beneficiarse con las victorias tanto como de ponerse a salvo personalmente en caso de fracasar, estaban al abrigo de toda responsabilidad frente a la colectividad nacional.

Ninguna palabra ha sonado tanto ni ha sido tan vana, aun en los casos más dramáticos, como esta de “responsabilidad”. Ahora bien, en el sistema de los partidos era tan grave la tara de su irresponsabilidad que hubiera bastado para provocar por sí sola su ruina.

Ante los daños del polipartidismo cabe decir que **de las desgracias de los hombres debe acusarse, ante todo, a los hombres; pero de las desgracias de los pueblos debe acusarse, ante todo, a las instituciones.**



Si los partidos se cubrían con su **invisibilidad jurídica**, no por eso acaparaban y absorbían menos la vida nacional. El espíritu de partido penetraba en todas partes, hasta en la intimidad de la vida social y familiar. Y comenzaba por envenenar la vida pública.

Al Estado sometido a su influencia se le sustraía toda autoridad propia. Y es que ¿de dónde hubiera podido sacar algo de autoridad? La fuente del poder estaba en otro lado, fuera de él, en los partidos.

El **Estado formal** con sus leyes, su jerarquía y su rigidez jurídica estaba invadido y amedrentado por el **Estado real** constituido por el conjunto de los partidos que podían gobernar cuando llegase su turno.

¡Y si, al menos, ese Estado real hubiese tenido una conciencia unitaria de su misión, una concepción exacta de sus deberes y un poco de lógica y de continuidad en su acción! Pero el Estado real no era más que el caos de los partidos, con el equilibrio inestable de sus fuerzas, lo que hacía que tan pronto se inclinase a la izquierda, como a la derecha, a la manera de un fante inanimado y ridículo.

El régimen de los partidos no era sólo un régimen de discontinuidad, de irresponsabilidad y de desorden, sino que era, ante todo, **un régimen hecho para dividir la nación**. Todo lo que en el seno de la nación había de particular y de egoísta, todo lo que podía **separar** a los hombres de una misma patria, suministraba normalmente la base para formar un partido (5). Las divisiones de clase, de intereses y de confesión, así como las divisiones regionales y étnicas, ofrecían otras tantas oportunidades para el nacimiento de los partidos. Pero, sobre todo, las que producían las mayores disensiones nacionales eran las diferencias ideológicas, frecuentemente artificiales y sostenidas por los mismos políticos, para su exclusivo provecho (6).

(5) Doctor Goebbels en el Angriff del 20 de agosto de 1928: "Los partidos son expresiones políticas de problemas no resueltos. Casi siempre, su nacimiento se debe a una situación precaria, de la que sufre una parte del pueblo".

(6) La inercia de esta mentalidad ha sido grande. El partidismo ha persistido como estado de espíritu, incluso bajo los nuevos regímenes. Así podía decir Mussolini el 24 de marzo de 1924: "El partido no encontraba todavía su forma y su alma, porque era aún un partido entre los partidos; durante algún tiempo se resintió de esa mentalidad, a la que el fascismo ensayaba sustraerse, y a la que aún buscaba el modo de oponerse".

Y la pretensión de que esas variadas organizaciones políticas contribuían a la formación de la opinión pública era vana... La mayoría que se formaba en torno a algunas soluciones de interés público eran un juego parlamentario, puramente interior, del que la nación estaba ausente. Todo ocurría en el seno de la familia de los políticos y no llegaba a las masas (7).

He ahí por qué el régimen de partidos producía la debilidad y la impotencia del Estado (8). Era un mal soportable mientras no se planteaban grandes problemas de existencia para la nación. Como toda la constitución política liberal, el partidismo era **un barco para mar tranquila**. El Estado de partidos no estaba hecho para resistir las circunstancias trágicas de la época contemporánea.

Por eso, al día siguiente de la guerra, el Estado liberal tenía que ser superado; por un lado, había envejecido, y por otro sus cargas se habían complicado y multiplicado mucho más de lo previsto.

El liberalismo fué un **lujo político** que se permitieron ciertos países en ciertas épocas del siglo XIX. Pudo subsistir mientras las demás fuerzas de conservación de la sociedad pudieran asegurar—por sí mismas y **contra el liberalismo**—la continuidad y la coordinación de las actividades nacionales, pero cuando “el buen siglo XIX” se marchó, con su tranquilidad social y su relativa seguridad internacional... el mundo se dió cuenta de que el andamiaje liberal, construído con arreglo a los “principios

(7) En su discurso del congreso de Nuremberg de 1934, se preguntaba Hitler, con razón, por qué había de ser necesario dividir la nación en 30 partidos políticos con el fin de que, después de las elecciones, la mayor parte de ellos acabasen por concluir pactos y por reconstituir, más bien mal que bien, la unidad política que previamente habían destruído.

(8) No negamos la misión histórica del régimen de los partidos para algunos países durante el siglo XIX; pero creemos, como hemos demostrado ya en nuestro volumen citado, en el capítulo dedicado al problema de los partidos políticos (pág. 133) que desde hace mucho tiempo esa misión está cumplida, y que los partidos en cuanto elementos de división nacional, solamente pueden hacer mal.

eternos" de la revolución francesa, no había sido hecho para resistir las tempestades.

Cuando el Estado liberal se hundió—simultáneamente en tantos países—la gente se dió cuenta de que no estaba construído para resistir a los "embates del tiempo y de la eternidad".

Al caer, el partidismo irresponsable, cambiante e incierto, dejaba un gran vacío. El partido único, responsable, constante y sólido se ofreció al historiador para llenarlo (9).



Sería, sin embargo, inexacto e injusto no ver el partido único más que desde el punto de vista de una simple reacción contra el liberalismo. El solo hecho de que en Rusia el partido único haya nacido independientemente de toda oposición respecto del liberalismo, inexistente allí, es muy significativo y presenta una especial importancia sociológica.

Ese hecho prueba que la universalidad del partido único no es debida al **carácter negativo** de esa institución, esto es, a su oposición respecto del antiguo régimen, sino a su **principio constructivo**. Dicho de otro modo, sea cual fuere el sentido de la revolución y sus precedentes históricos en cada país, las nuevas instituciones que la revolución crea se asemejan de un modo

(9) Para precisar mejor el papel de los partidos en el siglo XIX y las razones que hoy nos permiten proclamar su ruina, haremos una cita algo más larga de nuestro libro "El siglo del corporatismo", página 134 y siguientes:

"Las instituciones y las organizaciones sociales, lo mismo que los seres vivos, existen en medio de un combate perpetuo, después del cual subsisten tan sólo los que, a pesar de sus defectos, realizan una función indispensable.

"Los partidos políticos de derecha o de izquierda que dominaron la vida pública del siglo XIX llenaron ciertamente semejante función. Si no la hubieran desempeñado, no hubieran existido. En efecto, en el siglo XIX todo el problema de gobierno era un problema puramente político, subdividido en algunos problemas parciales. El problema constitucional, el de las libertades y la libre circulación de las fuerzas individuales entre las clases, el derecho a la libertad de palabra y a

extraño, lo que nos lleva a la conclusión de que hay ciertas condiciones comunes, o ciertos "imperativos" que todos los regímenes sociales y políticos de nuestro siglo deben satisfacer.

Existe, por tanto, en el clima del siglo (empleando una ex-

la ascensión individual de las masas populares, eran el objeto de la lucha cotidiana de los partidos.

"Durante todo el siglo XIX y sobre todo en sus comienzos, los partidos políticos tuvieron como misión exclusiva organizar la lucha entre la revolución y la reacción y establecer un equilibrio entre esas dos fuerzas. Esa es la razón de que los partidos tuvieran una función esencial tan sólo en la fase en que la vida de las naciones estaba dominada por problemas puramente políticos, y particularmente por la lucha contra las clases dominantes con el fin de arrancarles derechos políticos para el pueblo.

"Los partidos políticos se dividían entonces en partidos de izquierda, que luchaban para obtener la ampliación de los derechos del pueblo, la libertad individual y el sufragio más extendido, y en partidos de derecha, que se esforzaban en refrenar esas tendencias. Por paradójico que parezca, cabe decir que, justamente en el momento en que los pueblos adquirieron el máximo de libertades y el sufragio universal, es cuando los partidos políticos han perdido su razón de ser.

"Es verdad que, a partir de ese momento, los partidos han ensayado desempeñar otros papeles, y han pasado del problema político al problema social, encargándose de las reivindicaciones de clase. Así los partidos socialistas han jugado un papel, si no grande, cuando menos muy ruidoso en la segunda mitad del siglo XIX; pero la mejor prueba de que los partidos no eran los organismos indicados para esa función, la constituye su fracaso en el dominio social.

"En efecto, los partidos socialistas, una vez en el poder, no han cambiado nada de la estructura de los Estados burgueses. No han aplicado las ideas socialistas, ni han organizado de un modo constructivo las fuerzas de los proletarios para desempeñar las funciones sociales, que estaban a cargo de los capitalistas. No han cambiado nada de la estructura de la sociedad.

"Por eso, los partidos socialistas, simples antítesis parlamentarias de los partidos burgueses, se hunden hoy en todos los países juntamente con éstos. Han vivido tan sólo como una reacción contra la burguesía. Se han hundido el día en que la misma burguesía comenzó a cuartearse. La antítesis pierde su razón de ser al mismo tiempo que la tesis.

"He ahí por qué los antiguos partidos socialistas y democráticos no han resuelto el problema social, pereciendo al mismo tiempo que las instituciones del siglo XX, mientras que la idea socialista está en

presión que está de moda), algo que favorece los regímenes autoritarios a base del partido único, como existe algo que —según hemos demostrado en nuestra obra antes citada— favorece el nacimiento y la expansión del corporatismo.

camino de ser realizada por nuevos organismos que de partido no tienen más que el nombre, pero que tienden a representar la nación entera, como el partido fascista de Italia y el nacional-socialista en Alemania. Estas organizaciones se esfuerzan en realizar la idea socialista dentro de un ambiente de orden y de autoridad y con métodos completamente diferentes de los de la social-democracia.

”Al propósito de la multiplicidad de partidos políticos que se proponen todos conquistar la fuerza pública entera, debemos comprobar que ninguna necesidad funcional reclama la coexistencia simultánea de varios organismos políticos con idéntico fin y papel.

”En efecto, ¿qué necesidad hay de varios partidos que se propongan conquistar uno tras otro el poder público, desde el momento en que entre ellos no hay diferencias de concepto a propósito de problemas puramente políticos, ya que todos, absolutamente todos, se encuentran en el terreno del sufragio universal y de las libertades públicas completas?

”Desaparecida la necesidad del equilibrio político entre la revolución y la reacción, los partidos carecen hoy de toda función. En su favor no queda más que un argumento: el de que esas vastas organizaciones concentran las clases sociales en sentido vertical y realizan dentro de su seno un equilibrio entre los antagonismos sociales, siendo una especie de amortiguador en la lucha de clases.

”Los que invocan este argumento verdaderamente seductor, olvidan que si el papel de los partidos fuese el de realizar ese equilibrio en su seno, la consecuencia lógica sería que en cada país no habría más que un solo partido y no varios. En efecto, ¿por qué razón ese papel de establecer la armonía entre las clases sociales habría de correr a cargo de dos o tres partidos que por su sola existencia crean una división artificial de la nación?

”Al lado de la división natural y directa en categorías sociales, los partidos introducen una división artificial e indirecta. Con pretexto de ejercer un arbitraje permanente entre las clases, los partidos se convierten en organismos estables que acaban por darse como fin para su existencia el de servirse a ellos mismos, consumiendo la energía y la substancia nacionales.

”Pues si los partidos no tuvieran otra misión que la del arbitraje entre las clases, ¿por qué no había de ser desempeñada por las mismas instituciones del Estado?”

2.—El Estado de ideades (El Estado ético, el Estado militante, el “Weltanschauungstaat”)

El partido único es una institución contemporánea característica, en todos los países, de **una misma concepción del Estado.**

Semejante afirmación ha de suscitar sorpresas y resistencias. En efecto, ¿puede hablarse “de una misma concepción del Estado” cuando esta concepción ha de ser común al Estado soviético y al fascista, al régimen Kemalista y al del nacional-socialismo, sin olvidar el régimen portugués, de tan marcada originalidad?

¿Cuál podría ser el carácter común de todos esos regímenes, hasta tal punto desemejantes y que nos autorizase a afirmar que todos ellos representan “una misma concepción del Estado”?

Y, no obstante, ese carácter común, misterioso y enigmático, existe; en todos esos regímenes, el **Estado asume la misión de representar un ideal político y social y de dirigir la nación, de un modo activo y consciente, hacia su realización.**

El Estado nuevo, el Estado-tipo del siglo XX es, pues, el **Estado de ideales** (10); el Estado **militante** de un ideal político y social bien determinado, en contraste con el Estado neutro, sin voluntad ni personalidad, que no dirigía nada ni imponía a la nación ningún fin superior.

Para que el Estado posea esos nuevos caracteres, para dar nacimiento a sus nuevas instituciones políticas es **casi indiferente cuál sea el ideal que el Estado encarne. Cualquiera que este ideal sea, el simple hecho de existir, produce siempre las mismas consecuencias en cuanto a la organización del Estado,**

(10) La frase empleada por el autor es “L’Etat porteur d’ideaux”, es decir, traduciendo literalmente, “El Estado portador (o vehículo) de ideales”, pero creemos que es mejor traducción al castellano la de “El Estado de ideales”, puesto que el ideal es algo consustancial e íntimamente incorporado al mismo Estado (N. del T.)

en cuanto a sus principios jurídicos constitucionales y en cuanto a su "morfología".

Un ejército, sea cual fuere el fin por el que lucha, es siempre un ejército y su misión bélica determina, por sí sola, la estructura interior de su organización. Esa misión diferencia al ejército de las demás instituciones sociales, que tienen otras misiones.

Ahora bien, si entre dos Estados que tienen ideales diferentes hay una **trinchera**, entre el Estado que tiene un ideal y el que no tiene ninguno hay un **abismo**. Y en efecto, entre el Estado moderno de ideales y el Estado liberal, que, por principio, se niega a tener ningún ideal, existe un abismo.

Por su misma construcción, el Estado liberal era el Estado de la voluntad nacional, de esa voluntad cambiante, pasajera y caprichosa que expresaba el sufragio universal en sus consultas periódicas. La base de su existencia era el individuo, al que se le suponía libre, autónomo, asocial o—a veces—antisocial; el individuo, presa ofrecida sin prejuicios a las influencias iguales de todos los partidos; porque la **multiplicidad de los partidos pertenecía a la misma esencia de los regímenes liberales**. Esa multiplicidad era un comienzo de organización política que consistía en la sistematización de los grupos homogéneos de opinión.

Si el partido político tenía una razón de ser era, precisamente, porque constituía una manifestación **parcial** de la opinión, que coexistía y contrastaba con otras manifestaciones parciales.

La idea de partido supone la del **pluralismo político o multipartidismo**. En cuanto el **pluralismo** se sustituye por el **monismo** político, el mismo nombre de partido resulta un contradictorio.



De ahí que el nombre de **partido único** sea una **contradicción in adjecto**. Es tan ilógico como sería el nombre de **camarada único** o de **cónyuge único**. Si, a pesar de todo, empleamos esa expresión, es por hallarse oficialmente consagrada hasta en los

países originarios del partido único, quizá como una concesión otorgada a las ideas tradicionales. Lo cual no obsta para que el “partido” fascista y el “partido” nacional-socialista representen hoy una noción bien diferente y—apresurémonos a decirlo—bien superior a la de los partidos políticos en el sentido liberal clásico.



La contradicción entre el nuevo concepto que significa el partido único y ese nombre de partido, ha preocupado a los mismos fundadores de la institución.

Mussolini dice en su “Doctrina del fascismo” (página 25): “El fascismo no fué un partido, sino que durante los dos primeros años, fué un **antipartido** y un movimiento” (11).

Los teóricos de los países de partido único han querido reemplazar—pero ¡demasiado tarde!—ese nombre equívoco (12 y 13).

(11) De la misma manera, en la España nacional, la F. E. T. de las J. O. N. S. rechaza la denominación de partido. El artículo 1.º de sus Estatutos la define como “un movimiento militante”.

Esta aversión al nombre de partido proviene de las organizaciones a que debe su origen. La Comución Tradicionalista se dió este nombre precisamente para evitar que se la considerase como un partido más. En cuanto a la primitiva Falange Española, rehusó categóricamente llamarse “partido”.

(12) Es un hecho absolutamente general que los movimientos nuevos y regeneradores que tienden a convertirse en partidos únicos, se encuentran en una situación embarazosa cuando las circunstancias les obligan a llamarse partidos.

Tal es el caso de la Guardia de Hierro de Rumania, la cual, para adaptarse a las prescripciones legales después de su disolución, se ha dado el nombre de: partido “Todo por el país”.

(13) Karl Schmitt, “Staat, Bewegung, Volk.,” pág. 13: “Los sociólogos llaman al partido único “orden”, “élite” o algo parecido, para distinguirlo de los partidos políticos (los cuales no están organizados sobre bases sólidas, sino contruídos sobre la base de la “libre elección” del Estado liberal)”.

Gottfried Neese, “Partei und Staat”, pág. 76: “El partido nacional-socialista no tiene de común con el sistema de los partidos más que el nombre. No es un partido a la moda antigua, porque no representa una creación liberal”.

Otros autores han encontrado la justificación del nombre de partido en una nueva interpretación de la idea de **fracción**, que esa palabra sugiere.

En lugar de considerar que la palabra “partido” debía aplicarse exclusivamente a las fracciones políticas de la nación que se encuentran necesariamente en coexistencia y en oposición con otras fracciones políticas (y, por lo tanto, que esa denominación de partido implicaría obligatoriamente el polipartidismo), admiten que ese nombre puede aplicarse, también, al partido único, porque en ese caso **también el partido sigue siendo una fracción de la nación**. Por su misma naturaleza, el partido único es una minoría y una selección, que **nunca debe extenderse hasta abrazar la nación entera** (14).

Es **totalitario** en su modo de confundirse espiritualmente con la nación, pero no en su extensión numérica.



Cerrando este paréntesis y volviendo al sistema liberal, hemos de reconocer que el régimen del polipartidismo era muy consecuente consigo mismo.

Puesto que la base del Estado era la voluntad de los individuos, libremente expresada, era natural que las voluntades diferentes se agrupasen en varias **expresiones-tipos** de opinión. Cada grupo representaba un ideal político diferente o, cuando menos, otro concepto de los medios propuestos para alcanzar ese ideal.

De esta manera, en la vida política de los Estados liberales

(14) G. Neesse, ob. cit. pág. 202: “A causa de eso, la minoría del movimiento nacional-socialista no puede compararse en cuanto partido con las antiguas minorías de nuestros adversarios. Estas eran y han seguido siendo minorías, porque se limitaban a la representación de ciertas clases confesionales o de categorías de intereses económicos. Nosotros, en cuanto partido, hemos tenido que seguir siendo minoría, porque hemos movilizadado en la nación los mejores elementos de lucha y de espíritu de sacrificio, aquellos que en todo tiempo han sido, no una mayoría, sino una minoría”.

de antes de la guerra, se encontraban partidos militantes para toda la gama de las ideas políticas, desde el conservatismo católico al socialismo comunista. La multiplicidad de los partidos no era, pues, más que la manifestación de una multiplicidad de fines y de intereses distintos e incluso contradictorios.

De donde se sigue que la **unicidad** política—de la que es expresión el partido único—debía ser la manifestación de la **unicidad** del ideal político de la nación. Que es, en definitiva, lo que sucede en todos los regímenes de partido único, los fundadores de los cuales tienen una conciencia lúcida de la unicidad del Estado, que es **decisiva para la estructura y hasta para la técnica del mismo**.

Todas las instituciones políticas y todas las construcciones jurídicas del **Estado de ideales** son diferentes de las del Estado **individualista** y sin personalidad.

Mussolini ha dado al Estado fascista el calificativo de **ético** (15). Y aún ha hecho más: lo ha **construido** tal como lo había bautizado.

Pero ese atributo, aunque bello, no es bastante vivo y expresivo. No sugiere de modo suficiente el idealismo dinámico y el carácter militante del nuevo Estado.

Hitler se ha servido de otra expresión, muy completa pero desgraciadamente intraducible a otra lengua: la de **Weltanschauungstaat**, “el Estado que representa una concepción propia de la vida”, o bien “el Estado que lucha por una concepción filosófica bien determinada”.

Como suele ocurrir, la necesidad que se siente de nuevas denominaciones suministra una prueba de la oportunidad social de la noción que representan.

El Estado de ideales, el Estado ético y militante por una concepción propia de la vida, es una gran realidad en la vida contemporánea. Puede ponerse en duda su duración; pero no cabe negar la belleza de su principio básico.

(15) Mussolini, ob. cit. pág. 41: “El Estado liberal no dirige el juego y el desarrollo material y espiritual de las colectividades, sino que se limita a registrar sus resultados. El Estado fascista es consciente; posee una voluntad y por ello es calificado de Estado ético.

Ahora bien, el ideal del Estado, además de un fin en sí, es también una **necesidad de Estado**. Los grandes constructores de Estados contemporáneos así lo han comprendido, y han puesto de manifiesto claramente el carácter del nuevo Estado, en oposición con el Estado liberal.

El “Estado ético” de Mussolini debe tener sus criterios propios de vida y de conducta; debe tener sus normas y su ideal moral; debe decretar lo que, **en el terreno político**, es bueno o malo; debe distinguir entre los amigos y los enemigos del Estado (16). El ideal constituye, por lo tanto, un criterio pedagógico y **da al pueblo consistencia moral**.

Lejos de aquella neutralidad endeble del Estado liberal, que “dejaba hacer” a todo el mundo y... sobre todo a sus propios enemigos, el Estado autoritario es una **personalidad política completa** que tiene sus opiniones y las defiende (17).

El “Weltanschauungstaat” de Hitler expresa, en el fondo, la misma idea que el “Estado ético”, es decir, **la existencia de una personalidad moral del Estado**.

La frase “El Estado de ideales”, que hemos lanzado en nuestro “Siglo del Corporatismo”, ha logrado cierta resonancia. Designamos con ella al Estado cuya razón de ser **consiste en tener un ideal y realizarlo**. Es el Estado que realiza

(16) Es lo que los alemanes llaman “Freund-und-Feind Staat”.

En un artículo del “Pester Lloyd” del 8 de septiembre de 1936, el pensador austriaco Prinz Karl Anton Rohan, director de la “Europäische Revue”, demuestra que la misma Francia se ha convertido con su gobierno actual en un estado autoritario (Machtstaat) desde el momento en que ha prohibido por ley el funcionamiento de algunos movimientos de derecha, destruyendo así el principio del estado neutro e imparcial (Rechtstaat).

(17) Karl Schmitt, ob. cit. pág. 37: “El hecho de colocar a los nacional-socialistas y a los comunistas políticamente en el mismo plan, caracteriza la concepción jurídica del Estado, en contraste con la concepción política; distinguir el partido comunista, —enemigo mortal del Estado alemán— de un movimiento nacional alemán habría significado una derogación a “la igualdad ante la ley” y un juicio político en contraste con el juicio puramente jurídico. Aquí es donde puede comprenderse la esencia anti-estatal de la distinción liberal entre el derecho y la política”.

su principio de unidad en torno de un polo ideológico; es el Estado que organiza su disciplina interior en función de un fin común impuesto a la comunidad nacional y aceptado por ella; es el Estado cuyos miembros han recibido todos una especie de orden de marcha en una dirección determinada.

Como hemos dicho, la existencia de un ideal tiene un gran valor pedagógico y técnico. Permite realizar la educación de la nación con un eje ideológico concreto, lo que da una particular eficacia al esfuerzo de elevación de las masas. Y hace posible, también, constituir el Estado técnicamente, dando a todas sus instituciones una **orientación convergente** y realizando de esta manera, mediante su actividad, **una coordinación en el espacio y una continuidad en el tiempo.**

Por lo demás, un Estado construido con miras a un ideal propio es absolutamente distinto, aun desde el punto de vista de su morfología y de su técnica, de un Estado liberal neutro y sin carácter misional.

3.—El proceso biológico del Estado nuevo

No basta relacionar el problema del partido único con el del Estado militante; hace falta explicar, también, la razón de ser y la génesis de este último.

¿Cómo ha nacido ese Estado nuevo, unitario, totalitario y organizado estrictamente para realizar un ideal?

Ese Estado es, juntamente, el resultado de ciertas **necesidades biológicas** y de ciertas **disposiciones psíquicas**.

En nuestra obra "El Siglo del Corporatismo" hemos explicado largamente cuáles son las nuevas condiciones biológicas, es decir, **económicas**, de la humanidad contemporánea, que imponen hoy una conformidad nueva con las instituciones sociales y políticas de Europa (18) y que, sobre todo, obligan a las naciones a darse una constitución estrictamente **unitaria**. Como no podemos repetirnos, es forzoso que remitamos al lector a esa demostración completa, sin perjuicio de tratar de resumirla aquí esencialmente.

Si el siglo XIX ha sido el del liberalismo es porque, para los pueblos del Occidente europeo, el imperativo de ese siglo era la conquista de la explotación económica del mundo entero. Para semejante misión, la libertad era la fórmula **óptima** que favorecía a los conquistadores económicos.

Gracias a ese cimiento económico que garantizaba la prosperidad económica **automática** del Occidente, el problema de la subsistencia colectiva no se planteó siquiera para esos Estados occidentales.

Ahora bien, **el liberalismo es el régimen político de los países en que la subsistencia colectiva no es un problema de Es-**

(18) L'Encyclopédie Française (Lucien Febvre), págs. 10, 92-3: "Toda esta serie de constituciones y de instituciones, hijas de revoluciones sucesivas, quedaría sin explicación verdadera y profunda si no nos preocupásemos, en pocas palabras, de hacer notar cómo se planteó el problema en el terreno de la economía, y todo lo que detrás de las altas fachadas políticas hubo—y hay siempre—de realidades económicas y sociales".

tado. Tan pronto como la subsistencia colectiva se convierte en un problema de Estado (19), el **principio de libertad** tiene que ceder su puesto, de un modo natural, al **principio de organización**.

Por otra parte, no sólo produce ese efecto el peligro de no poder proveer a las necesidades de la subsistencia, sino que otros peligros permanentes, como el de perder la independencia política o la integridad del territorio nacional, desplazan inmediatamente el centro de gravedad de un pueblo desde el campo de la libertad al de la organización.

Por consiguiente, **todo riesgo biológico que amenaza la integridad territorial, la independencia, o la subsistencia colectiva de un pueblo impone a éste las formas de organización más estrictas y severas.**

Como en el mundo físico, en el que la presión exterior aumenta la cohesión interior, **todo peligro viene a robustecer la solidaridad nacional.**

Los principios elementales que acabamos de exponer han ejercido siempre su influjo en la vida de los pueblos: desde las dictaduras romanas hasta nuestros días.

Como hemos demostrado con argumentos económicos personales, que no hemos de reproducir aquí, por consecuencia del agotamiento de los mercados exteriores, producida por la descentralización industrial del mundo, todos los países de un nivel elevado de civilización se encuentran súbitamente ante el problema de su subsistencia y con que esa situación no es consecuencia de la guerra, sino **de la transformación definitiva e irrevocable que ha sufrido la economía mundial.**

En ese nuevo cuadro mundial, caracterizado por mercados exteriores limitados y por autarquías (relativas) **impuestas desde fuera**, todos los pueblos del mundo se repliegan sobre ellos mismos, **incluso desde el punto de vista político** y se organizan **para la vida dura** que el nuevo siglo les guarda. Justa-

(19) A este propósito es interesante citar el modo afortunado cómo la Oficina Internacional del Trabajo ha expresado esta verdad: "El nivel de vida nacional, en lugar de ser abandonado al azar de las vicisitudes económicas, es considerado como un fin inalienable, situado en el primer plano de las preocupaciones del Estado".

mente en el momento en que comienzan los sufrimientos de orden económico es cuando se aperciben de la insuficiencia política del Estado (20).

Son precisamente esa preparación para la vida dura, esa organización interior para la resistencia nacional y esa solidaridad natural, hijas de la preocupación del futuro, las que han matado en todas partes el individualismo y han creado los regímenes de autoridad.

He ahí la primera explicación de esos nuevos regímenes.

El instinto profundo de los pueblos, interpretado por la visión lúcida y la voluntad consciente de los dictadores, ha abierto por doquiera los caminos que la razón aprueba y consagra.



Si quisiéramos encontrar todavía otro carácter común a las revoluciones de nuestro siglo que han llevado al partido único, habría que buscarlo en su marcada oposición respecto de la revolución francesa y de sus hijuelas, como las de 1830 y 1848.

Mientras que las revoluciones del siglo XIX hicieron pasar los pueblos del régimen de autoridad al régimen de libertad, las revoluciones del siglo XX les han hecho pasar del régimen de libertad al de autoridad. Esa es la dirección única de las revoluciones contemporáneas.

Si esa dirección única no ha sido exactamente la de las revoluciones rusa y turca, que se produjeron ambas en países agrarios, es netamente visible en Portugal y, sobre todo, en las dos revoluciones prototipos del siglo: la revolución fascista y la nacional-socialista, que se han desarrollado en países industriales.

¿Existe alguna explicación general, aparte las que ya hemos dado, para esta marcha en una sola dirección?

(20) Hitler, "Principios de acción", pág. 12. Discurso pronunciado en el congreso del Frente del Trabajo, en Berlín, el 10 de mayo de 1935: "De esta manera, los contemporáneos no se han dado cuenta más que raramente de la decadencia política o moral que se producía ante ellos, mientras esa decadencia no se ha extendido en alguna forma al terreno económico".

La revolución francesa, que demolió un antiguo régimen de autoridad, se produjo cuando el Occidente europeo se encontraba aún, desde el punto de vista económico, **en su fase agrícola**. En el aspecto social, esa revolución se manifestó por el reparto de tierras a los campesinos.

Ahora bien, la tierra, sobre todo en los tiempos de la agricultura primitiva y sin máquinas, era **un bien esencialmente divisible**. Se podía pasar de la grande a la pequeña propiedad en un solo día, por un decreto, sin que fuese preciso dotar a la nación de toda una nueva organización económica capaz de dirigir la actividad agrícola.

He ahí por qué una revolución **de tipo estrictamente individualista**, que favorecía la libertad, coincidía al propio tiempo con la estructura económica de la sociedad.

En el siglo XX la estructura económica de los países occidentales es enteramente distinta. El centro de gravedad de la vida económica se halla en la industria: la subsistencia del pueblo depende de la actividad industrial y de la de cambio, es decir, del comercio y de las comunicaciones. Para que la nación no corra el peligro de encontrarse sin subsistencias, es preciso que en todo momento se mantenga en perfecto estado un mecanismo muy complicado. Cualquier interrupción prolongada del funcionamiento de ese mecanismo, extraordinariamente delicado y complejo, puede ser fatal.

De ahí que las revoluciones “a la francesa” ya no sean posibles en estos tiempos. Cuando se ha querido hacer una en Italia, antes del fascismo, fracasó lamentablemente. Se quiso ocupar las fábricas y repartirlas entre los obreros; pero **no cabe repartir las fábricas como, en tiempos de la revolución francesa, se repartieron las tierras laborables.**

Toda revolución política y social, por radical que sea, tiene que cuidar de que se respeten los imperativos de la continuidad y del orden; si no lo hace, se para la producción y con ella la vida del pueblo.

Es más, toda conquista nueva en el terreno de la justicia social no puede realizarse más que en el cuadro de la organización. **El principio de organización es el eje en torno al cual**

se constituye una sociedad nueva, capaz de asegurar la justicia social.

Entre la organización y el lucro individual hay una relación de antítesis, que hemos explicado en nuestro "Siglo del Corporatismo". Cuanto más organizada está una sociedad, tanto menos indispensable es basar la actividad económica en el lucro individual del empresario.

He ahí por qué, mientras que las revoluciones "a la francesa" han podido pasar de un régimen de orden a otro de libertad y de individualismo, las revoluciones de estilo fascista deben pasar de un régimen de individualismo a otro de orden y de organización colectiva.

En la Asamblea del partido fascista de 1922, Mussolini fijó ese proceso con mucha lucidez: "Nosotros lanzamos un trinomio que, en el régimen fascista, no es sólo una fórmula, sino una realidad; autoridad, orden, justicia. **Este trinomio es el resultado fatal de la civilización contemporánea, dominada por el trabajo y por la máquina**".

He ahí, pues, una segunda explicación biológica de los regímenes nuevos. En su origen se encuentran los principios de autoridad y de unidad. Los partidos únicos no son más que su expresión concreta.



Lo que hace original la ecuación política de nuestra época y le da el interés y el encanto que tiene para los contemporáneos es que el problema del porvenir se plantea de un modo completamente distinto que en la época de la revolución francesa.

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, el mundo estaba repartido entre dos fuerzas que nos han legado su terminología: el **progreso**, de un lado, y la **reacción**, del otro.

Toda la vida política era una pugna continua entre el **liberalismo** y el **antiguo régimen**. La ecuación política era sencilla, porque no tenía más que dos términos, ya que el porvenir se lo disputaban únicamente los representantes del liberalismo.

En nuestro tiempo, el problema se plantea en términos muy diferentes. El antiguo régimen—o la reacción, si queremos em-

plear a nuestra vez esa terminología anticuada—está representado por el liberalismo. Pero el porvenir político y la evolución social no son el monopolio de una sola tendencia.

Dos herederos se la disputan: el comunismo y “la derecha”. A pesar de algunos rasgos comunes que hemos hecho notar en nuestra obra, entre esas dos concepciones hay un abismo. El comunismo es un mundo; el fascismo y el nacional-socialismo, otro. No hay puente que pueda unirlos ni fórmula capaz de conciliarlos.

Esa ecuación política, de tres términos diferentes, obliga a cada uno de los movimientos nuevos, el de derecha y el de izquierda, a batirse en dos frentes, luchando, en primer término, contra el pasado y después contra la otra fórmula política que pretende, también, apoderarse del porvenir.

De ahí que todos los regímenes de derecha deban ser muy prudentes frente al comunismo y organizar sus fuerzas para combatirlo, lo que es una razón más que impone la organización de los partidos de derecha, para defenderse.



Hay, todavía, otro carácter común a todos los regímenes nuevos, que explica en gran parte el nacimiento de los partidos únicos: es el espíritu colectivizante que sopla sobre la cuna de las nuevas instituciones.

Este espíritu se ha manifestado, sin embargo, de dos modos opuestos, que producen una separación entre el régimen comunista ruso, de una parte, y todos los demás regímenes de partido único, de la otra.

En la U. R. S. S. ese espíritu se ha manifestado por la tendencia a hacer colectivos los bienes materiales. Se ha creído que la fórmula óptima de organización social y la felicidad suprema para el pueblo serían los frutos naturales de la colectivización de los bienes materiales.

Por el contrario, todos los demás regímenes, que suelen ser calificados de derechas, han realizado lo que pudiéramos llamar la colectivización de los bienes espirituales de la nación.

No se trata de una frase engañosa, destinada a enmascarar

el **statu quo** social y el mantenimiento de los privilegios que poseen los capitalistas, sino de una realidad nueva, **que el siglo XIX ni siquiera pudo concebir.**

En efecto, el colectivismo de los bienes materiales se concreta en el reparto de la propiedad de los instrumentos de producción. ¡Pero repartir entre los obreros los ladrillos de sus fábricas no significa nada!

Mientras que poner a disposición de los obreros y, en general, de las grandes masas, toda la ciencia, toda la competencia, todo el entusiasmo y toda la capacidad de trabajo de la clase intelectual de la sociedad, significa hacerles un presente bastante más precioso y duradero que esa transferencia, mezquina y aparente, de la propiedad material. La colectivización de los bienes espirituales es un nuevo proceso moral y orgánico a la vez, **por el cual todas las fuerzas creadoras y de invención de la clase intelectual se ponen exclusivamente a disposición de la sociedad nacional, sin que la clase citada se reserve para ella el menor privilegio.**

Y este desprendimiento y desinterés supremo es obra de la nueva clase directora representada por el partido único de derecha.

Lo mismo para ella que para el régimen comunista, su marca es el espíritu colectivo, pero en aquélla está mejor colocado y dispuesto para el servicio verdadero de la colectividad.



Sería un gran error, sin embargo, creer que el proceso biológico de una nación está determinado exclusivamente por los factores económicos.

En contra de ese espíritu materialista, una nación no se preocupa tan sólo de conservarse en el sentido físico, sino también en el sentido moral. Conservar su independencia es, también, una preocupación biológica, porque la independencia representa **la vida de la nación en cuanto personalidad colectiva.**

Por lo tanto, cualquier peligro que amenace la independencia nacional es también un gran factor biológico. Ahora bien, debemos darnos cuenta de que la obsesión del peligro ha reinado

en todos los países junto a la cuna de las nuevas instituciones políticas y no ha cesado de influir en su evolución. **No hay un solo régimen autoritario en que el peligro no haya sido, constantemente, el gran maestro y el gran unificador.**

En Turquía, en Italia, en Portugal y en Alemania, según veremos, ha habido siempre un gran peligro nacional que ha presidido el nacimiento de los partidos revolucionarios que, más tarde, se convirtieron en partidos únicos.

En todo caso, bien como peligro económico, o como peligro político, el factor biológico ha determinado el nacimiento de la nueva institución.



Un rasgo sumamente significativo del partido único es que se ha propuesto terminar la unificación política nacional, en todas partes en donde no estaba ultimada.

El partido republicano del pueblo encontró una Turquía sin conciencia nacional. **El imperialismo otomano había muerto y el nacionalismo turco no había nacido aún.** El talento genial de Kemal le hizo comprender que lo más urgente en Turquía era hacer homogénea, desde el punto de vista étnico, la población del país, e inculcarle una conciencia nacional.

Con ese fin, comenzó por organizar una transferencia de población, casi sin precedente en la historia, que libró al Asia Menor de todos sus habitantes griegos. Y en seguida, ayudado por su partido, se puso a educar a su pueblo en la idea de su nacionalidad y de su conciencia étnica.

En Alemania, donde nada había que hacer en lo concerniente a la conciencia nacional, quedaba por realizar una gran labor en cuanto a la unidad administrativa del imperio.

Hitler tuvo el valor de destruir, en el primer año de su gobierno, el 31 de enero de 1934, los Estados alemanes históricos, englobándolos por completo en la administración unificada del Reich. Lo que Bismarck no se atrevió a hacer, Hitler lo llevó a cabo casi tan deprisa como Alejandro Magno había cortado el nudo gordiano.

En fin, el mismo Mussolini se encontró con un problema pendiente, que afectaba a la unidad espiritual y nacional italiana. Era un problema completamente **sui generis: el eterno conflicto entre la corona de Italia y el Papa**. Y lo que más de medio siglo de liberalismo político no había podido resolver, Mussolini lo solucionó (21).

En todas partes, los partidos únicos son los grandes unificadores de todo lo que afecta a la vida y al alma de las naciones.

(21) En España, el movimiento falangista representa la más neta reacción contra el separatismo de las regiones catalana y vasca.

4. — La racionalización del Estado por el partido único

El partido único es la manifestación más original y más saliente del nuevo Estado, que se dirige a un fin único y organiza la nación como una unidad, logrando una eficacia particular en la administración de un país mediante la racionalización de toda la actividad nacional.

La racionalización es la preocupación... y la obsesión de nuestra época. En todas partes, los pueblos están hartos de ver que sus esfuerzos y sus fatigas son baldíos. Se dan cuenta de que es inútil trabajar y sufrir si no hay una organización superior que se cuide de que ese trabajo y ese sufrimiento no se pierdan en gran parte por rozamientos interiores. Y no toleran ya ver cómo la sucesión en el gobierno del país de los partidos contrarios es causa de retrocesos, demoliciones y luchas estériles.

Por ese motivo, el principio de la racionalización es acogido en todas partes por el alma popular como una mística. Si no siempre lleva ese nombre, demasiado técnico, la aspiración y la esencia que lo inspiran se encuentran por doquiera.

En los países agrarios del Oriente, donde la hacienda rural bien dirigida representa el tipo de **la racionalización en pequeño**, se ha creado la mística del “**gospodar**”, que es **la mística del buen administrador**. El que se dirige a las masas con la promesa de una buena administración, ordenada, correcta y **sin discontinuidad**, conquista, sin más, su alma.

Ahora bien, **el partido único, mejor que ninguna otra institución política, puede reunir esas condiciones.**

Su organización jerárquica garantiza el orden y la coordinación de su acción; su origen idealista y la selección de sus miembros garantizan la absoluta probidad de su gestión; y su existencia indefinida al frente de los asuntos públicos garantiza la continuidad de su obra.

Orden, probidad, continuidad: he ahí el trinomio de las aspiraciones populares después de los desastres de la guerra y de la impotente anarquía del liberalismo. El partido único, dotado

de esas tres virtudes, se presenta a las masas como el príncipe encantador por el cual han suspirado tanto.

Así, no es extraño que las conquiste en un relámpago, ni que logre conservar su confianza; porque, **en todos los países**, el partido único ha demostrado ser capaz de realizar lo que había prometido. La virtud de la continuidad, por sí sola, es tan grande, que realiza verdaderas proezas... Una medianía perseverante, vale más que el genio que anda dando traspiés.

Y el buen padre de familia de cualquier país se dice que lo que es bueno en la vida familiar no puede ser malo en la vida del Estado. Por eso aplaude a los nuevos regímenes... que muchas veces se parecen tanto a los regímenes del “buen tiempo antiguo” de antes del liberalismo, cuando se administraba el país paternalmente, garantizándole—sin muchas fórmulas jurídicas—lo que el pueblo amó siempre más que nada: el orden, la probidad y la continuidad.

Había de limitarse el partido único a no ofrecer otra cosa que un sistema verdaderamente racional de administración y eso bastaría para darle el éxito.

5. — La ética del partido único

El partido único ofrece además otra cosa de un valor inestimable: su ética.

En efecto, no entenderá nada del partido único el que no comprenda su ética. Colocar el partido revolucionario contemporáneo en el mismo plano que los antiguos partidos políticos disueltos, sería confundir una orden religiosa con una asociación de intereses.

Lo que en todas partes ha hecho triunfar el partido único ha sido el valor moral de sus jefes y de sus hombres. Este valor ha sabido crear **una nueva ética del grupo político** que ni siquiera hubiera podido sospecharse en el siglo XIX.

Sería, sin embargo, injusto negar a ciertos partidos políticos de la edad liberal el idealismo, la fuerza moral y la abnegación. En las luchas por la libertad ha habido momentos de **alta tensión ideal**, para emplear la frase de Mussolini, que elevaron la pasión política a las alturas del heroísmo. Y lo mismo ha ocurrido en las luchas sociales mantenidas del socialismo o en las luchas nacionales que los partidos nacionalistas sostenían en países plurinacionales.

Pero, en general, el individuo no daba a su partido más que una pequeña parte de su alma. La dimensión política no era la mayor dimensión del ser humano.

De esta manera el más entusiasta partidario no llegaba a sacrificar su vida por sus ideas políticas. Y sobre todo, no le entregaba jamás su independencia. Guardaba siempre para sí el derecho de crítica y el de decisión, y no se sometía nunca a una disciplina absoluta, exigiendo en todo momento el derecho de afirmar su personalidad.

El partido era una asociación libre de individualidades; podía salirse de él cada vez que había una incompatibilidad ideológica... o un descontento personal.

Al conceder al partido político derechos limitados sobre su ser, el individuo reconocía implícitamente el valor **relativo** del partido en la vida de su pueblo. Tenía él mismo la convicción

de que si el partido valía algo, no era **todo** en la vida de la nación. Y ese sentimiento de relatividad derivaba de la jerarquía interior de valores, que comenzaba en él por su yo, pasaba por su partido y acababa en su Patria.



El partido revolucionario contemporáneo, que ha conducido al partido único, posee una esencia moral completamente distinta.

El partido es una orden y un ejército. Una orden, por su fe (22); un ejército, por los derechos ilimitados que tiene sobre el hombre.

Según la idea de sus miembros, el partido es un instrumento divino para la salvación de la Patria. **Debe dársele todo, como**

(22) En Alemania, el que ha hecho notar la semejanza entre el partido y las órdenes religiosas y caballerescas de otro tiempo, ha sido el gran pensador y jefe nacional-socialista Rosemberg, en su libro "Der Mythus des XX Jahrhunderts", en el capítulo "Pueblo y Estado", así como también en su conferencia "Der deutsche Ordenstaat".

En esta última insiste sobre la solidez de los compromisos morales, que unen entre sí a los miembros de una orden, en contraste con la fragilidad de las normas abstractas derivadas de ciertos principios generales.

"En todas partes en donde esta situación seguía viva, allí donde existía un juramento personal y donde se mantenía un sentimiento del deber, Alemania era fuerte; allí donde comenzaba a reinar una teoría abstracta, Alemania estaba interiormente podrida".

Finalmente, en una conferencia que dió en Marienburg el 29 de abril de 1934, decía Rosemberg:

"El principio de la orden (de caballeros) aparece como consecuencia y complemento de la idea del jefe. Alemania se engrandece hoy en una forma completamente nueva, pero que aquí, en Marienburg, nos parece muy antigua: en la forma del Estado alemán de la orden caballerisca. Eso quiere decir que el movimiento nacional-socialista ha decidido elegir y reunir en la comunidad de setenta millones de alemanes un núcleo de hombres que reciba el encargo especial de conducir el Estado. Los miembros de ese núcleo deberán crecer desde su juventud con el espíritu de una política orgánica y adaptarse al cuadro del partido político. Deberán sentir como idénticas la autoridad y el acercamiento al pueblo".

todo debe darse a la Patria. Su poder frente a sus miembros no tiene límites.

Desde el momento en que entran en él han abandonado todo. Nada en su ser está fuera del partido. Su vida está en todo momento a la disposición del partido y mediante él, a la de la nación (23).

Constituyen un ejército, pero un ejército superior a los demás, **porque está compuesto exclusivamente de voluntarios.** Son una orden religiosa, pero una orden superior a las otras, **porque persiguen su ideal activamente, combatiendo y buscando el peligro** (24).

Esa ética propia del partido único forma parte en tal grado del clima moral de nuestra época, que hasta los movimientos políticos que no han vencido aún y que no se han transformado todavía en partidos únicos están imbuídos de ella (25).

(23) En Alemania, mucho antes ya de su victoria, el nacional-socialismo usaba el lenguaje de esta responsabilidad nueva y de esa identificación con el destino de la nación.

Goebbels escribía en el diario "Angriff" del 25 de junio de 1928: "Hasta hoy no hemos sido más que agitadores. Hoy somos predicadores y representantes del futuro Estado nacional alemán. Debemos darle expresión mediante el gesto, la palabra, el espíritu y la acción. Ya no somos un partido; ahora somos ya el Estado, en un Estado que ha dejado de existir".

(24) De Monzie, en "l'Encyclopédie Française":

"Nunca consintió una masa semejante de seres humanos someterse a la disciplina de una fe nueva, a una suma parecida de abandonos y sacrificios cotidianos. Ese ascetismo en masa, esa prosternación voluntaria, evocan más allá de las revoluciones, más allá de las cruzadas, la imagen del martirologio cristiano en los comienzos de la conquista evangélica, o la piedad de los catecúmenos buscando la gloria del martirio".

(25) A este propósito es interesante citar el catecismo del movimiento rumano de los "guardias de hierro", contenido en las instrucciones dadas por su jefe Corneliu Codreanu a sus legionarios, "jefes de nido" (Carticica Sefului de Cuib). Allí encontramos ante todo una profesión de fe antimaterialista (pág. 75):

"Parece que Dios nos haya elegido intencionadamente tan pobres a todos, para demostrar que la materia no tiene nada que ver con la victoria legionaria".

Y un himno a las fuerzas del espíritu:

"Nuestro movimiento legionario tiene más bien el carácter de una

Los adversarios de los nuevos regímenes, y sobre todo los adversarios de los regímenes de derecha, pretenden que la dictadura y el partido único, con toda su armadura jurídica, son en realidad cosas muy viejas y que se confunden pura y simplemente con los regímenes absolutistas de otras épocas. El aparato doctrinario e ideológico de estos regímenes, no sería más que un velo para embellecer un ser viejo y feo que, desnudo, nadie se atrevería a presentar al mundo contemporáneo.

No hay error ni injusticia más grande que confundir las nuevas dictaduras de derechas, como la de Mussolini, Salazar o Hitler, con los “antiguos regímenes”.

En primer lugar, dicho sea entre paréntesis, la semejanza con los antiguos regímenes no es siempre una calumnia... porque aquellos regímenes absolutistas siguieron a menudo principios y métodos completamente sanos y bienhechores, que no se pueden condenar en bloque en nombre de las ideas liberales, a menudo tan discutibles.

Pero, aun dejando de lado esta controversia, y admitiendo que los antiguos regímenes absolutistas no tenían nada de bueno, hay una diferencia esencial entre ellos y los nuevos regímenes autoritarios de derechas.

En el antiguo régimen el poder político era ejercido exclusivamente por una parte privilegiada de la sociedad y en su provecho. Esta clase podía prestar servicios reales al Estado y a la nación, sobre todo en cuanto a la organización interior

gran escuela espiritual. Sus tendencias son las de encender una fe insospechada, transformar y revolucionar el alma humana. Decid por doquiera que el mal, la miseria y la ruina proceden del alma”.

En fin, el sacrificio y el sufrimiento son la única base moral del constructor del porvenir. Oyendo el lenguaje del jefe de los “guardias de hierro” se creería escuchar un sermón en un convento de penitentes (pág. 52):

“Solamente cuando se han pasado con éxito esos tres exámenes, es decir, después de haber subido “la montaña del sufrimiento”, después de haber atravesado “la selva de las fieras” y “la laguna de la desesperación”, se es un verdadero legionario.

“El que no ha sufrido esas pruebas, no puede ser llamado legionario, aun cuando esté inscrito en la organización y ostente su insignia”.

del país y a su defensa exterior; **pero los sacrificios que exigía en su favor al país eran inmensos.**

Es más, toda su concepción del Estado era una concepción de clase; pensaba que el Estado le pertenecía de pleno derecho y que podía disponer del trabajo de todo el pueblo como de un bien suyo. Si la explotación del pueblo no era **su fin**, constituía ciertamente **el resultado** de su política.

En una palabra: si esta clase ejercía una dominación política, esta dominación **no era desinteresada**. Su gran preocupación era la de conservar sus privilegios, que representaban ventajas substanciales **de orden material**. Su patriotismo era egoísta.

Y el pueblo no podía tener el sentimiento de estar conducido y defendido por una clase política que perseguía el bien general, sino por una oligarquía que, defendiendo al país, se defendía a sí misma y se aseguraba para más adelante su derecho al disfrute. Ahora bien, desde el instante en que esta clase no estuvo en situación de desempeñar bien su papel, su suerte estaba echada (26).

¡Qué diferencia entre estas oligarquías y las nuevas clases políticas creadas por las revoluciones contemporáneas!

Un partido revolucionario que se convierte en partido único y que asume la carga del Estado en un régimen contemporáneo, ejerce el poder político, lo mismo que las oligarquías de antes, de un modo exclusivo, pero —he ahí la gran diferencia— **no en su favor ni en su provecho.**

Esta nueva clase política no pide nada para ella. Porque no podrían considerarse como un sacrificio impuesto al país los sueldos, por lo demás muy modestos, que algunos de los miembros del partido revolucionario reciben por los cargos oficiales que ejercen en el Estado.

(26) Hitler, ob. cit., pág. 28:

“Poco a poco se extendió la opinión de que el hecho de pertenecer a una cierta clase social llevaba implícita al mismo tiempo la capacidad política de regir a un pueblo. Nosotros hemos aprendido a conocer las consecuencias de este error. En cada hora crítica, la clase social que se había arrogado esa dirección, fracasó. Esa clase se desplomó lamentablemente en el peor momento que ha vivido la nación”.

La sobriedad y el desprendimiento personal son la marca de todas las nuevas “élites” políticas. Pueden proporcionarse pruebas y ejemplos que demuestran la abnegación de estos **soldados convertidos en conductores del Estado**, que gustan de seguir siendo más adelante soldados en toda la simplicidad espartana de su vida. En todo su estilo están bien lejos de las oligarquías de otros tiempos, tan preocupadas de **poseer**.

Frente a su pueblo, esta nueva clase política aparece siempre presta al sacrificio, no pidiendo nada a cambio para ella.

Lejos de toda idea de fundar su poder sobre la posesión y la explotación de las masas, los miembros del partido revolucionario convertidos en dueños del Estado no tienen otra preocupación que el bien general y el renacimiento de la nación. Si buscan una satisfacción en la vida—y a ello tienen derecho—es la felicidad de haber realizado grandes cosas: es **la gloria civil**.

He ahí, pues, la gran diferencia entre “el antiguo régimen” y los nuevos regímenes salidos de las revoluciones contemporáneas. **Mientras que las oligarquías directivas de los antiguos regímenes eran egoístas e interesadas, las nuevas “élites” políticas creadas por las revoluciones contemporáneas, son esencialmente desinteresadas.** No forman una clase social y pueden imponerse a todas ellas (27).

Este hecho implica una diferencia en la concepción moral del Estado y de la vida social. Y como todas las diferencias éticas, ésta es **fundamental**.



Cuál sea la explicación histórica y sociológica de esta diferencia es otra cuestión. Sin detenernos en este problema apasionante podemos decir, sin preparación ni largos desarrollos, que la huella marcada en la evolución de la humanidad por la era liberal del siglo XIX, tiene en ese hecho una gran influencia.

(27) Hitler, ob. cit., pág. 30:

“Debe constituirse un gobierno que represente una autoridad que no dependa de ninguna clase social”.

Lo que el liberalismo ha legado al mundo es el **mito del interés general** que, a pesar de ciertas hipocresías y contradicciones, ha creado la ética nueva de la vida pública.

Tras un siglo y medio de evolución política bajo el signo del interés general, es **hoy imposible para cualquier régimen contemporáneo** apoyarse en un egoísmo de clase o de categoría.

Por eso no puede verse en nuestros días resucitar una clase política oligárquica que ejerza una dominación basada en la explotación de las masas. Al contrario, **únicamente el desinterés material puede asegurar a esta clase la adhesión de las masas** y constituir una fuente de poder político. En otro tiempo, la posesión era una fuente de poder para el hombre y para una clase; hoy, esa fuente es la pobreza (28).

La aplicación de esta nueva norma se hace más evidente cada día.

En nuestros días, la única clase poderosa materialmente es la de los industriales, banqueros y grandes comerciantes. Pero su poder **político** es completamente insignificante en los nuevos Estados, porque esta **clase** se halla subordinada humildemente a los representantes del Estado.

Es cierto que en los medios izquierdistas se ha pretendido que el régimen fascista o el nacional-socialista eran el disfraz y el instrumento de los grandes capitalistas.

Nada más falso. Estos regímenes nuevos han **tolerado** con muchos correctivos e intervenciones el capitalismo, en cuanto podía **servir** al Estado y a la sociedad por sus facultades creadoras y animadoras en el campo económico, **pero no le han permitido nunca convertirse en dueño del Estado y en inspirador de su política.**

El capitalismo, si es que ha quedado capitalismo en un régimen de economía dirigida, se ha convertido en un **simple ins-**

(28) Encyclopédie Française (Lucien Febvre, pág. 10, 92-5):

“Resultado paradójico: la lucha por el poder—ese dispensador de privilegios en el reparto de las pérdidas ocasionadas por la crisis—condujo finalmente a la dictadura de una fuerza “hors classe” y al aniquilamiento de los poderes organizados: aquellos que la víspera parecían indestructibles”.

trumento en manos de los dueños del Estado. Y estos últimos están bien lejos de ser “los explotadores del pueblo”.



No podría comprenderse por entero la ética del partido único si no nos detenemos un instante en lo que podríamos llamar su **desprecio del prejuicio intelectualista**.

Todos los partidos únicos, aun cuando fundados y dirigidos por intelectuales de primer orden, han manifestado un desprecio muy sincero no hacia la **inteligencia**, sino hacia los **intelectuales**.

No hablamos del comunismo que, por su doctrina, estaba obligado a exagerar la importancia de los obreros manuales y a humillar a los trabajadores intelectuales. Pero es que los otros partidos únicos situados a la derecha han manifestado la misma tendencia.

Por lo demás, ésta no tiene nada de incomprensible. El odio contra el siglo XIX era tan grande entre los hombres nuevos, que había de alcanzar a **los hombres más representativos de ese siglo: los intelectuales**. Los intelectuales de esta familia: individualistas, anarquizantes, versátiles y, a menudo, faltos de carácter, formaban un contraste evidente con los soldados políticos de los partidos únicos: disciplinados, leales y dispuestos al sacrificio por su fe.

Hitler ha llegado a formular el principio de que no puede edificarse nada sobre la “élite” intelectual heredada del siglo XIX.

“Todo Estado que se funde sobre la “élite” intelectual será débil. Yo conozco esa “élite”; siempre sutil y curiosa, pero siempre también inquieta, fluctuante, móvil, sin fijeza. El que pretenda fundar un Estado basándose exclusivamente en estas clases intelectuales, se apercebirá de que no construye sólidamente”.

El desprecio de los partidos únicos hacia los intelectuales, es el desprecio que tienen los militares hacia los ideólogos. Los que colocan los valores morales por encima de todo, rechazan la escala de valores de aquellos que no reconocen más que las cualidades intelectuales.

Esta separación del prejuicio intelectualista toma en los nuevos partidos únicos otra forma positiva y constructiva. **Los nuevos soldados políticos no desprecian el trabajo manual.** El ejemplo magnífico del nacional-socialismo, que acaba de mezclar en los campos de trabajo los estudiantes y los doctores con los aprendices, representa **la socialización de los espíritus**, que promete y prepara **la otra** socialización.

Con todo mi orgullo nacional añadiré a este ejemplo el de la Guardia de Hierro de Rumania, que desde el año 1920, es decir, **bastantes antes que el nacional-socialismo alemán**, ha introducido, como un medio de educación social, los campos de trabajo voluntarios, en que los intelectuales, los artesanos y los campesinos jóvenes manejan juntos el pico, y preparan los ladrillos sometidos a la misma disciplina.

Es éste uno de los rasgos espirituales de nuestro siglo, sobre el cual nunca se insistirá bastante, y que merece un estudio especial.

II

LAS FUNCIONES DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO ANTES Y DESPUES DE SU TRANSFORMACION EN PARTIDO UNICO

Decíamos al principio de este libro que la gran dificultad para describir la estructura del partido único reside en la corta vida de esta institución, que no permite distinguir en su composición los elementos transitorios de los elementos definitivos.

La misma observación es valedera para las **funciones** del partido único. Generalmente, cada partido único ha existido como partido revolucionario antes de llegar al poder y de haber adquirido la exclusividad política. Conviene, por tanto, distinguir entre las funciones **transitorias** que caracterizan la época revolucionarias y las funciones **definitivas** que corresponden a la fase normal y permanente de la actividad del partido.

Ahora bien, en la fase histórica actual, no es fácil separarlas porque al comienzo de su existencia el partido único se ocupa al mismo tiempo de las dos categorías de funciones.

No obstante esa complicación, trataremos de distinguirlas.

A) Las funciones transitorias

Cualquiera que sea el ideal político proclamado por la revolución y sea la que fuere la transformación que ésta impone al Estado, el partido revolucionario que se convierte más tarde en partido único ejerce casi exactamente las mismas funciones transitorias.

En el orden lógico, que es al mismo tiempo un orden de urgencia, son éstas: **antes de la victoria, la preparación de la opinión y la conquista del poder; y después de la victoria, la unificación política de la nación.**

Todas estas misiones están indicadas de tal manera por la necesidad de hecho, que no hacen falta muchas explicaciones para reconocer su carácter ineluctable.

Por otra parte, una comprobación más fuerte que la lógica, la del desarrollo histórico real de los partidos únicos que existen actualmente, confirma por entero nuestro esquema abstracto. Esta comprobación es la que emprenderemos en la segunda parte de nuestra obra.

1.— La preparación de la opinión

La preparación de la opinión es una operación menos concreta y visible, y su evolución es extraordinariamente variable. En sus raíces ideológicas se remonta generalmente a épocas muy anteriores a la fundación de los mismos partidos revolucionarios.

Por ejemplo: para la revolución rusa, esta preparación ha durado decenas de años, no obstante el hecho de que sus autores, como consecuencia de la imposibilidad de toda política libre en la Rusia de los zares, no se habían constituido formalmente en partidos.

Los revolucionarios del extranjero, divididos en mencheviques y bolcheviques, eran los únicos rusos que podían ejercer una actividad política continuada.

En la revolución turca no hubo apenas preparación de la opinión. El genio militar de Kemal y su patriotismo bastaron para levantar de improviso todo el país en un mismo movimiento de instinto nacional contra el invasor extranjero. Lo demás vino por sí solo. Se dejó hacer al vencedor y éste actuó bien.

En el fascismo, la preparación ideológica era mucho más antigua que la fundación oficial del partido. Sin remontarnos al nacionalismo corradiano, ni al sindicalismo de Sorel, la educación de la nación en sentido fascista debe considerarse que empezó en 1914, cuando Mussolini comenzó su campaña para la entrada en la guerra al lado de los aliados.

En cuanto a Portugal, habría que remontarse, en 1914, al Jefe de la escuela del nacionalismo integral, Sardinha, que marca el comienzo de la preparación ideológica del régimen actual.

Pero casi no existía allí un partido revolucionario que se convirtiese más tarde en un partido único. La revolución fué obra del Ejército. Es la transformación del Estado la que ha exigido el concurso de las fuerzas políticas y la constitución de un partido único bajo el nombre de “Unión Nacional”.

Para el nacional-socialismo, en fin, la preparación de la opinión ha sido muy larga y sistemática. En efecto, el partido se constituyó en 1919; el libro fundamental de Hitler, “Mein Kampf”, apareció en 1930, y la accesión al poder del partido ocurrió el 30 de enero de 1933.

Por esta corta exposición puede uno darse cuenta de que la preparación ideológica de los nuevos regímenes se ha hecho en forma de **incubación** de las ideas, antes de la constitución formal de los partidos revolucionarios que triunfaron más tarde.

En cuanto a la preparación de la opinión por estos mismos partidos, no ha tenido lugar en todos los países, puesto que algunos de estos partidos se constituyeron después de la victoria de la revolución, como ocurrió en Turquía y en Portugal.

Sin embargo, si se nos permite una profecía, cabe pensar que en el porvenir todos los regímenes nuevos que realicen poco más o menos el mismo tipo de Estado “estilo siglo XX” no se constituirán sino después de una preparación de la opinión, hecha por los partidos que en cada país combaten hoy por esas ideas y que están destinados el día del triunfo a convertirse en partidos únicos o a ser los gérmenes de futuros partidos únicos.

Creemos poder lanzar esta previsión, porque las revoluciones futuras no se presentarán **por sorpresa**, como algunas de las revoluciones ya consumadas.

Por el contrario, avanzan hoy por un camino casi trazado de antemano y—a pesar de las diferencias de concepción y de temperamento de las diferentes naciones—en un ambiente mundial ya formado, que imprime a toda revolución nueva cierto conformismo. La prueba es que en todos los países que preparan su revolución existen ya partidos de derecha fuertemente constituídos y fundados en una ideología concreta.

Al fin de nuestra obra hablaremos brevemente de esos movimientos.

2.—La conquista del poder

Esta segunda función del partido revolucionario se confunde algunas veces en su acción y en sus etapas con la de la preparación de la opinión.

Es inútil subrayar la importancia de esa función, sin la cual jamás se llegaría al partido único. Toda la cuestión consiste en saber si es indispensable para el triunfo de la revolución que la dirija **un partido** que se convierte más tarde en partido único y heredero legítimo del régimen derrocado.

Es cierto que ha habido casos, como los de Turquía y Portugal, en que la revolución no ha sido obra de un partido. Pero en ellos, después de la conquista, los titubeos y las dudas han sido inevitables, y han podido causar indecisiones y retrasos perjudiciales para la obra del nuevo régimen. Porque entonces, el régimen se ve obligado a abordar todos los problemas del Estado sin preparación previa, sin programa y sin doctrina, y a caer así en el más completo empirismo.

Ahora bien, para toda revolución el momento difícil es siempre **el día siguiente al triunfo**. Es entonces cuando comienza la gran prueba sobre el tablero de las grandes responsabilidades.

Pero si la revolución es obra de un partido organizado **antes** de su estallido, tiene probabilidades de haber sido pensada, al menos en sus grandes líneas, por los jefes de este partido. Entonces, el país tiene, desde el comienzo, la impresión reconfortante de ser **dirigido** y de tener al frente hombres que saben lo que quieren.

La acción del gobierno—la destrucción del antiguo régimen, así como el nacimiento de las nuevas instituciones—se desarrolla en ese caso a un ritmo muy vivo y con movimientos muy exactos, que no dejan de maravillar a las masas.

El tipo más completo de una revolución de esa clase es el de la nacional-socialista, que desde los primeros días de su triunfo ha dejado estupefacto al mundo por la rapidez y la lucidez de sus reformas. Se veía bien la obra consciente y metódica de preparación **previa** ejecutada por el Estado Mayor del partido.

Ahora, por otra parte, hemos llegado con la técnica revolucionaria de nuestro siglo a tal grado de perfección, que en ningún país del mundo es lícito llevar a cabo una revolución improvisada, ni en cuanto a la conquista del Estado ni en cuanto a las reformas institucionales.

Hoy el problema está ya planteado y resuelto teóricamente. No puede uno presentarse al gran examen de la historia sin conocerlo. La técnica del revolucionario nuevo existe ya. Basta aprenderla.



La necesidad de un partido revolucionario **anterior** a la revolución deriva también de otra circunstancia.

No basta conque la revolución sea hecha; hay que saber desde el comienzo **quién** la ha hecho. No carece de importancia saber quién es el órgano **responsable históricamente** de la revolución y de su marcha ulterior.

Se nos dirá que la revolución tiene siempre un Jefe, el cual desempeña este papel y asume esa responsabilidad. Pero no es suficiente. La propaganda previa en la opinión, la lucha por la conquista del poder, así como la **preparación del Estado Mayor** de las reformas inmediatas después de la conquista del poder, no pueden ser más que la obra de una colectividad consciente y organizada, es decir, de un partido.

No de un partido a la antigua moda, sino de una formación política que aspire a convertirse en **institución del Estado**.

El partido revolucionario dirige la revolución, en cuanto una revolución puede ser dirigida, y ordena la reconstrucción. Antes y después de la victoria, desempeña el papel de **minoría consciente** y de **vanguardia** de la nación. Ahora bien, esa misma cualidad de minoría consciente implica la necesidad de su existencia **antes** de la revolución. El partido revolucionario es el mejor medio de **seleccionar** los hombres del porvenir. Porque **el gran peligro de toda victoria es verla acaparada por aquellos que no la han logrado**.

Al día siguiente del triunfo es el momento propicio para los que no han combatido. Entonces es cuando pueden filtrarse e insinuarse en la dirección del Estado los elementos extraños al

espíritu de la revolución. Entonces, cuando es más grande el riesgo de los intrusos versátiles y de los logreros.

Pero si la revolución es la obra de un partido que **conoce sus hombres** y los méritos de cada uno, no corre el riesgo de verse arrastrada a compromisos y transacciones. Puede guardar la pureza de su espíritu y apoyarse en la reconstrucción sobre los caracteres probados en el combate.

Si el partido revolucionario no hiciera otra cosa que cumplir esta función **de selección**, ya merecería existir.

Es cierto que las funciones del Estado exigen por parte de los miembros del partido cualidades administrativas bien diferentes de las cualidades de lucha que pudieron asegurar el triunfo en la revolución. Pero al Jefe de la revolución corresponde hacer la discriminación necesaria.

El **carácter** quedará siempre como la primera condición de un buen servidor del estado, y el jefe encontrará siempre después de la victoria puestos de gran responsabilidad donde hacerlo valer.



La conquista del poder lleva consigo el apoderamiento del Estado, lo que significa, en frase un poco brutal, **el control por los revolucionarios de todos los órganos esenciales del Estado.**

La necesidad de este control es evidente, ya que los elementos leales al antiguo régimen, si conservaran todavía puestos oficiales importantes, podrían sabotear la revolución. No solamente para la defensa de ésta, **sino también para su acción reestructiva**, no cabe apoyarse en elementos que, si no son hostiles, cuando menos son extraños al espíritu revolucionario.

Mas, ¿dónde encontrar hombres que ofrezcan todas las garantías necesarias si no existiera un partido revolucionario que hubiese preparado la conquista del Estado y hubiera formado **los cuadros indispensables**? El apoderamiento del Estado por hombres improvisados, aun siendo competentes y de buena fe, podría comprometer la revolución. Querer demostrarlo equivale a probar la evidencia.



Sin pretender formular pronósticos arriesgados, podemos admitir que en el porvenir los partidos únicos podrán nacer de modo distinto que siguiendo la evolución-tipo representada principalmente por los modelos obsesionantes del fascismo y del nacional-socialismo.

No será, pues, siempre necesario para llegar al partido único que exista un partido revolucionario organizado militarmente que asalte al poder, que lo conquiste y que se reserve en seguida el monopolio político.

Tal vez haya casos en que los partidos únicos surjan también de un modo menos heroico y más burgués. Podría, por ejemplo, en un momento de crisis política prolongada, de las que produce el polipartidismo, verse a un estadista o al mismo Jefe del Estado, tomar valientemente la iniciativa, desde el Poder, de suspender la actividad de los partidos y de imponerles, de grado o por fuerza, una “treuga Dei” (tregua de Dios).

Se constituiría entonces una **unión nacional**, a la que deberían adherirse todos los verdaderos patriotas y que sería **la única organización política con derecho a vivir**. Los que se negasen a participar en ella quedarían excluidos de derecho de la vida política.

Un método semejante puede ser tanto más posible cuanto que, según las enseñanzas de la historia, **un sistema político, una vez instalado y coronado por el éxito en algunos grandes países, puede ser imitado por los demás sin que se requiera que éstos pasen por las mismas fases revolucionarias**.

En todo tiempo, el papel de imitador ha sido más fácil que el de precursor, y los países que durante el siglo XIX adoptaron las instituciones liberales no se vieron siempre obligados a repetir todos los actos de la revolución francesa, comenzando por La Bastilla.

He ahí por qué nos creemos autorizados para opinar que, también en nuestros días, son posibles los **cortocircuitos políticos** y que para llegar al partido único no es siempre ineludible ejecutar la “marcha sobre Roma” o repetir el calvario del nacional-socialismo.

Cualquiera que sea el camino por el cual se llegue al partido único, éste, una vez instalado en el poder, **tendrá que confor-**

marse a las mismas condiciones indispensables para su vida y adoptar las mismas precauciones para su defensa. Si no lo hace pronto, lo hará más tarde o demasiado tarde. La Unión Nacional de Portugal, que se constituyó aproximadamente de este modo burgués y generoso, tuvo recientemente, después de los incidentes de septiembre de 1936, que crear para su defensa una “Legión Portuguesa” compuesta de voluntarios, es decir, de soldados políticos dispuestos a garantizar el régimen y, si es necesario, a morir por él.

Un ejemplo, tanto más interesante cuanto que se refiere a una monarquía, es el de Yugoslavia. El 5 de enero de 1929, cuando el rey Alejandro ocupaba aún el trono, suspendió la constitución, disolvió el parlamento e impuso una vacación a todos los partidos políticos durante dos años y medio. Finalmente, en 1931 otorgó una constitución que no ha sido jamás ratificada. En ella limitó de un modo muy significativo la actividad de los partidos, estableciendo “que no puede haber ninguna asociación de base religiosa, étnica o regional ni con fines de partido político ni con fines de educación física”. Esta restricción impedía la actividad dañosa de los partidos, al menos en una dirección, prohibiéndoles aprovechar las divisiones regionales étnicas y religiosas, si bien les dejaba todavía la posibilidad de dividir la nación según los intereses de clase y las pretendidas diferencias de ideología.

Este ejemplo demuestra que un soberano más audaz que Alejandro de Yugoslavia y que tuviera la suerte de reinar más tiempo, hubiera podido con la misma facilidad imponer a su país **una tregua política general y prolongada... hasta el infinito**, y hubiera llegado necesariamente a la fórmula de una organización política única que garantizase el orden, la tranquilidad y la concordia nacional.

3. — La unificación política de la nación

a) La posibilidad de la unificación

La liquidación de los demás partidos políticos y la instauración del partido revolucionario como partido único constituyen la etapa final y la normal desembocadura de este último.

Este resultado exige una larga preparación; pero, ¿quién puede realizar la solidaridad nacional en torno a una organización política única mejor que un partido que haya preparado y dirigido por sí mismo la revolución?

Verdad es que en Turquía se creó el partido único con todas sus piezas **después** del triunfo, es decir, dentro del marco del Estado nuevo. También es cierto que en Portugal el partido único que se llama la "Unión Nacional" ha sido constituido **después** de la victoria revolucionaria, con un llamamiento a los ciudadanos pertenecientes a todas las formaciones políticas existentes.

Pero en la U. R. S. S., en Italia y en Alemania, el partido que se ha convertido de pleno derecho en partido único **ha sido el partido revolucionario conquistador**. El es el que se ha encargado de eliminar o de absorber los demás partidos.

Ahora bien, **cuanto más fuerte y más popular en el momento de su triunfo es el partido revolucionario, más rápida ha sido la unificación política del país.**

De esta manera la unificación mediante la proclamación legal del partido único fué realizada en Italia en 1928, es decir, seis años después del triunfo del fascismo, mientras que en Alemania fué llevada a cabo por la ley de 1.º de septiembre de 1933, es decir, apenas diez meses después de la victoria del nacional-socialismo.



Y sin embargo, si la unificación política de la nación no fuese otra cosa que un acto jurídico formal mediante el cual se asegura el privilegio del monopolio político a un solo par-

tido, no significaría nada. Esta unificación es algo infinitamente más profundo.

La verdadera unificación supone, por lo pronto, **la conciencia común, la comunidad de ideal, la unidad de fines nacionales**, porque si quisiera imaginarse una unidad puramente mecánica, obtenida solamente por la fuerza, no sería durable ni eficaz.

Por eso es por lo que todos los regímenes nuevos, incluso aquellos que han llegado a conquistar la mayoría de un pueblo, no se satisfacen con eso, sino que emplean todos los medios de persuasión (29) para asegurarse un consentimiento casi unánime de la nación (30) y a costa de grandes trabajos procuran transformar la sumisión en adhesión y cambiar la unidad **mecánica** de la nación en **unidad moral** (31).

La unidad moral se realiza por la comunidad de la concepción política y del ideal político. Por consiguiente, el problema capital que se plantea es éste: **¿Cómo es posible que todos los fines e intereses contradictorios se hayan amalgamado en un solo ideal común a la nación entera?**

(29) Hitler, ob. cit., pág. 127:

“El objeto final es el de unir todos los alemanes al partido por medio de la explicación y de la doctrina del partido, y de no poner en lo futuro a la disposición de la organización del pueblo y del Estado más que nacional-socialistas”.

(30) Codreanu, Corneliu (jefe de los “guardias de hierro rumanos”), en su libro “Catre legionario” (para los legionarios), pág. 334:

“Lo que en otro tiempo era un instinto latente de la nación se refleja hoy en las conciencias, creando un estado de iluminación colectiva, que hasta ahora se encontraba en las grandes experiencias religiosas.

”Ese estado podría con razón ser llamado un estado de ecumenidad nacional”.

(31) Otra forma de esta controversia y de ese contraste, se encuentra en la antítesis que preocupa a los autores alemanes (Karl Schmitt, Neesse, Viller) entre la legalidad y la legitimidad.

El partido único es **legal** desde el momento en que ha sido investido con el monopolio político por el camino formal de la ley; pero no es al mismo tiempo **legítimo**, si no ha sabido revestirse de esa rara cualidad moral y política de incorporar el espíritu de la nación, representando lo que hay de más elevado en el alma nacional.

Para el jurista, la legalidad es más que la legitimidad; para el historiador y para el filósofo, la legitimidad es más que la legalidad.

Porque si esta fusión de los fines políticos no se realiza, entonces el partido único ya no es un factor político que representa el interés supremo nacional, sino sencillamente **un instrumento de dominación brutal** por parte de una minoría dominante.

Confesemos con franqueza que ambas hipótesis son posibles, es decir, la hipótesis de un partido único muy representativo, que encarne el ideal político de la nación, y la hipótesis de un partido único, simple coalición egoísta de los vencedores políticos.



El problema de la unificación política de la nación implica el problema mismo de la existencia del partido único. Si semejante unificación no es posible, el verdadero partido único no puede existir tampoco.

Lo que debemos, pues, discutir en primer término es la posibilidad **teórica** de la existencia del partido único en cuanto expresión integral y suficiente de la nación.

En efecto, una idea política y social puede revestir dos formas de existencia y, en ambos casos, debe llenar ciertas condiciones de posibilidad. Esas dos existencias diferentes son: la **existencia real histórica**, esto es, la incorporación de la idea a las instituciones políticas de un país en una época dada, y la **existencia virtual teórica**, es decir, la posibilidad de principio de que la idea sea incorporada en un sistema lógico y consecuente consigo mismo, que no encierre ninguna contradicción interior, lo que haría imposible en cualquier país y en cualquier época la incorporación de que hablamos.

De esta manera, por ejemplo, es como se plantea la controversia del comunismo. Se impugna, al mismo tiempo, la posibilidad de su existencia en ciertos medios concretos, pero también, en general, en cualquier medio, invocando sus contradicciones psicológicas interiores en relación con la naturaleza humana.

Tampoco para el partido único la posibilidad teórica de su existencia es evidente. En efecto, si el partido único, en vez de ser una asociación política egoísta ha de representar, por su

misma naturaleza, el interés nacional integral y perseguir la realización del ideal político integral de la nación, se plantea la cuestión previa y capital de saber **si un ideal semejante puede imponerse a una nación entera sin una coacción brutal.**

En efecto, el espectáculo de la vida política libre en los Estados democráticos no es el más a propósito para hacernos optimistas sobre este punto. Las diferencias de intereses son tan grandes y los contrastes ideológicos tan profundos, que difícilmente puede imaginarse una unificación **voluntaria** del alma nacional, en torno de un ideal político común. Toda unificación en las manifestaciones políticas de la nación aparece, por lo tanto, para el demócrata "estilo siglo XIX" como el resultado artificial y puramente aparente de la coacción.

Según eso, por bajo de la unidad visible de las manifestaciones concretas quedaría siempre el fondo sincero de las cosas, constituido por las divergencias y hasta por los odios interiores. **El partido único no sería entonces otra cosa, en cualquier país y en cualquier momento, que la violencia unida a la hipocresía.**

Concedemos sin vacilación que semejante caso puede ocurrir. Es más, concedemos que hasta un partido único ideal que represente la síntesis natural y libre de las aspiraciones nacionales no puede jamás conquistar la unanimidad **absoluta** de los naturales del país. Pero lo que queremos y podemos demostrar es **la posibilidad en principio de ganar, mediante el despertamiento de la solidaridad nacional y una educación política sistemática, la adhesión casi unánime de una nación hacia un ideal determinado y una concepción política concreta.**

Esta unificación ideológica de la nación se ha llevado a cabo en los países de partido único por medios que se asemejan de un modo extraño.

b) Las ideas-fuerzas del partido único

El más poderoso de esos medios, y aquél que en cierto modo constituye el eje de la nueva pedagogía política, consiste en colocar ante los ojos de la nación una **idea-fuerza** evidente por su claridad e irresistible por su atractivo.

Ha de ser una idea que arrastre y que levante las masas

y las “élites” con el mismo empuje; ha de tener un tinte a la vez generoso y apetecible y ofrecer simultáneamente la ocasión del sacrificio y la promesa del paraíso. En una palabra, ha de constituir **un mito** (32).

En todo tiempo, para que una idea pueda merecer el honor supremo de ser proclamada ideal de una nación, ha sido preciso que reuniera ciertas condiciones inmutables.

El ideal o el mito debe ser, ante todo, una idea simple y clara. Jamás se gana el corazón de las masas con teorías alambicadas y demostraciones sutiles.

El mito, además, ha de tener **un fuerte color afectivo** (33). Ha de poder exaltar los sentimientos de los hombres, suscitar pasiones inflamadas y odios violentos.

El mito debe revestir un carácter de generalidad y de generosidad capaz de atraer a todas las clases sociales, por encima de las diferencias de intereses seducidas por su nimbo.

Y sobre todo, el mito ha de tener un origen espiritual e inmaterial. Es un error creer que no se mueve a las masas más que por los apetitos; un fin demasiado materialista, demasiado pegado a la tierra, puede provocar una **revuelta** y hasta un **motín**, pero no una **revolución**.

(32) L'Encyclopédie Française (E. Thomas, págs. 10, 90-3):

“Existe hoy una mística turca; cabe no aprobar todas sus manifestaciones, pero su poder es innegable”.

Idem ídem, págs. 10-86-1:

“El nacional-socialismo es un mito ofrecido a la miseria”.

(33) Por lo demás, el plan afectivo es esencial para realizar sin resistencias la fusión moral de todos los hijos de la nación. Sobre este punto escribe Codreanu en su libro antes citado, págs. 320-21:

“La historia del mundo está llena de combates que tienen en su origen los dos grandes principios que procuran imponerse el uno al otro: el principio de la libertad y el de la autoridad.

”El movimiento legionario (de los “guardias de hierro”) no se apoya exclusivamente ni sobre el principio de la autoridad ni sobre el de la libertad. Tiene sus fundamentos anclados en el principio del afecto.

”El afecto es la conciliación entre esos dos principios, autoridad y libertad. El afecto se encuentra en medio, entre ellos y por encima de ellos, comprendiendo ambos, en lo que tienen de mejor, y evitando el conflicto entre los mismos”.

El hombre no lucha jamás sino por lo que está por encima de él. Se hace matar por “filioque” y por la tumba de Jesucristo, y se niega a menudo a arriesgar su vida por una reivindicación egoísta.

El mito no vale nada si no está situado en el cielo, si no es lejano y si, como los dioses antiguos, no es cruel. Es precisamente en el momento en que reclama el sacrificio cuando los hombres comienzan a adorarlo.



Y, sin embargo, hay ideas que a pesar de todas esas condiciones tan raras y difíciles, llegan a alcanzar la altura del mito y levantan a los pueblos en tiempos de guerra o en tiempos de paz, si bien, claro es, más fácilmente en el primer caso.

Es característico que todas las ideas-fuerzas que han electrizado a las multitudes y han polarizado los movimientos políticos dominantes de después de la guerra, se aprovecharon, directa o indirectamente, de la guerra y del estado de espíritu que ella creó.

Indirectamente, porque todos los grandes jefes que han sido iniciadores de movimientos políticos irresistibles en su país, han encontrado ya la nación **con el alma movilizad**a y han prolongado esta movilización, limitándose a darle otro objeto.

Y directamente, porque este objeto se imponía en la mayor parte de los países como una consecuencia directa de la guerra, y, sobre todo, de las decepciones políticas que les había causado. El nuevo ideal, eje de los movimientos políticos populares ha sido, o bien la justicia social y la recompensa de las multitudes por los sacrificios que padecieron durante la guerra (el comunismo de Rusia comenzó por la distribución de tierras a los labriegos), o bien el renacimiento de la nación ante las decepciones causadas por los tratados de paz (Turquía, Italia, Alemania).

En ambos casos, los nuevos movimientos se han aferrado a las consecuencias inmediatas de la guerra, y han utilizado como materia prima el alma de los pueblos, llena de amargura.

Es verdad que para sacar algo positivo y noble de estas decepciones, que hubieran podido conducir de otro modo al de-

caimiento y a la anarquía, han sido necesarios hombres excepcionales.

Kemal, Mussolini y Hitler pertenecen a esta categoría. Han sabido sacar de la misma desesperación de sus pueblos la fuerza para el renacimiento y la reconstrucción. Y han podido erigirse ante sus naciones **como fuerzas en cierto modo exteriores**, que se proponen modelar el alma nacional, modificarla y educarla.

Hemos de volver sobre ese carácter único de los grandes jefes que los coloca en clara oposición a los políticos incubados por la democracia. Por el momento, detengámonos en la materia de este capítulo: **la mayor fuerza de unificación y de cohesión nacional está constituida por el ideal irresistible que los grandes jefes han sabido proyectar ante cada nación.**

El reparto de las tierras y la colectivización soviética de las fábricas es quizá, y así lo reconocemos, un ideal inferior y materialista, pero no menos irresistible. En cuanto a la idea kemalista de asegurar la independencia efectiva y el renacimiento de la nación turca; al ideal mussoliniano de dotar a Italia de un imperio y de crear un orden político nuevo con valor universal; y al ideal hitleriano de reconstruir Alemania, afirmando su potencia multilateral en el mundo después de la gran derrota, son todos ellos un complejo de fuerzas de atracción y de grandeza.

Y el eje de estas ideas-fuerzas es siempre el sacrificio de los hombres efímeros a la personalidad colectiva eterna de la nación. Es el mismo eje que se encuentra en el ideal de Salazar, que quiere elevar la nación portuguesa a la dignidad y a la noble misión que tuvo antaño.



Sería, por otra parte, un error creer que la unificación política de la nación ha de consistir en una especie de síntesis de las ideas políticas y de las corrientes políticas existentes, y que el arte del jefe del partido único habría de ser el de hallar las fórmulas más representativas para un "statu quo" político.

Por el contrario, el gran jefe no ha nacido para representar lo que existe, sino para mostrar lo que **hace falta crear.** Es un visionario y un educador.

No lleva a cabo una aglutinación estática de la nación, sino dinámica. Conduce a la nación en la dirección señalada por él, sin dejar de andar. Y es dirigiéndose hacia el ideal que él le dió, como el pueblo va colocándose en formación y le sigue.

¿No habéis notado que es siempre más fácil y más natural imponer el orden a una multitud en marcha e imprimirle el paso de su jefe, que poner en orden a esa misma multitud cuando está agolpada como un rebaño en una plaza pública?



Ahora bien, la unificación política de un país y la homogeneización de las opiniones individuales de sus ciudadanos, no se realizan automáticamente por la proclamación de un ideal político, por irresistible que sea. Hace falta, además, una obra compleja de educación y de... simplificación política.

c) **La eliminación de las ideologías contrarias**

Esta obra se lleva a cabo, ante todo, por la eliminación de las corrientes y de los partidos políticos dirigidos contra el interés nacional. Así es como han procedido el fascismo y el nacional-socialismo en contra del partido comunista.

Se dirá que se trata aquí de una supresión brutal, por vías de hecho o de prohibición legal, y no de una eliminación **política**, es decir, de un abandono voluntario de la idea comunista por sus partidarios.

Es una cuestión discutida, pero no puede negarse que la eliminación del comunismo en ambos casos ha sido, en gran parte, realizada por lo que pudiéramos llamar "un efecto de ambiente".

En la nueva atmósfera creada por el triunfo de estos dos grandes movimientos de derecha, **el comunismo no podía vivir**, y sus partidarios tenían que entregar las armas o por descomrazonamiento o por sincera conversión.

Para nosotros, desde nuestro punto de vista estrictamente teórico, no es la situación de hecho en un caso determinado lo que hay que notar... sino **la probabilidad que existe en todos**

los casos semejantes, de que un movimiento de gran envergadura y de mucho empuje, arrastre de un modo natural después de su triunfo, a un gran número de sus antiguos adversarios, y por consiguiente, que la posición política extrema, situada en sus antípodas, sea relegada al papel infinitesimal de una minoría insignificante y sin esperanza.

Esta ley de la eliminación automática de la política extremista se aplica, no sólo en favor de los partidos de derecha respecto del comunismo, sino también en favor del comunismo respecto a los partidos burgueses. En Rusia no ha existido tan sólo la supresión física y el aplastamiento brutal de los adversarios, sino, también, su eliminación natural, por la fuerza del entusiasmo provocado por las primeras reformas populares y, en primer lugar, por el reparto de las tierras. Es el primer efecto de simplificación y homogeneización política de la nación (34).

d) La absorción de los partidos secundarios

Una segunda consecuencia en el mismo sentido es la que se obtiene con la desaparición de los movimientos y de los partidos que—empleando la expresión clásica, que designaba en la conferencia de Versalles a los países pequeños—tienen **intereses limitados**. Se trata de los partidos confesionales o profesionales, que se proponen defender a una determinada categoría limitada de ciudadanos.

Ante un movimiento político que representa un ideal superior de orden nacional, es natural que esas pequeñas corrientes de carácter particular se confundan con el gran río de las aspiraciones nacionales.

La disolución de esos partidos se produce, pues, sin presión y sin violencia; son absorbidos por la gran inundación nacio-

(34) Hitler, en su discurso del congreso de Nuremberg de 1934, afirmaba que había dos categorías de partidos en Alemania: los que representan una concepción de la vida (Weltanschauungsparteien) y los partidos económicos.

Ahora bien, el hecho de que los primeros hayan podido ser barridos en el breve espacio de quince años, demuestra que no representaban realmente una concepción profunda de la vida. Las luchas entre dos concepciones de la vida no se deciden tan pronto.

nal que, por lo demás, asegura siempre en el nuevo sistema político la representación natural de los intereses particulares legítimos.

Desde este punto de vista, el fascismo italiano es clásico. Mediante el régimen corporativo otorga a las diferentes colectividades económicas y sociales una manifestación y una vida más reales que la que les concedía la simple agitación en favor de sus reivindicaciones bajo la bandera de los partidos profesionales, siempre mezquinos e impotentes.

He ahí, pues, tras la disminución de los partidos de oposición extrema, la absorción de los partidos profesionales y limitados. El campo político ha ganado mucho en sencillez y en unidad.

c) La educación política de los jóvenes

Queda, en fin, un cuarto medio de efecto duradero para completar la unificación política natural de la nación: es la educación de las generaciones jóvenes.

modo permanente, y que debería, por tanto, figurar en realidad

Se trata de un medio y de una función que no se lleva a cabo tan sólo de una manera transitoria, sino también de un modo permanente en el capítulo consagrado a las funciones permanentes del partido único. De ella trataremos en el capítulo concerniente al reclutamiento de los miembros del partido único. Sin embargo, además de referirse a la movilización de los futuros miembros del partido único, afecta a la formación política de la integridad de la nación (35).

Esta unificación espiritual mediante la educación y la pro-

(35) Mussolini: "El Estado, por un derecho soberano, es un cuerpo educador, cuya jurisdicción se extiende a todos los italianos".

Hitler, ob. cit., pág. 104:

"Nos hemos propuesto educar este pueblo de un modo nuevo, darle una educación que comienza con la juventud para no acabar nunca. En el porvenir, el joven pasará de una escuela a otra. La escuela empezará con el niño para acabar con el viejo combatiente del movimiento. Nadie debe poder decir que existirá para él una época en que se le abandonará a sí mismo".

paganda, es tanto más fácil cuanto que el partido único dispone de una prensa controlada y de órganos de publicidad centralizados.

Los resultados de esta actividad sistemática en favor de la **idea única** son generalmente muy rápidos y toman un carácter decisivo cuando se trata de generaciones políticas jóvenes **que no han conocido otros regímenes**.

De esta manera, en Rusia (36) y en Italia la juventud no puede concebir otro sistema político que el que ha visto en su propio país, y este candor del alma le da la fuerza inmensa de los que jamás dudaron.

Sin detenernos en apreciar desde un punto de vista filosófico si esta formación intelectual—en la que el espíritu crítico no ahoga a nadie—constituye un progreso o una regresión respecto a la formación liberal, esencialmente criticista, nos limitaremos a comprobar que la educación política sistemática de la juventud en un espíritu unitario completa la obra de unificación política de la nación, comenzada bajo la égida de un ideal irresistible, facilitada por la disminución natural de las corrientes de oposición extrema, y completada por la disolución automática de los movimientos políticos particulares.

Claro está que todo lo que hemos dicho antes no puede ser demostrado como un teorema matemático y que, como todo problema político y social, ha de apoyarse en el sentimiento de lo verosímil y probable.

Pero, con esta reserva, creemos haber demostrado que **puede existir un partido único, basado en la casi unanimidad de la nación y que represente todas sus aspiraciones**.

La historia dirá en qué países y en qué épocas se han reunido todas las condiciones requeridas para permitir el nacimiento y el éxito de un partido así.

Es, sin embargo, indiscutible que en nuestros días, la historia sonríe en muchos países con gran benevolencia a la nueva institución de que tratamos.

(36) L'Encyclopédie Française (Gustave Méquet, págs. 10, 82-2):
“(En U. R. S. S.) los jóvenes que no han conocido más que el nuevo régimen, que han pasado por el sistema de educación creado por ese régimen, constituyen hoy la mayoría de la población activa”.

B) Las funciones permanentes

1. — La defensa del régimen

Todo régimen político tiene como lema: “*primum vivere*”. Su primera función es defenderse y conservarse.

Aunque el mantenimiento del régimen no sea en sí mismo un fin y exista en función de otros fines superiores que el régimen puede realizar, la preocupación instintiva de la conservación es de las más legítimas. Tanto más legítima para un régimen nuevo, cuyos adversarios, apenas vencidos, proclaman constantemente su caducidad.

La función de defensa del régimen lleva consigo dos líneas distintas de acción: la defensa **material** y la defensa **moral**. No hablaremos en este corto capítulo más que de la primera, porque la segunda se realiza de un modo natural, por el solo hecho de que el partido cumple su misión y crea así cada día un capital moral.

La defensa material consiste en poner a la disposición del régimen **un ejército político compuesto exclusivamente de voluntarios, miembros del partido único**, ejército que esté dispuesto a prevenir y sofocar todo ensayo de tumulto (37).

Podría objetarse que esta función de defensa, normal para cualquier régimen, podría desempeñarla perfectamente la policía ordinaria o, en casos graves, el ejército, sin que fuera necesario crear con este fin una organización especial del partido único.

La experiencia muestra, sin embargo, que los regímenes de

(37) G. Nesses, ob. cit., pág. 15:

“El partido es la forma mediante la cual el Estado y el movimiento que representan una amplia concepción política se funden entre ellos. En la gran comunidad del nacional-socialismo constituida por todo el pueblo, el partido debe ser una orden elegida de directores que tiene la misión de garantizar en el porvenir el Estado nacional-socialista”.

tipo nuevo piden también una organización defensiva de tipo nuevo.

Una policía no vale jamás lo que un ejército de creyentes o incluso de fanáticos. La milicia de los partidarios se impone a los adversarios de modo bien distinto; comprende mejor el estado de espíritu de sus enemigos políticos y se da cuenta mucho antes que una policía de funcionarios de cualquier inquietud que amenace convertirse en insurrección; conoce mejor la técnica de las revoluciones y posee en alto grado el arte de evitarlas; en fin, y este es el punto capital, **es mucho más segura para el régimen que cualquier policía.**

La milicia política compuesta de revolucionarios de la vieja guardia representa la parte más seleccionada, entusiasta y fiel del partido; constituye la quintaesencia de la devoción al partido y del valor en el combate; es también la última reserva para el caso de que el mismo régimen se viera en peligro.

Además, si queremos tener en cuenta las realidades concretas, semejante milicia es necesaria no tan sólo para ir contra los enemigos exteriores del partido, sino, ¿por qué no decirlo?, también contra sus enemigos interiores.

El caso de Alemania, en que una revuelta interior del partido amenazó en un momento dado al nacional-socialismo, es bastante expresivo. El hecho de disponer de una milicia fiel, cuya gran mayoría pueda en un momento dado sofocar las insurrecciones nacidas en sus propias filas, es una trinchera y una garantía definitiva para el régimen.

No debe, sin embargo, exagerarse y generalizarse el incidente que se produjo en Alemania. Por lo común, las nuevas tropas políticas son depositarias de las más preciosas virtudes del régimen. Representan a la vez la conciencia, la disciplina y el valor. Se imponen a sus adversarios nada más que por su presencia y casi nunca se ven llamadas a recurrir a vías de hecho. Defienden al régimen sin tener que mostrar nunca el puño, y el pueblo no las ve en su aspecto policíaco sino en el infinitamente más simpático de protectores del pueblo y ejecutores entusiastas de una obra constructiva, a la vez directores y educadores de la nación.

2.—La función directiva y el contacto con el pueblo (Necesidad de una “élite”)

Las naciones contemporáneas no pueden ser dirigidas como los despotismos orientales. A pesar de la reacción contra el sistema liberal que representan los nuevos regímenes, ha de reconocerse que el liberalismo ha dejado también en el alma de los pueblos huellas permanentes y ha realizado algunas conquistas definitivas.

La más importante de éstas es **la conciencia política de las naciones**, y el principio universalmente reconocido de que **todo régimen político existe para el pueblo**, si es que no por el pueblo. En una palabra, en nuestros días no puede existir un régimen que se legitime de otra manera que por el interés, presente o futuro, **de la nación**.

Así, pues, cualquiera que sea la organización política de un país, ha de dar hoy a la nación la sensación de que existe en función exclusiva del interés general nacional, y de que no está sometida a ninguna categoría de intereses egoístas. Así lo han comprendido todas las dictaduras. **No existe ningún régimen tan deseoso de demostrar en todo momento su legitimidad como la dictadura.**

Es más, mientras que los regímenes democráticos basados en su mayoría electoral y en su consagración formal no estiman necesario demostrar su legitimidad de otra manera, las dictaduras—y, en general, todos los regímenes autoritarios que no se apoyan sobre una mayoría de votos reconocida oficialmente—se preocupan en todo momento de demostrar **por otros medios** su adhesión al alma del pueblo.

Y estos medios son generalmente **superiores**, porque consisten **en hechos**. En efecto, todo régimen autoritario persigue, por una parte, el éxito en la política exterior del país, y por otra el mejoramiento de la suerte de las masas; ambas conducen a la misma fusión entre el alma del pueblo y el régimen. Apoyándose tan pronto en la dignidad nacional como en las nece-

sidades populares, el dictador gana cada día un poco más la voluntad del pueblo.

Pero, obrando así, no puede marchar completamente solo. La prensa no basta para el contacto entre el régimen y el pueblo. Precisa que el régimen tenga en todo lugar y momento sus defensores entusiastas y conscientes. Hace falta que en el tren, en la calle o en los talleres tenga el régimen sus pequeños embajadores, capaces de combatir por él y de convencer. Porque, para masas compuestas de millones de hombres, no basta **hacer** el bien, sino que es preciso que lo vean y entiendan.

He ahí por qué el partido único es una necesidad permanente de los regímenes nuevos. **Su primera función consiste en mantener el contacto entre los directores del país y las masas (38).**

(38) Sobre esta función del contacto y la dirección del pueblo, podríamos reproducir citas para todos los regímenes.

I. Para la U. R. S. S.:

Estatutos del partido comunista (redacción de 1934):

“El partido comunista asume la dirección del proletariado y de la clase agrícola trabajadora en su lucha para la dictadura del proletariado y la victoria del socialismo”.

II. Para Turquía:

El punto 5.º de los estatutos del partido republicano del Pueblo, adoptado por el IV Gran Congreso del partido en mayo de 1935, establece:

“Una tarea importante de las organizaciones y de los miembros del partido es la de propagar en toda ocasión, sin cansarse, nuestros principios, entre todos los ciudadanos, y la de ilustrarlos sobre esos principios”.

Discurso de Receb Peker, secretario general del partido republicano, el 8 de mayo de 1935, en la radio de Angora:

“Por ese sistema, la influencia de la nación sobre los actos del gobierno, no se limita en Turquía a los votos emitidos con ocasión de las elecciones; la masa de la nación, fuente de la soberanía, participa sin discontinuidad en la administración del Estado, por conducto del mecanismo del partido”.

III. Para Italia:

Mussolini, en 1922, antes de la marcha sobre Roma, en el periódico “Matino” de Nápoles:

“Una nueva clase política italiana está formándose; pronto tendrá el árido encargo de gobernar, digo de gobernar la nación”.

Resolución del Gran Consejo del fascismo el 13 de octubre 1923:

Y este contacto, además de la propaganda desde arriba en favor del régimen, supone también la información desde abajo sobre las necesidades y el estado de espíritu del pueblo (39).

“El Gran Consejo afirma que el P. N. F. ha comenzado apenas su función histórica, que es la de proporcionar una nueva clase directora a la nación”.

IV. En España:

El Decreto número 255, de unificación de la F. E. T. y de las J. O. N. S., prevé en su exposición de motivos, con una claridad y una conciencia no alcanzada aún por ningún otro movimiento nacionalista, el papel del partido único respecto del pueblo:

“Esta unificación que exijo en el nombre de España y en el nombre sagrado de los que por ella cayeron—héroes y mártires—a los que todos y siempre guardaremos fidelidad, no quiere decir ni conglomerado de fuerzas, ni mera concentración gubernamental, ni unión pasajera. Para afrontarla de modo decisivo y eficaz hay que huir de la creación de un partido de tipo artificial, siendo, por el contrario, necesario recoger el calor de todas las aportaciones, para integrarlas, por vía de superación, en una sola entidad político-nacional, enlace entre el Estado y la Sociedad, garantía de continuidad política y de adhesión viva del pueblo al Estado”.

Abundando en la misma idea, el artículo 1.º del citado Decreto define la misión del partido único de esta manera: “Esta organización, intermedia entre la Sociedad y el Estado, tiene la misión principal de comunicar al Estado el aliento del pueblo y de llevar a éste el pensamiento de aquél, a través de las virtudes político-morales de servicio, jerarquía y hermandad”.

Finalmente, el artículo 1.º de los Estatutos de la F. E. T. de las J. O. N. S. utiliza nuevamente esta afortunada fórmula: “F. E. T. y de las J. O. N. S. es la disciplina por la que el pueblo unido y en orden, asciende al Estado y el Estado infunde al pueblo las virtudes de servicio, hermandad y jerarquía”.

(39) La exposición de motivos presentada al Senado italiano el 6 de noviembre de 1928 con la ley sobre el partido fascista, dice:

“El partido fascista, al lado de la organización normal de los poderes públicos es otra organización que comprende una infinidad de instituciones, cuyo fin es el acercar el Estado a las masas, penetrar profundamente en ellas, animarlas, cuidar más de cerca de su vida económica y espiritual, hacerse intermediario e intérprete de sus necesidades y aspiraciones”.

Discurso de Receb Peker, secretario general del Partido del Pueblo de Turquía el 8 de mayo de 1935:

“Cada año se celebran en el país millares de congresos del partido. En estos congresos se desenvuelven las discusiones sobre las

Y es que no podría imaginarse, en nuestro tiempo, un Estado compuesto exclusivamente del gobierno y sus funcionarios (40). Cualquier ensayo en este sentido está llamado al fracaso (41).

Por competente que sea un gobierno y por concienzudos que sean sus funcionarios, no pueden llenar aquella función política que consiste en conquistar y mantener la adhesión espiritual entre el régimen y el pueblo.

No cabe negar que los múltiples partidos políticos del régimen liberal desempeñaban mejor o peor el papel de dar expresión a la opinión nacional y que no podría suprimírseles sin sustituirlos, a lo menos para esta función necesaria y legítima.

Es verdad que para la constitución orgánica de la nación las corporaciones sustituyen ventajosamente a los partidos (42), pero para lo relativo a las opiniones políticas y, sobre todo, para hacer que el gobierno del país tenga en cada momento la adhesión del pueblo, un órgano político semejante al partido

numerosas proposiciones presentadas, tanto acerca de las necesidades generales del país, como de las necesidades locales, especiales a cada región. Los resultados de todas esas discusiones, resumidos y en cierto modo condensados, son sometidos a las autoridades y ejercen su influencia en la actividad del partido y del gobierno”.

(40) Rosemberg ha definido muy bien la insuficiencia orgánica del Estado, en la composición del cual no existiesen representantes de una espiritualidad política.

En su “Mythus des XX Jahrhunderts”, pág. 545, dice:

“El simple aparato del Estado no puede, sin embargo, llevar a cabo esta obra de “fijación” del pueblo, más que de un modo muy imperfecto. Las leyes del Estado tienen que ser de naturaleza limitativa y restrictiva, pero nunca pueden enseñar nada al pueblo”.

(41) L'Encyclopédie Française (L. Febvre), págs. 10, 88-4:

(En Austria) “la burocracia no podía sustituirse pura y simplemente a los partidos políticos, y la falta de una organización política de tendencia únicamente gubernamental, hacía el juego de las organizaciones clandestinas. Así fué establecido el “Vaterlandische Front”, que marcaba el reconocimiento en Austria de esta necesidad, confesada por todos los gobiernos dictatoriales modernos: la de poseer un partido únicamente de gobierno, para poder servirse de él a su arbitrio”.

(42) Véase el Capítulo dedicado a este tema.

único es insustituible (43), porque está compuesto de voluntarios que tienen la **vocación política** y representan la conciencia lúcida del régimen y de sus principios. En tal concepto está calificado para llevar a cabo una gran obra pedagógica: la de **realizar la educación política de la nación.**

En efecto, el partido revolucionario, por importante que sea el número de sus afiliados constituye, sin embargo, **una minoría** en la nación. No por ello su papel es menos glorioso, ya que la historia ha sido siempre obra de minorías conscientes.

Nunca se insistirá bastante sobre este carácter de minoría que los partidos revolucionarios destinados a convertirse en partidos únicos han tenido en su comienzo y **han cuidado de conservar hasta el fin.**

Aun después de su victoria completa, el partido único no se deja arrastrar por el éxito hasta el punto de tratar de alistar toda la nación bajo su bandera. Aun cuando este resultado fuera fácilmente realizable, no se lo propone. Su concepción, su táctica y... su instinto, le dicen que semejante extensión sería para él la decadencia y quizá la muerte.

Toda su fuerza y su valor moral dependen de su carácter de minoría selecta. El jefe y los miembros se dan cuenta de ello... Están orgullosos de pertenecer a un ejército de elegidos, a una selección, a una orden de caballería.

Mussolini comprendió el verdadero carácter que había que dar al partido bastante antes de la victoria (44).

Hablando del fascismo, Goebbels ha formulado muy bien la teoría de la minoría que es, por otra parte, la misma del nacional-socialismo (45).

(43) Se ha discutido mucho en Alemania sobre el nombre que debería darse al nuevo tipo de Estado, en el que se realizan al mismo tiempo dos principios aparentemente contradictorios: el de una dirección autoritaria del Estado y el de una gran adhesión popular al Estado. La expresión que se ha impuesto—debida a Walz—es la de “*Volkskischer Führerstaat*”, que significa Estado popular autoritario.

(44) Discurso de Mussolini en Milán el 21 de marzo de 1919:

“El fascismo seguirá siendo siempre un movimiento de minorías”.

(45) Goebbels, *Der Fasizismus*:

“Un pueblo tiene necesidad de una armadura móvil. Es preciso darle una columna vertebral. Evidentemente, ésta puede ser de dis-

Hitler ha expresado muchas veces la idea de la minoría directiva de un modo tan claro como popular (46).

Una exposición particularmente clara del problema de la

tintos modos. Puede tener la forma de una orden, de un ejército, de una organización, puede ser también un partido; pero siempre ha de haber en el pueblo una minoría que marque la dirección. La columna vertebral no puede estar al lado del Estado, ha de estar en el mismo Estado. El Estado ha de construirse alrededor de esa columna, porque si llegara a perderla se hundiría”.

(46) Hitler, en Nuremberg, el año 1933:

“De los 45 millones de hombres adultos, se han organizado tres millones de combatientes, como representantes de la dirección política de la nación. El pueblo ha puesto en sus manos su suerte con confianza. Pero como consecuencia de ello, la organización ha asumido una misión solemne. Ha de velar para que ese núcleo conserve para siempre la estabilidad de la dirección política del Estado alemán”.

Hitler, ob. cit., pág. 125:

“Todos los alemanes deben recibir ideológicamente una educación nacional-socialista; los mejores nacionales-socialistas deben convertirse en miembros del partido y, finalmente, los mejores miembros del partido deben asumir la dirección del Estado”.

Hitler, en Nuremberg, el año 1934:

“En el porvenir, el partido será para el pueblo alemán la selección política de los directores del Estado. Formará un Estado de apóstoles y de luchadores políticos que servirán al movimiento como oficiales fieles y obedientes y que sabrán cumplir con su deber. Formará una gran escuela que atraerá a millones de individuos de nuestro pueblo; los educará, desarrollará la tradición del arte de gobernar al pueblo, que ha de impedir que las influencias extranjeras descarrien el cerebro y el corazón de los alemanes. Será invariable en sus enseñanzas, duro como el acero en su organización, lleno de adaptación y maleable en la táctica, pero en su conjunto será una verdadera orden. Para el porvenir constituirá la semilla de la idea nacional-socialista, la escuela de propaganda nacional-socialista. Pero su fin ha de ser éste: todos los verdaderos alemanes son nacionales-socialistas, pero tan sólo los mejores nacionales-socialistas son miembros del partido”.

Citaremos, finalmente, a Rosemberg, “Wesen, Grundsätze Ziele”, página 14:

“Su número es más bien pequeño, y no debe llegar a ser la mayoría del pueblo, porque en la historia universal no se ha decidido jamás la suerte de los pueblos por mayoría, sino por una minoría consciente de sus intenciones y responsabilidades”.

“élite” como minoría directora, ha sido hecha por el jefe de los “Guardias de hierro” rumanos, Codreanu (47).

El primer deber de esta minoría consciente es el de instruir a la nación en la nueva doctrina del Estado, inculcándole sus mismos principios. Verdad es que esta doctrina esencialmente es un extracto de las aspiraciones generales de la misma nación, pero la nación tiene mucho que aprender en lo que toca a su expresión y a su incorporación en instituciones concretas. Y los profesores más indicados para ello son los miembros del partido revolucionario convertido en partido único.

Ellos son los que deben arrancar del espíritu del pueblo las antiguas herejías; ellos, los que han de perseguir todas las tendencias divergentes que no caben en el cuadro del Estado totalitario creado por el nuevo régimen.

Se comienza por una labor vigorosa de desintoxicar las almas; se continúa por un entrenamiento sistemático del pueblo en los nuevos caminos abiertos por el régimen. Y para una y otra labor, el partido único es indispensable. Depositarios del nuevo dogma, los miembros de este partido son los únicos en condiciones para predicarlo.



(47) Codreanu, Corneliu, ob. cit., pág. 417: .

“Una “élite” no puede ser elegida por la multitud. Tratar de elegir una “élite” es como si se tuviera la pretensión de determinar mediante el voto y por mayoría cuáles son los poetas de una nación o sus escritores, sus mecánicos, sus aviadores y sus atletas”.

El mismo autor, en las págs. 419 y 420:

“—Quién comprueba la selección y consagra los miembros de la “élite” nueva? La “élite” precedente”.

“Así, pues, una “élite” nacional, debe ocuparse de formar una “élite” heredera que la reemplace.

“No una “élite” basada en el principio de la herencia, sino tan sólo en el de la selección social, estrictamente aplicado”.

“—Y si una nación no tiene una verdadera “élite” capaz de determinar la que haya de heredarla?

“En ese caso la “élite” nueva nace de la guerra contra la “élite” degenerada o falsa. Y siempre, con arreglo al principio de la selección”.

Pero, ¿es que esta educación del pueblo puede ser una función permanente del partido? ¿Es que no cesa el día en que la nación entera ha llegado, como ocurre en el fascismo y en el nacional-socialismo, a comprender el nuevo régimen y a seguirlo? No. En primer lugar, porque los nuevos regímenes están en un constante **devenir**. No hacen más que cambiar continua y paralelamente las instituciones y los hombres. Su obra no termina con una generación. ¿Podría, por ejemplo, decirse del fascismo, que lleva ya catorce años de existencia, que ha terminado su reforma y su obra de educación y que puede transformarse simplemente en un régimen de administración automática del país?

Todo régimen nuevo debe cumplir mejor que cualquier otro lo que hemos llamado en otro lugar (48) **la función del devenir social**.

Es una función única y diferente de todas las demás funciones de la nación. **Implica la puesta en marcha, por el pensamiento y por la acción, de todas las iniciativas para transformar y perfeccionar la sociedad nacional.**

Esta función ha sido ejercida en todo tiempo y en todos los regímenes, con mayor o menor intensidad y de un modo más o menos aparente. En la antigüedad, se llevaba a cabo por los sabios de la ciudad, que padecían la noble inquietud del porvenir. En las naciones democráticas del siglo XIX asumían esta función los partidos avanzados, que desempeñaban el papel de propulsores sociales y llegaban a arrastrar a la nación entera por el camino de la reforma.

El hombre de Estado, celoso de la suerte de un nuevo régimen autoritario, ha de proveer a todo: debe velar también para que este nuevo régimen desempeñe de un modo normal esa función necesaria del **devenir social**.

Ahora bien, el partido único, responsable del porvenir de la nación y del de la revolución, es el órgano natural destinado a llenar esa función.

Apresurémonos a añadir que la función mencionada supone otra: **la función crítica**. Esta es de tal modo indispensable a

(48) Véase "El siglo del corporatismo", pág. 188.

toda organización humana, que en la moderna organización científica de las empresas se ha creado un órgano permanente que tiene la misión exclusiva de criticar. Es la oficina de estudios de la empresa, cuyo papel fundamental es el de descubrir los defectos de funcionamiento, señalarlos y proponer los remedios y reformas adecuados.

Pues bien, esta función crítica—que en las democracias se ejercía de una manera completamente excesiva y desordenada en todas las capas de la sociedad y que envenenaba el pueblo por su espíritu negativo—debe ejercerse en los regímenes autoritarios en el mismo seno del partido único.

Allí está su lugar natural. Allí no puede tomar más que un aspecto discreto y constructivo. Así, las grandes reformas encuentran un medio completamente indicado en el que pueden nacer y tomar cuerpo antes de que sean entregadas a la discusión pública.



A este propósito debemos considerar natural que en el seno de cada partido único haya grandes divergencias de opinión que conducen al nacimiento de una oposición interior. Hemos observado personalmente en el fascismo corrientes muy marcadas que se manifestaban con gran vigor, sin que el partido, en su conjunto, se emocione por ello ni pretenda evitarlo. En el Congreso Corporatista de Ferrara, el año 1932, nos sorprendió agradablemente la independencia de espíritu y la vivacidad de las discusiones en un medio cuyos adversarios creían sometido a un terror uniformista.

Especialmente el gran pensador Ugo Spirito, que tiene concepciones políticas más bien de izquierda, porque preconiza la entrega en propiedad de los medios de producción a cada una de las corporaciones, era el más independiente de todos, lo que no impedía que se le tratase con mucha condescendencia por los miembros del Gobierno que asistían al Congreso.

Se nos dirá que si en el mismo partido reina una libertad completa de opiniones, se habrá de caer en los mismos defectos del liberalismo y se tendrán todos los inconvenientes de

una política agitada, sin otra diferencia que la de que se manifieste en el interior del partido. Cabría que se provocasen incluso cambios de personas en el gobierno, como consecuencia del fracaso de una idea y del triunfo de otra, y que se volviera así al punto de partida, es decir, a un semi-liberalismo bajo el manto del partido.

En fin, si las luchas intestinas tomaran un carácter violento y si el odio de clase recobrase su importancia de otras veces, la escena del mundo antiguo estaría completa. No habría cambiado más que el rótulo.

Este pesimismo, basado en exageraciones, no está justificado. Las diferencias de opinión son naturales y útiles, pero en el nuevo mecanismo se les da expresión tan sólo en el partido y no fuera del partido ni en contra de él, como ocurría en el antiguo régimen.

Estas diferencias se manifiestan, además, con un espíritu completamente distinto que antes, **porque la vida interior del partido está presidida por una nueva ética.** No cabe mostrar pasión y odio en el combate por las ideas; no se le puede dar un matiz de vanidad y de ambición personal; no se pueden utilizar las ideas como un instrumento para llegar; y, sobre todo, **no se puede amenazar la unidad espiritual y la disciplina del partido, que son cosas más esenciales y preciosas que cualquier aportación de ideas.**

Para terminar, no pueden transformarse las diferencias de ideas alrededor de ciertas cuestiones concretas presentadas por la actualidad política en una oposición **sistemática** contra la dirección del partido y contra su mayoría. Lo más detestable de los antiguos partidos políticos era que, falseando el mismo espíritu de la doctrina liberal, no se contentaban con manifestar libremente sus ideas, que, según los casos, hubieran podido ser unas veces favorables y otras contrarias al gobierno, sino que constituían **sindicatos de opinión**, obligando a todos sus miembros a estar siempre en contra del gobierno cuando se hallaban en la oposición y en favor del gobierno cuando ocupaban el poder. Esta sindicación obligatoria somete al individuo a un régimen de servidumbre que no se ha denunciado bastante.

Por el contrario, el derecho de expresar sus opiniones sobre

cada problema particular en el seno del partido único libra al individuo de esos lazos humillantes y le devuelve la libertad con la sola condición de seguir bajo la bóveda de la ideología común.

En una palabra, si en el partido único son posibles los oleajes de la opinión, nunca pueden llegar a tener tal fuerza que arrastren las márgenes del cauce.



Otra gran misión del partido único es la carga de explicar al pueblo las reformas del régimen y de hacer que las acepte **por persuasión** y no solamente por la fuerza.

La lectura de estas líneas chocará y humillará a los hombres educados en el espíritu individualista y... altivo del siglo XIX, por el **paternalismo** que se desprende de las atribuciones del partido único. Aparece éste, en efecto, como un órgano excesivamente tutelar de la nación, encargado de pensar por ella, de convencerla, de dirigirla, de educarla y de reeducarla. Cabe preguntarse si no está la nación bastante madura para prescindir de un pedagogo demasiado preocupado de sus opiniones y de sus sentimientos.

Pero los nuevos regímenes son, ante todo, sistemas de sinceridad y no sucumben ante el prejuicio de la madurez de la nación... Una nación no está nunca bastante madura **en su conjunto** para que pueda prescindir de una "élite" política que tenga la iniciativa de las grandes reformas y que sea la depositaria de las preocupaciones e inquietudes más lejanas y elevadas sobre el porvenir de la nación.

Así, pues, los nuevos sistemas no hacen más que regularizar una situación que, de hecho, existe en cualquier régimen; de un modo visible y oficial concentran en el partido único, y particularmente en sus puestos directivos, los elementos de la nación que sienten la vocación del **devenir** social.

Claro es que no constituyen con esos elementos un ateneo de discusiones vanas y sin fin, como en los regímenes liberales, sino un instituto de estudios útiles y eficaces, polarizados por la doctrina del partido.

El pensamiento no engendra allí el escepticismo, el agnosticismo y la anarquía, sino la fe, la convicción y la fuerza.

He ahí cómo la obra de reeducación de la nación lleva consigo, ante todo y sobre todo, una obra de reeducación de los miembros del partido, es decir, de los miembros educadores (49).

Es, por lo demás, un hecho conocido que en todos los nuevos regímenes el jefe supremo se ocupa de la educación de sus partidarios. En contraste con los regímenes democráticos en que el jefe de un partido—que nunca era un jefe, sino un **presidente** incoloro—tiene, como las mujeres, la única preocupación de agradar... en los regímenes autoritarios el jefe—que es siempre un verdadero jefe—no duda a menudo en disgustar a sus partidarios imponiéndoles reglas de vida nueva, conformes al espíritu del movimiento.

Es que, respecto de la nación, este jefe es como una fuerza **exterior**, destinada a corregir en todo momento los defectos y las inferioridades nacionales.

(49) Discurso de Hitler al Reichstag en 1935:

“Como los fermentos del antiguo Estado y del mundo antiguo de los partidos no pueden ser vencidos y apartados tan pronto, ocurre que en muchos puntos es precisa vigilar cuidadosamente el desarrollo nacional-socialista, allí donde no se ha establecido aún definitivamente”.

3.— La elaboración de las nuevas instituciones

Esta otra función del partido único deriva, naturalmente, de la del **devenir social**.

La construcción de las diferentes instituciones destinadas a incorporar el orden nuevo pertenece de derecho al partido único (50).

Cierto es que el partido puede asegurarse para su elaboración el conjunto de cualesquiera especialistas del país (técnicos, juristas, etc.), pero la esencia de las instituciones y su espíritu han de venir del partido. Únicamente él puede realizar la unidad ideológica y la necesaria armonía entre cada nueva institución y la obra del régimen en su conjunto.

Si el partido no pone el sello de la revolución en todas las instituciones públicas (51), pueden surgir entre ellas ciertas diferencias.

Así, en Italia se ha procedido con timidez respecto de algunas instituciones tradicionales, y el espíritu fascista se ha detenido a menudo ante su umbral. Por ejemplo, la organización entera de las finanzas públicas no tiene ninguna relación orgánica con la nueva organización económica fundada en las corporaciones. Son muy pocos los casos en que para crear o recaudar un impuesto se hayan utilizado las corporaciones o las facilidades que ellas ofrecen en esta materia.

Por esa razón, el partido debe estar siempre presente y aten-

(50) En Italia los grandes dignatarios del partido fascista son miembros natos de todos los órganos que preparan y votan las leyes.

En Alemania, por la ordenanza del Führer del 27 de julio de 1934, el suplente del Führer y sus delegados tienen derecho a participar en la elaboración de todas las leyes.

(51) Doctor Fabricius, "Das neue deutsche Reichrecht", citado por Nesse:

"Después de la conquista del poder, el deber del partido nacional-socialista no consistía únicamente en renovar el alma del pueblo, sino también en renovar el Estado de arriba abajo".

to para que no se presenten lagunas o soluciones de continuidad en el conjunto de las instituciones públicas, las cuales deben recibir todas el color del régimen.

Esta **homogeneidad orgánica** en el Estado es precisa, no por espíritu sectario, sino por una necesidad técnica de coordinación y racionalización.

4.— La dirección de los servicios públicos

Esta función postrera del partido único es la consecuencia fatal de las otras. Efectivamente, el partido no podría limitarse a un papel puramente académico de inspirador de la acción del Estado, sino que debe asumir las responsabilidades concretas y particulares de cada servicio público (52).

Este método es el único propio de la responsabilidad general e histórica que ha asumido.

Por lo demás, en todos los países, al día siguiente de la victoria, el partido revolucionario considera lo más urgente apoderarse de los principales resortes del Estado, instalando los hombres del partido a la cabeza de los servicios públicos.

Ahora bien, ese apoderamiento de las instituciones del Estado, que no era más que una precaución elemental de la revolución, no es una atribución pasajera, sino una función permanente del partido.

Una institución pública no puede ser dirigida en un sentido nuevo y con un espíritu nuevo tan sólo por el cambio de las leyes y reglamentos que rigen su actividad. El cambio de los

(52) Mussolini en 1924:

“El partido ha de obrar en cincuenta mil municipios, administrando de un modo bueno, sabio y honesto. Ir hacia el pueblo en suma y particularmente hacia aquel que ha sido largo tiempo olvidado, con el alma pura, sin demagogia, paternalmente, para convertirse en un elemento esencial de la solidez de nuestra patria”.

Mussolini en abril de 1926:

“El partido es la reserva política y espiritual del régimen. El partido debe hacer fascista la nación de arriba abajo y de abajo arriba: el partido, en fin, debe proporcionar las clases directivas fascistas en todas las instituciones importantes o secundarias del régimen”.

hombres es más importante que el de las prescripciones legales. La única garantía de que los nuevos servicios del Estado marchen por el camino del régimen consiste en ponerlos en manos de los hombres del régimen; y esto, incluso para el último empleo, porque algunas veces, hasta para las funciones secundarias es prudente no fiarse de los antiguos funcionarios, demasiado rutinarios y afectos al régimen que desaparece.

No hay que olvidar que, para las masas, el Estado está representado por sus funcionarios y que para ellas nada ha cambiado en el Estado si el recaudador de contribuciones, el gendarme y el maestro de su pueblo siguen teniendo las mismas malas costumbres que antes de la revolución.

Cambiar el régimen es cambiar las caras (53) y no sólo las de los grandes jefes lejanos, que solamente se ven en los periódicos, sino también y principalmente, las de los pequeños agentes a los que se encuentra cada día.

Si, como dice Anatole France, el Estado es “un señor viejo y con barba que os recibe detrás de una taquilla con aire ceñudo”, hay que cambiar el aspecto y las maneras de ese personaje... reemplazándolo por otro. Esto lo han comprendido los nuevos regímenes y el **estilo** de los funcionarios del Estado es diferente, con gran ventaja en todas partes, después de las revoluciones del autoritarismo.

En el capítulo consagrado a las relaciones entre el partido único y el Estado, examinaremos las diferentes modalidades de esta interpenetración entre el partido y el Estado, y sobre todo, el método de la **acumulación legal** de algunas funciones del Estado con ciertas dignidades del partido, así como también la de la unión personal entre estas dos categorías de cargos públicos.

(53) G. Neesse, “Die Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei”, pág. 53:

“Una revolución que aporta solamente un conjunto de medidas nuevas, sin aportar también una clase de hombres nuevos, no puede durar ante la historia”.

III

EL PARTIDO UNICO EN EL ESTADO

Hemos tratado hasta ahora del papel del partido único y de sus funciones transitorias o permanentes, con toda la detención que el objeto requiere. Pero nuestras reflexiones no han abandonado el terreno político ni el lenguaje político. Ahora bien, el partido político, para convertirse en una realidad tangible y cotidiana de la vida nacional, ha de estar encuadrado **jurídicamente** en el Estado. De ahí que, al abordar el problema de estas relaciones, tengamos que preocuparnos ante todo de los aspectos concretos y jurídicos de este problema.

No hay que decir que en la época puramente revolucionaria, las relaciones entre el partido conquistador y el Estado no obedecían a un pedantismo jurídico demasiado estrecho. Lejos de eso, cuando **se hace la historia** y cuando se crea por la acción política revolucionaria un derecho nuevo, no se preocupa uno de los textos, como un abogado.

Pero en el momento en que la vida pública vuelve a su ritmo normal, deben regularizarse las nuevas relaciones jurídicas. Es entonces cuando precisa, ante todo, definir la situación jurídica del partido único. Esta definición comprende primeramente su propio estatuto, después el derecho exclusivo de funcionamiento que justifica su título y, finalmente, sus relaciones con el Estado.

1. — El monopolio político

El derecho exclusivo a la actividad política, que llamaremos brutalmente, el **monopolio** del partido único, puede serle asegurado de dos modos distintos: de hecho o legalmente.

En la U. R. S. S. (54), en Turquía y en Portugal, el monopolio de los respectivos partidos únicos es un monopolio de hecho; ninguna ley constitucional ni ordinaria impide en principio el funcionamiento de varias organizaciones políticas. Por el contrario, en Italia y en Alemania el monopolio de los partidos fascista y nacional-socialista está regido por la ley (55).

No es una cuestión esencial la de preferir uno de esos sistemas al otro. Sin embargo, nosotros preferimos con gran ventaja la consagración jurídica del monopolio, por más conforme al espíritu de los nuevos regímenes, esto es, por **más sincera**.

Pero, ¿cómo se realiza un monopolio de hecho?

En la U. R. S. S., el terror ejercido por el partido comunista es tan fuerte, que no cabe ni siquiera imaginar el nacimiento de otro movimiento político concurrente. Todas las fuerzas del Estado se encuentran al servicio del partido para sofocar una tentativa de ese género.

En Turquía, el partido republicano del pueblo está también en condiciones de impedir la existencia de cualquier otra formación política. Si, como más adelante demostraremos, ha podido verse en un caso particular, en Turquía, nacer otro partido, era con el asentimiento del partido único y de sus jefes. Era una revolución que se hacía... con permiso del gobierno.

Finalmente, en Portugal, donde si la dictadura no ha nacido entre blondas, tampoco nació entre sangre, la Unión Nacional, partido único, ejerce su monopolio más bien como un privilegio moral que como resultado del terror.

En Italia, cuando Mussolini tomó el poder el 29 de octubre

(54) Hasta la nueva Constitución de 1936.

(55) En España, todos los partidos políticos han sido disueltos legalmente por el artículo primero del Decreto 255.

de 1922, no se podía hablar todavía de un monopolio político de hecho concedido al partido fascista. Existía **un gobierno** fascista, pero todavía no **un régimen** fascista.

Hasta comienzos del año 1925 no se constituyó el régimen fascista y no pudieron decirse los fascistas unos a otros: “Al fin, solos”. Hubo que esperar todavía algunos años para que una disposición legislativa concediera al partido fascista, reconocido como único, el derecho exclusivo a la existencia.

De modo análogo, en Alemania, el primer gobierno de Hitler fué el formado el 30 de enero de 1933 en colaboración con Von Papen. Después de la disolución del Reichstag, las nuevas elecciones del 5 de marzo dieron a la coalición del gobierno el 52 por 100 de los votos, de los que pertenecían a los nacional-socialistas el 44 por 100. Como consecuencia de la eliminación de los diputados comunistas, se pudo votar por la mayoría constitucional de las dos terceras partes la nueva constitución que otorgó a Hitler los plenos poderes.

Finalmente, el 14 de julio de 1933, se prohibió por ley la fundación y el funcionamiento en Alemania de otro partido fuera del partido nacional-socialista (56).

Hitler eligió la jornada del 14 de julio para promulgar esta ley que enterraba el liberalismo y el partidismo, lo que no carece de ironía (57).

(56) La ley dispone:

“El que trate de mantener la organización de otro partido político o el que organice un nuevo partido político, será condenado a tres años de detención (o de seis meses a tres años de prisión), con la reserva de que su delito no lleve consigo otras condenas”.

(57) Como es sabido Francia celebra su fiesta nacional en esta fecha, aniversario de la toma de la Bastilla. (N. del T.)

2. — El problema de las tres entidades políticas (Estado, partido único, nación)

El sistema liberal individualista no conocía más que dos entidades políticas: el Estado y la nación. Hasta podría decirse que ignoraba también la nación, porque no la tomaba por lo que ella es, sino que la consideraba simplemente como una suma de individuos.

En este dualismo político simplista, el Estado se presentaba en todo momento como **exterior** y casi **opuesto** a la nación, porque todos los esfuerzos del legislador constitucional tendían a defender al individuo contra el Estado.

El Estado era un mal necesario, que había que disminuir y limitar. El Estado era un ogro que hubiera devorado a los pobres individuos desarmados si la madre constitución no estuviera allí para protegerlos con sus párrafos.

En el Estado liberal, todo mira a la independencia del individuo frente al gobierno, y mantiene el espíritu de desconfianza y de odio contra esta institución política suprema. La división clásica de los poderes en legislativo, ejecutivo y judicial, no tiene otro fin que impedir la hipertrofia de la fuerza del Estado, que amenazaría al individuo.

La hipótesis liberal no admite que pueda existir un Estado que hasta tal punto encarne el espíritu de la nación e integre el alma del pueblo, que éste pueda deliberadamente y en un impulso sincero sacrificar sus libertades ilusorias a cambio de las satisfacciones supremas del triunfo nacional.

Cuando bajo Luis Felipe, el príncipe de Joinville devolvió, en 1840, las cenizas de Napoleón a París, Thiers, haciendo alusión a la recrudescencia posible de los sentimientos bonapartistas, pronunció en la Cámara de los Diputados esta frase admirable: “Una cosa hay, una sola, que no teme ser comparada a la gloria: es la libertad”.

En nuestros días, ante el impulso sincero con que los pueblos sacrifican su libertad ante los regímenes y hombres capaces de asegurar ese su impulso y su prestigio en el mundo,

puede volverse del revés la frase de Thiers, diciendo: **“Una cosa hay, una sola, que no teme ser comparada con la libertad: la gloria”**.



La pluralidad de partidos en el régimen liberal no hacía más que exasperar esa hostilidad **artificial** del individuo contra el Estado; porque la competencia electoral de los partidos no perseguía otra cosa que ofrecer al pueblo un Estado lo más barato posible, pidiendo el **mínimum** de sacrificios e imponiendo los deberes más llevaderos.

Mas he aquí que en medio de esos dos personajes que representan entre ellos la comedia desde hace más de un siglo, ha surgido un tercero que con aire sombrío y preocupado se propone ordenar el antagonismo artificial de la nación y del Estado.

Ese personaje es el partido único.

Esta tercera entidad política interpuesta entre la nación y el Estado, realiza entre ellos un equilibrio natural y una fusión moral perfecta (58).

(58) Karl Schmitt, ob. cit., pág. 16:

“En la construcción tripartita de la unidad política, las nociones “Estado” y “Pueblo” tienen una posición y suponen un sentido distintos que en la construcción bipartita de la democracia liberal. La concepción bipartita crea antítesis que dividen, como por ejemplo: el Estado contra el pueblo y el pueblo contra el Estado; la administración contra el pueblo y el pueblo contra la administración. En el Estado nacional-socialista, el órgano que dirige la política del Estado y del pueblo tiene el deber de hacer cesar y de vencer semejantes antítesis”.

Idem, pág. 21:

“Las líneas fundamentales de la organización se encuentran en el trinomio; Estado, movimiento, pueblo, y se articulan de manera que el Estado, el movimiento y el pueblo, sean diferentes sin estar aislados, y están unidos sin fundirse uno en el otro”.

Idem ídem, pág. 12:

“La nueva organización del Estado se caracteriza por el hecho de que la unidad política del pueblo, y con ella el orden general de la vida pública, se desarrollan en tres líneas diferentes. Esas tres líneas no están la una al lado de la otra, sino que una de ellas, es decir, el movimiento, penetra y dirige las otras dos”.

Si el Estado liberal era detestado y despreciado, es porque no “decía nada” al alma de la nación. Es verdad que también le pedía poco; esa era su gran virtud. Pero, en cambio, no ofrecía nada para satisfacer el orgullo de una nación impaciente y ambiciosa.

El partido único ha venido a dar al Estado precisamente lo que le faltaba: un sentido, un ideal, una personalidad moral. Ha hecho del Estado **un ser vivo**, porque le ha prestado su propia vida.

El partido revolucionario, selección de los temperamentos más vivos y de los valores morales más puros de un país, es una “élite” que concentra en sí misma la vitalidad y la conciencia entera de la nación. Incorporándose al Estado bajo cualquier forma, el partido revolucionario descubre a la nación un tipo nuevo de Estado, capaz y digno de engendrar acciones heroicas para su ascensión y para su gloria.

Salido de la nación y perfectamente representativo para su espíritu, el partido único impregna al Estado nuevo de su hábito y **lo hace comprensible, accesible y asimilable**.

Es que, por vez primera en la historia, el Estado se humaniza, al mismo tiempo que se eleva por encima de lo humano. Se hace a la vez amar y respetar. ¡Se le nota tan próximo y al mismo tiempo tan alto!

Pero el partido cuida mucho de no confundirse con el Estado disolviéndose en sus organizaciones burocráticas. Realiza una función distinta de la del Estado y, en consecuencia, permanece como un órgano diferente de éste (59).

Esta obra de idealización del Estado únicamente hubiera

(59) Huber, “Staatswissenschaft”, pág. 38:

(El partido nacional-socialista) “no es ni Estado ni pueblo; no debe serlo porque tiene un deber que cumplir, pero sin embargo, no está situado fuera del Estado, ni fuera del pueblo. Procede del pueblo sin seguir siendo tan sólo pueblo, y avanza hacia el Estado sin llegar nunca a ser completamente el Estado”.

G. Neesse, ob. cit., pág. 135:

“El partido nacional-socialista parte de una realidad amorfa para llegar a una realidad cristalizada; parte de lo político y quiere llegar al derecho; viene del pueblo y quiere conducir al Estado.

”Ese es su movimiento”.

podido llevarla a cabo el partido único. Los partidos de estilo liberal no hacían más que humillar y manchar al Estado. En cuanto a los funcionarios, su papel es demasiado técnico y estrecho para permitir una elevación semejante. Aun en los Estados como Alemania, que han constituido siempre un modelo de probidad y conciencia profesional, los funcionarios son incapaces, por razón de su psicología, necesariamente apolítica, de representar un Estado dinámico, vivo, dotado de ideales, un Estado que no se limita a registrar y administrar correctamente lo que existe, sino que empuja en todo momento y con todas sus fuerzas hacia la transformación social (60).

Había de limitarse el partido único a esta sola función histórica de **revalorizar el Estado** y ello le haría merecedor de ser consagrado como una de las grandes instituciones políticas de la humanidad.



¿Cómo se asegura la penetración recíproca del partido único y el Estado? ¿Cómo colaboran? Y sobre todo, ¿cuál es la posición del partido único frente al Estado: está por **encima del Estado, bajo él o a su lado**?

Este problema de posición es esencial para decidir la estructura jurídica del Estado nuevo y del partido único.

Tres posiciones diferentes puede tomar el partido único respecto del Estado (61):

(60) Karl Schmitt, "Deutsches Reich" (citado por Neesse):

"El partido no debe dejar de ser un movimiento. No debe simplemente verse en el organismo del Estado para continuar viviendo como Estado. Eso sería tan peligroso para el movimiento como para el Estado. Significa la organización, el elemento dinámico; lleva consigo también todo el riesgo y el peligro de lo político".

(61) G. Neesse, ob. cit., pág. 119:

"Formalmente cabe decir que en Rusia, Estado de un solo partido, el partido domina al Estado; en Italia, Estado de un solo partido, el partido sirve al Estado (el ejemplo del Gran Consejo Fascista es la prueba más convincente), mientras que en Alemania, Estado de un solo partido, el partido ni sirve ni domina al Estado, sino que trabaja y lucha a la vez por la comunidad y por el pueblo".

1. El partido único está **por encima del Estado** y manda en él. Es la solución comunista en U. R. S. S.

2. El partido está **sometido** al Estado y encajado en la estructura de éste como una institución subordinada: es la solución fascista en Italia (62).

3. El partido está **al lado** del Estado y se encuentra respecto a éste en relación de interpenetración recíproca. Es la solución nacional-socialista de Alemania (63).

En la segunda parte de este libro y en el capítulo consagrado a los grandes partidos únicos, exponemos la posición que el partido único tiene en relación con el Estado en cada uno de estos tres países: U. R. S. S., Italia y Alemania.

No vamos a examinar aquí minuciosamente si el partido único debe encontrarse según las leyes por encima del Estado, bajo el Estado o al lado del Estado.

A pesar de la importancia que la escuela alemana de Karl Schmitt concede a este problema, nosotros no se la damos grande, porque creemos que, después de todo, se trata de un tema más bien formal. **Y es que en todos los casos, el partido, en realidad, está por encima del Estado.** Ha conquistado el Es-

(62) Estatutos del partido nacional-fascista. Art. 1.º:

“El partido nacional-fascista es una milicia civil a las órdenes del Duce y al servicio del Estado fascista”.

Discurso de Mussolini en 1929:

“Desde entonces proclamé que el partido no es más que una fuerza civil y voluntaria a las órdenes del Estado, así como la milicia V. S. N. es una fuerza armada a las órdenes del Estado”.

L'Encyclopédie Française (Hubert Lagardelle), págs. 10, 84-11:

“En derecho, las administraciones oficiales preceden siempre a las instituciones fascistas; la jerarquía del Estado queda intacta”.

(63) G. Neesse, ob. cit., pág. 27:

“El partido no debe mandar al Estado. Las soluciones rusa e italiana han sido igualmente evitadas. Las necesidades alemanas nuestras, son distintas, más profundas, más peligrosas e inextricables que las de los demás pueblos. De esa manera, no hemos dado al único gran partido que salió luchando del caos de los años pasados ni una posición completamente servil ni una posición omnipotente en la vida de nuestro Estado”.

tado. Es su dueño. Le señala la dirección de su marcha (64) y realiza sus funciones disponiendo al efecto de todos los puestos de mando del Estado.

¿Cuál puede ser, entonces, la importancia política y sociológica de la posición formal del partido único respecto del Estado, si su posición real no puede ser más que una?

Hay, además, otro punto sobre el cual no podemos estar de acuerdo con la escuela alemana de Karl Schmitt, a la que, dicho sea de paso, no parece que los grandes jefes nacional-socialistas consideren como enteramente representativa.

En el conjunto de estas tres entidades, Karl Schmitt considera al partido como el elemento **dinámico** y al Estado como el elemento **estático**. Hasta aquí tiene razón. Pero no la tiene cuando considera al pueblo como un elemento **esencialmente apolítico** (65).

La verdad es que todos los nuevos regímenes autoritarios reservan al pueblo un gran papel político. Todos, con excepción del comunismo ruso, **son regímenes de opinión pública**. El kemalismo, el fascismo y el nacional-socialismo tienen su mirada vuelta constantemente hacia el pueblo; siguen con atención sus cambios de humor; movilizan a cada momento el sentimiento popular alrededor de sus grandes proyectos de orden interior y exterior.

Nuestra mentalidad, falseada por el politiquismo del siglo XIX, nos hace confundir la existencia de una opinión pú-

(64) Discurso de Hitler al Reichstag en 1935:

“Así puede ocurrir que el partido se vea obligado a intervenir allí en donde la conducta del Estado esté en contradicción con los principios nacional-socialistas, primeramente advirtiéndolo y, si es necesario, corrigiéndola”.

(65) Karl Schmitt, ob. cit., pág. 12:

“Cada una de esas tres palabras: Estado, movimiento, pueblo, puede ser empleada para la unidad política entera. Pero al mismo tiempo, cada una significa también una parte especial y un elemento específico de esa unidad. Así, el Estado puede ser considerado desde un punto de vista más restringido, como la parte política y estática; el movimiento más bien como el elemento político y dinámico, y el pueblo como el elemento no político, que se desenvuelve al abrigo y a la sombra de las resoluciones políticas”.

blica con la existencia de disensiones políticas, y **nos repugna admitir que un pueblo pueda ser a la vez políticamente activo y, sin embargo, unitario.**

En Portugal, la misma constitución consagra todo un capítulo a la opinión pública, reconocida como “una fuerza social y un elemento fundamental de la política y de la administración”.

“El pueblo, elemento esencialmente apolítico”, no puede ser, pues, más que una ficción de teorizantes que no tiene nada que ver con la concepción de los regímenes nuevos.

Ahora bien, si el Estado debe adherirse al pueblo, no hace falta nunca confundir el Estado con el pueblo. El más popular de los Estados no llega hasta confundir su existencia en cuanto entidad, con la del pueblo.

Nesse tiene razón cuando dice que la nación es un **organismo** mientras que el Estado es una **organización**. Una realidad orgánica no puede confundirse con una realidad institucional. Se trata de dos esferas distintas que pueden colocarse la una dentro de la otra, haciendo coincidir sus centros respectivos, pero que no pueden ser idénticas.

Precisamente el gran papel del partido único consiste en colocar la esfera-Estado exactamente en el centro de la esfera-nación.

Otra observación que ya hemos esbozado antes, es que **tampoco el partido puede ni debe confundirse con el Estado.** Si el partido único quisiera confundirse con el Estado, uno de los dos habría muerto.

El partido no es solamente una **organización**—y en esto Nesse tiene otra vez razón—, sino que es, al mismo tiempo, un **organismo**, es decir, una forma viva que está en continua evolución y que imprime su aliento a la organización que llamamos Estado. El partido único debe estar adherido a ese otro organismo que llamamos pueblo, extraer de él toda su vitalidad e infundirle su pensamiento.

La vida común de la nación y del partido es una continua simbiosis entre dos seres vivos. El Estado queda como una simple organización, una construcción jurídica y una fuerza material a la disposición del partido y al servicio de la nación.

Obligar al partido a confundirse con el Estado sería burocratizarlo, y la burocracia es un ácido que disuelve las ideas nuevas y los nuevos espíritus.

Podría temerse que esta coexistencia del partido único y del Estado—dos entidades con misiones directivas—condujese a las desdichas que han conocido todos los países que tenían dos amos. Pero este peligro no existe, porque **el partido en su conjunto es dueño del Estado en su conjunto**. Por consiguiente, no cabe que en la alta dirección del Estado haya esas divergencias continuas y esa tensión mantenida hasta la ruptura que caracterizaban el régimen del polipartidismo.

En este régimen, la tendencia a la destrucción interior provenía del hecho de que el partido que se encontraba transitoriamente en el poder, no podía jamás hacerlo todo. Era un dueño **condicional** del Estado, un sencillo administrador efímero, que no podía cambiar nada de profundo y estructural en la constitución del Estado. De ahí que encontrase en el Estado una cierta resistencia que frecuentemente contrariaba sus propósitos y que no pudiese ajustar el Estado a sus propias concepciones.

El Estado era permanente; los partidos que desfilaban uno tras otro por el poder, aportando sus concepciones contradictorias, eran pasajeros. El Estado representaba, pues, cuando menos en sus instituciones, **la parte más constante del sistema**; cada partido que llegaba al poder quería modelarlo a su guisa, y no lo conseguía.

He ahí cómo tenía que dominar la vida pública y causar en ella la confusión y la inestabilidad una antítesis permanente entre el Estado y el partido reinante. Semejante antítesis no puede existir en los regímenes de partido único, en los que el Estado renovado en sus instituciones, no cambia de dueño, y en los que se convierte en un instrumento adaptado de una vez para siempre a las concepciones del partido reinante e impotente para resistirle.

El peligro del país con dos dueños podría presentarse en las administraciones públicas parciales, en las que los miembros del partido asumen los cargos de dirección. Sin embargo, tampoco ocurre esto, porque cada miembro del partido que ocu-

pa un puesto público no es independiente, sino que está sometido a la autoridad de su partido, ante el cual es responsable. De esta manera, **la coordinación se realiza mediante la disciplina del partido.**

Si existen, sin embargo, casos en que el partido como tal asume cierta función pública, es preciso entonces que el órgano respectivo encargado de esta misión se ponga de acuerdo con el órgano del Estado cuya competencia comprende este campo de actividad. Así, en Alemania, el jefe de la Juventud Nacional-Socialista, Baldur Von Schirach, ha tenido que acordar un convenio en regla con el ministro de Educación Nacional en lo que concierne a los derechos respectivos de ambas partes sobre la juventud y el empleo de su tiempo. Es un caso clásico en que el partido ha tratado con el Estado de poder a poder.

La situación del partido fascista es muy instructiva para las relaciones, algunas veces sutiles, entre el Estado y el partido único.

Según la ley del 14 de diciembre de 1929, el partido fascista es un órgano del Estado (un organo dello Stato), lo que no quiere decir que sea un órgano perteneciente directamente al Estado (organo statale). En todo el partido fascista no hay más que un "organo statale": el Gran Consejo del fascismo.

En el partido nacional-socialista de Alemania, ni el conjunto del partido, ni ninguno de sus órganos, constituyen jurídicamente un órgano perteneciente directamente al Estado.

3. — El partido en la administración pública

Las relaciones entre el partido y el Estado no se reducen al problema de la posición del partido en su conjunto frente al Estado. El Estado y las administraciones públicas locales, como son los Ayuntamientos, poseen hoy tan complejos mecanismos que para dominar al Estado, no basta con tener en la mano lo que suelen llamarse las riendas del gobierno, sino que hay que asumir también la dirección de todos los servicios administrativos. Por esta razón, el partido tiene que penetrar en todas las escalas de la administración pública y animarlas de su espíritu (66).

Para llegar a esta penetración general del partido hay dos grandes métodos: el de la **acumulación legal** y el de la **unión personal**.

La **acumulación legal** supone una disposición legislativa en virtud de la cual determinada dignidad en el partido, da derecho automáticamente a otra dignidad en el estado, sin consideración a la persona y sin nombramiento expreso para este último cargo. Así, en Italia, por la ley de 9 de diciembre de 1928, el secretario del partido fascista es al mismo tiempo ministro de Estado. En Alemania, por ley de 27 de abril de 1933, el suplente del "Führer" es al mismo tiempo ministro de Estado. El suplente del "Führer" (Stellvertreter des Führers) no debe ser considerado como un suplente en todas sus funciones, sino solamente en aquellas que corresponden a su calidad de jefe del partido. De la misma manera se había previsto que el jefe del Estado Mayor de S. A. había de ser también de derecho ministro del Reich.

(66) En España, el Gobierno Franco, anticipándose a este método, ha dictado en el artículo segundo del Decreto 255 la siguiente disposición: "Mientras se realizan los trabajos encaminados a la organización definitiva del nuevo Estado totalitario, se irá dando realidad a los anhelos nacionales de que participen en las organizaciones y servicios del Estado los componentes de F. E. T. de las J. O. N. S., para que les impriman ritmos nuevos".

La **unión personal** supone una acumulación fortuita y pasajera ligada a una persona, la cual puede revestir al mismo tiempo una dignidad en el partido y una función oficial en el Estado.

En esta clase de enlaces hay algunos que tienen un carácter lógico y orgánico, como por ejemplo, el que frecuentemente existe en Alemania entre el cargo de jefe del partido nacional-socialista en una región, y el jefe de la administración provincial del Reich en la misma región.

Contra el sistema de unión personal se han dirigido ciertas críticas en Alemania. Por ejemplo, se ha dicho que “la unión personal tiene el riesgo de que sean desatendidos el Estado o el partido” (Fabricius).

Por eso, la ley municipal prusiana del 15 de diciembre de 1933 ha previsto que en cada municipio el dignatario más alto del partido ocupará en la administración una situación especial, disponiendo de un derecho importante de intervención, pero que en ningún caso podrá desempeñar el cargo de alcalde o de jefe administrativo del municipio.

4. — El partido único y las corporaciones

Hemos afirmado al comienzo de este volumen, que las dos grandes instituciones nuevas del siglo XX son el partido único y la corporación.

Es tan grande nuestra confianza en el porvenir y en el papel de la corporación, que consideramos nuestro siglo como **el siglo del corporatismo**. En nuestra obra ya citada, que lleva este título, hemos casi agotado cuanto cabe decir sobre el corporatismo contemporáneo y no vamos ahora a volver sobre ello. Sin embargo, un examen de las relaciones entre el corporatismo y el partido único es absolutamente necesario.

En efecto, en nuestro libro hemos presentado el tipo del corporatismo ideal: **el corporatismo integral y puro** que hasta ahora no ha sido realizado en ningún país.

Los regímenes corporativos concretos que existen en nuestros días, nunca son **puros** en el sentido que atribuimos a este calificativo y que recordaremos más abajo, porque todos ellos representan, o bien la combinación del corporatismo con el liberalismo, o bien la del corporatismo con el partido único.

Ahora bien, la presentación laudatoria que hemos hecho de la institución del partido único parece un poco contradictoria con el corporatismo puro. Por esa razón es preciso aclarar esta cuestión, tanto más cuanto que el corporatismo contemporáneo y el partido único se presentan como fenómenos sociales completamente nuevos, que no pueden relacionarse con otras nociones familiares al lector.



El corporatismo **integral** es la organización completa de **todas** las funciones de la nación: económicas, sociales, culturales y políticas, en las corporaciones, esto es, en **instituciones colectivas y públicas compuestas de la totalidad de las personas que desempeñan juntas la misma función nacional y que tienen por fin asegurar el ejercicio de esta función en interés**

supremo de la nación y mediante reglas de derecho impuestas, cuando menos, a sus miembros (67).

Lo que caracteriza el corporatismo **integral** es que realiza la integración completa de todas las funciones nacionales. En este régimen existen también corporaciones no económicas, como la Iglesia, el Ejército, la Magistratura, la Corporación de las Ciencias y las Artes, la Corporación de la Educación y la de la Sanidad pública.

En contraste con el corporatismo integral, el corporatismo **parcial** realiza solamente la integración de las fuerzas **económicas** de la nación. Es el caso del corporatismo italiano que no conoce más que las corporaciones económicas.

Lo que caracteriza el corporatismo **puro** es la constitución del poder político supremo de la nación **sobre la base exclusiva de las corporaciones (económicas, sociales y culturales) y como una emanación de éstas.**

En el corporatismo puro, la fuente de todo derecho—y por tanto, también la del poder político supremo—se halla **exclusivamente** en las corporaciones y se incorpora en un potente parlamento corporativo.

En contraste con el corporatismo puro existe el corporatismo **subordinado** o el corporatismo **mixto**. En el primero, la fuente del poder público se encuentra en otro lado, sea en un parlamento democrático o en un partido único (como en el ejemplo italiano) que **domina** y se **subordina** las corporaciones (68).

En el segundo, el poder político supremo está compartido

(67) El siglo del Corporatismo, pág. 176.

(68) Mussolini, en la inauguración del Ministerio de Corporaciones, el 31 de julio de 1926:

“Esa realización (del equilibrio entre las fuerzas económicas nacionales) es posible en el campo del Estado, porque tan sólo el Estado está por encima de los intereses opuestos de individuos y de grupos, para coordinarlos en un fin superior. Resulta facilitada por el hecho de que todas las organizaciones económicas reconocidas, garantizadas y protegidas por el Estado corporativo, viven en la órbita común del fascismo, es decir, aceptando la concepción doctrinaria y práctica del fascismo”.

por un parlamento democrático (o un partido único) y un parlamento corporativo.

En otros términos, mientras que en el corporatismo puro las corporaciones **elaboran** políticamente el Estado, en el corporatismo subordinado están **sometidas** al Estado y en el corporatismo mixto **participan** en el Estado en unión de otras fuerzas políticas.

Añadamos todavía que el corporatismo puro tiene que ser integral, porque sería inconcebible basar el poder político supremo sobre corporaciones exclusivamente económicas, ignorando las corporaciones sociales, morales y culturales.

El corporatismo puro es un ideal que no puede ser alcanzado al día siguiente de una revolución y de la institución de un nuevo régimen. En efecto, supone una conciencia corporativa y un grado superior de educación nacional en el espíritu nuevo.

Lo que es de temer siempre en el corporatismo en general, y más aún en el corporatismo puro, es que el antagonismo de los intereses económicos sea tan fuerte que llegue a paralizar, si es que no a destruir, el Estado.

Hemos demostrado que en el corporatismo puro, en el que las corporaciones económicas están todas representadas en una **cámara económica** y las no económicas en un **senado social-cultural**, se produce un **equilibrio automático de los intereses económicos** en esta cámara, equilibrio favorecido también por el arbitraje del senado, el cual, por razón de su origen, se halla por encima de los intereses económicos.

Ahora bien, en el comienzo de un nuevo régimen y en la fase de constitución y de educación de las corporaciones, los espíritus no están bien preparados para que pueda emprenderse sin temor la experiencia del corporatismo puro. Entonces el gran peligro viene siempre de la desdichada herencia del viejo mundo: el espíritu de partido con su egoísmo y su estrechez de miras podría infestar al nuevo parlamento corporativo falseando todo el espíritu del régimen.

He ahí por qué, antes de que la mentalidad política no haya sido enteramente destruída y de que la educación de la nación en el sentido del Estado ético depositario de ideales no se haya

terminado, es natural que se mantenga a las corporaciones en un régimen de tutela. El tutor indicado para las corporaciones, así como para la nación entera es el partido único, que ha hecho la revolución y que encarna su espíritu.

Por consiguiente, cuando reconocemos la necesidad de subordinar el corporatismo al partido único **durante un período transitorio**, no nos ponemos en contradicción con nuestra doctrina del corporatismo puro, que representa la fase **ideal y definitiva** del corporatismo.

IV

LA ORGANIZACION DEL PARTIDO UNICO

1.—El Jefe

El partido único, además de poseer una ética nueva, tiene también en su organización una técnica nueva. El mando, la jerarquía, la disciplina, son completamente diferentes de lo que eran en los partidos políticos del régimen liberal.

La primera originalidad del partido único es su jefe (69). El jefe y el partido son dos realidades complementarias (70).

El gran jefe del tipo de Kemal, Mussolini, Salazar, Hitler, es una novedad de nuestro siglo.

Y es una novedad que exige una explicación sociológica general, porque, por mucha que sea la admiración que sintamos ante el genio de esos hombres hemos de admitir que normalmente han debido de existir en todos los tiempos personalidades capaces de alcanzar su misma altura. Si, a pesar de ello, esas personalidades no han florecido o no han podido alcanzar dimensiones gigantescas, es que el ambiente no les era favorable. **El Estado liberal temía a los gigantes. El Estado totalitario y unitario los llama.**

El principio de unidad comienza por el mando único. **El prin-**

(69) L'Encyclopédie Française (Hubert Lagardelle), págs. 10, 84-9: "El último escalón de las "élites" es el jefe. El jefe o el triunfo del espíritu. Todas las instituciones fascistas conducen al jefe".

(70) Hitler, ob. cit., pág. 132:

"He de oponerme claramente a esta frase que se oye repetir a menudo en los medios burgueses: "Desde luego, el Führer está muy bien; pero el partido, ¡ah!, es otra cosa". No, señores; el Führer es el partido, y el partido es el Führer".

clpío del jefe es una necesidad orgánica de toda organización totalitaria de la nación (71).

Hemos visto que la solidaridad y la unidad de la nación son imperativos de nuestro siglo, y que una ley general parece imponer hoy a todos los países del mundo una organización unitaria. El lema del Estado moderno parece ser **la unidad de los fines y la convergencia de los medios**.

Para mantener una y otra, la personalidad del jefe es indispensable (72).

El jefe es el que, mejor que los demás revolucionarios, tiene la visión anticipada del nuevo Estado. Es él quien prepara la revolución y da la orden del ataque decisivo. El quien dirige la toma de posesión del Estado y traza la línea general de las transformaciones que ha de imponerle. Es el jefe el que realiza la fusión entre el partido y el Estado—frecuentemente mediante una unión personal—y el que vela por la coordinación suprema de todos los esfuerzos para el resurgimiento nacional (73).

Este tipo de jefe, que se ha realizado tan brillantemente en nuestros días, acumula un gran número de funciones históricas.

Encarna en su personalidad todas las fases de la revolución, representando a la vez la fase de elaboración doctrinal,

(71) G. Neesse, ob. cit., pág. 48:

“Nunca han podido separarse las grandes realizaciones y las grandes responsabilidades, y la llama creadora jamás se ha mostrado en un gran número de hombres, y muy raras veces en una comunidad, sino que casi siempre apareció en una sola y gran personalidad”.

(72) Discurso de Hitler al Reichstag:

“El partido, en cuanto encarnación de la concepción de la vida (Weltanschauung) alemana, y en cuanto guía política de los destinos alemanes, debe dar a la nación y al Reich un Führer. Según la proclamación del actual Führer, éste es dueño del partido, jefe del Reich y Comandante Supremo de la fuerza armada”.

(73) L'Encyclopédie Française (Henri Jourdan y Henri Brunchwig), págs. 10, 86-6:

“Emanación de la voluntad general, el jefe no es un dictador, sino que es el legislador, el juez y el ejecutor supremo. Es la fuente de la ley, porque es la fuente de la confianza. La comunidad le ha delegado sus poderes indivisos”.

la propiamente revolucionaria de la destrucción y de la conquista del poder, y la fase de la reconstrucción institucional. En fin, puede ser que un día le esté reservado presidir también la fase de integración en el tiempo de las conquistas de la revolución.

Este gran jefe contemporáneo, cuyo tipo adquiere un relieve culminante en Mussolini y en Hitler, es a la vez Juan Jacobo Rousseau, Danton y Napoleón. Quizá sea un día también para la revolución de nuestro siglo lo que la monarquía constitucional fué para la revolución francesa: **el remate de la estabilidad.**



Y no obstante, sería no entender los regímenes nuevos considerar al jefe solamente como resultado de una necesidad **técnica** de la organización.

El jefe, en esos regímenes, es todavía más. Representa algo más profundo, más significativo y más **intrínseco** para la espiritualidad del régimen. **El jefe no es solamente un mando técnico, sino que es una encarnación** (74). No es tan sólo un elemento de la organización, sino el mismo espíritu de ésta. Ni tampoco una de sus ruedas, sino una fuerza que ha existido antes del movimiento, y sin la cual no se comprendería éste.

Y ante todo, el jefe es **una representación**. Es la incorporación del mito, y el símbolo de la nueva era.

El pueblo tiene siempre necesidad de hacerse representar. No hay que confundir, sin embargo, la representación con la elección y el parlamentarismo. De todas las formas de la representación, ésta es la más artificial y la más desprovista de contenido espiritual, por ser puramente convencional y mecánica.

La forma más natural, la más directa y la única verdaderamente popular de la representación es **el hombre, el hombre**

(74) En España, el artículo 47 de los Estatutos de F. E. T. de las J. O. N. S., da del Jefe esta definición imperial: "El Jefe Nacional, supremo Caudillo del Movimiento, personifica todos los valores y todos los honores del mismo"... "El Jefe asume en su entera plenitud la más absoluta autoridad. El Jefe responde ante Dios y ante la Historia."

nolo, en los raros casos en que el pueblo llega a encontrar en él su propia imagen, a la vez verídica e idealizada.

Por esa razón, un gran jefe como Mussolini o Hitler constituye la única verdadera representación de un pueblo. ¿Representación puramente simbólica?... Ciertamente; pero el pueblo no se expresa más que por símbolos. **El que no ha comprendido su lenguaje simbólico, no ha comprendido jamás al pueblo.**



Los alemanes, con su manera metódica de formular teorías sobre todos los fenómenos de la vida, han lanzado también la "teoría del jefe" o "el principio del jefe" (Das Führerprinzip).

Oponen este principio al principio liberal del **elegido**, y lo originan en regla general para la administración de un país, no solamente en el mando supremo, **sino en todas las escalas de la jerarquía** (75).

El principio del jefe sustituye la responsabilidad falaz del comité con la responsabilidad real del hombre (76).

A cada misión su hombre y a cada hombre su responsabilidad... pero cada responsabilidad está ligada, dentro del campo que abarca, a **un poder ilimitado.**

(75) Para otros países véase: Codreanu, ob. cit., pág. 336:

"No era yo el que nombraba "jefe de nido" (jefe del primer núcleo de la organización de los "guardias de hierro" N. A.). Eran sus capacidades las que le elevaban y le nombraban; no llegaba a jefe por mi voluntad, sino por sus dotes de reunir, convencer y conducir un grupo.

"Yo decía a mis adheridos: Conquistad, organizad, y en la medida en que seáis capaces de organizar, tendréis el derecho de mandar".

(76) Hitler, "Mein Kampf":

"El Estado ha de comenzar a insertar en su organización el principio de la personalidad, desde la más pequeña célula de la comunidad hasta el remate de la clase dirigente de todo el Estado. No existen decisiones mayoritarias, sino tan sólo personas responsables, y la palabra Consejo vuelve a adquirir su sentido original. Cada hombre tiene al lado suyo los consejeros; pero la decisión no concierne más que a uno sólo; la idea básica que hizo en su tiempo que el ejército prusiano llegara a ser un instrumento admirable del pueblo alemán, ha de ser el fundamento de toda nuestra concepción del Estado: la autoridad de cada jefe abajo, y la responsabilidad arriba".

El máximum de responsabilidad individual unido al máximum de poder individual; tal parece ser el principio del jefe. Implica para cada agente de la escala jerárquica una gran responsabilidad respecto de sus jefes y una gran autoridad frente a sus subordinados. Esta autoridad nace del hecho de que cada superior responde de sus subordinados como un cabo responde de sus soldados.

La aplicación más alta de este principio se encuentra en la dirección superior del Reich, en que el Führer es al mismo tiempo jefe del Estado y jefe del gobierno.

Por la constitución provisional de 24 de marzo de 1933, el Führer, por sí solo, puede hacer leyes, sin que sea precisa otra firma. Es más, en el momento en que el Führer se retirase de su función, todas esas leyes caerían automáticamente, circunstancia que subraya el carácter de concepción personal y de responsabilidad personal que lleva consigo la obra del Führer.

El mismo principio se aplica a los jefes de las provincias históricas (Reichstatthalter). Los nombra el Führer como sus delegados plenipotenciarios y enteramente responsables de su cargo ante él.

Lo que hace la grandeza del jefe, en la acepción contemporánea de esta palabra, es que, al mismo tiempo que se confunde con su pueblo (77), aparece frente a él como una fuerza exterior capaz de obrar sobre él y de transformarlo.

Esta posición particular del jefe respecto de su nación está en contradicción profunda con la de los hombres políticos en la democracia.

En los regímenes liberales y democráticos, el problema capital para un hombre público es conservar el favor de las multitudes. Por consiguiente, para llegar a atraerse las multitudes y a conservarlas, el político debe en todo momento pliegarse a sus exigencias, adularlas, complacer sus deseos. Debe adaptarse a lo que existe, tomar las masas como son, con sus defectos y sus malos hábitos. En una palabra, no ha de conducir las, sino seguir las.

(77) Mussolini: "Gobernar significa sentir en el propio corazón los latidos de todo un pueblo".

El sufragio universal y la persecución de los votos electorales envilecen al político, lo hacen oportunista y lo sumergen por entero en el fango de las apetencias, las envidias y los rencores populares. **Es representativo en el sentido de que se coloca al nivel más bajo de las multitudes, a la altura de su estiaje moral.**

Al contrario, el gran jefe contemporáneo tiene una esencia completamente distinta y se coloca en un plan absolutamente diferente. Es popular, no porque se rebaja a adular a las multitudes, sino porque encarna una idea esencial y común a toda la nación. Es popular, no por ofrecer promesas, sino realizaciones fecundas, bienhechoras y perceptibles por las masas.

Es representativo, no por adoptar los sentimientos inferiores de los hombres, sino por simbolizar lo que hay de más elevado en sus aspiraciones. Grande ya por su identificación con el alma del pueblo, se engrandece todavía más porque emplea su fuerza, no para **complacer** a su pueblo, sino para **hacerlo mejor** (78).

Frente a su pueblo se coloca como una fuerza exterior capaz de influirlo, de mejorarlo y de educarlo. A pesar de la unión profunda e intensa que tiene con su nación, **el jefe lucha sin descanso con ella.** No se pliega ante sus caprichos de un día, ni desfallece ante sus humores pasajeros, ni tiembla de inquietud ante sus sobresaltos nerviosos. Sigue firme y resuelto a modificar todo lo que sea malo en su carácter o peligroso en sus costumbres (79).

(78) Mussolini: "Scritti e Discorse", vol. VII, 1934, pág. 31:

"Un Estado consciente de su misión y que representa un pueblo en marcha, un Estado que transforma continuamente ese pueblo, incluso en su aspecto físico".

(79) Mussolini:

"Quiero corregir a los italianos de sus defectos tradicionales. Y los corregiré. Los corregiré de su optimismo demasiado fácil, de la pereza que sigue en ellos demasiado rápidamente a los excesos de celo, de su propensión a embriagarse por el éxito de una primera tentativa y a creer que todo ha terminado cuando nada ha empezado. Si tengo éxito, si el fascismo consigue modelar como yo quiero el carácter de los italianos, estad ciertos de que cuando la rueda del destino pase al alcance de nuestras manos, sabremos cogerla y plegarla a nuestra voluntad".

Es el gran pedagogo de la nación, que no se deja intimidar por sus resistencias ni conmover por sus incomodidades. Prepara para ella, y nada más que para ella, un porvenir más hermoso que será su recompensa por los sufrimientos de un día.

No será completamente comprendido más que en el futuro. Sólo entonces la nación habrá reconocido la necesidad de redimirse por el sacrificio y de elevarse por el perfeccionamiento.

Un gran hombre, un jefe, es el instrumento del Destino en las épocas en que una nación no puede salvarse más que transformándose, modificando sus instituciones y purificando su alma...



2.—La jerarquía y la selección de los cuadros

Hemos insistido largamente sobre el carácter de minoría selecta que todo partido único presenta o debe presentar (80) y que resulta de su misión particularmente difícil (81).

Es tan esencial este carácter para el éxito del partido único, que somos escépticos, en cuanto a la persistencia en su forma actual, de ciertos partidos únicos, tales como el Partido del Pueblo de Turquía y la Unión Nacional de Portugal que, con un espíritu demasiado generoso, han hecho un llamamiento a todas las buenas voluntades del país.

Un gran peligro se oculta bajo las adhesiones de estas “buenas voluntades” que pueden no ser sinceras, o al menos, no tener el mismo ardor y la misma conciencia que los elementos del partido formados durante la revolución y por la revolución. No olvidemos que los partidos únicos suceden en la mayor parte de los casos a los regímenes de partidismo liberal, caracterizados por los logreros, dispuestos a ir siempre con

(80) Hitler, ob. cit., pág. 122:

“La institución alemana más sólida del pasado era la que practicaba la selección más rigurosa, es decir, el ejército. Lo mismo que el ejército se recluta conscientemente por el sistema de una selección de hombres aptos para el manejo de las armas, el partido debe proponerse como fin reunir y educar a los elementos de la nación aptos para la dirección política”.

Idem, pág. 122:

“Así como el ejército es el hogar permanente que cobija las vocaciones militares, las mantiene y les permite desarrollarse, la organización del partido debe dar a la vocación política el cuadro visible que le conviene y la posibilidad de desarrollarse y perfeccionarse”.

(81) Hitler, en Nuremberg, en el mes de septiembre de 1934:

“Como soldados y oficiales de una comunidad espiritual, los miembros del partido son responsables de la educación de toda la nación en ese espíritu. Deben cultivar la juventud y formarla para el Estado de hoy y para el de mañana. Deben dar a las organizaciones de millo- nes de nuestros campesinos y obreros el sello de nuestra concepción; deben anclar y asegurar la situación de la idea nacional-socialista en todos los puestos importantes del Estado y de la economía”.

el corazón alegre a donde el gobierno vaya. Ahora bien, estas gentes encuentran muy natural hacer profesión de fe en el nuevo régimen, que además, presenta una estabilidad muy ventajosa para sus intereses.

De ahí que la selección mediante la revolución, es decir, mediante la lucha y los sacrificios, sea infinitamente preferible, porque evita al partido fraternizar con la turba de los oportunistas y conserva toda su pureza.

En nuestra patria hemos vivido, aunque en circunstancias algo distintas, esa afluencia de hombres faltos de carácter hacia un régimen nuevo.

Un príncipe heredero que poseía todos los derechos al trono de su padre, fué desterrado por bajas intrigas lejos de su país. El ejército de los oportunistas se apresuró inmediatamente a cubrirle de injurias, besando los pies del dictador que lo había expulsado. Pocos amigos hubo que continuaran cerca del príncipe infortunado y que combatiesen por su causa.

Pero he aquí, que después de algunos años de destierro volvió el príncipe a su país valerosamente, por la vía aérea, una hermosa tarde de verano. Aclamado por su pueblo entero, fué rey. Y al día siguiente, la bandada de los oportunistas se volvió como una ola de cieno hacia el rey. Todos aquellos que habían insultado al príncipe en el destierro se convirtieron en "sinceros adoradores" del rey. Y su reino, por lo demás dichoso y fecundo, comenzó con un defecto de estética: ofreciendo una muestra demasiado indiscreta de la bajeza humana.

Eso es lo que el régimen revolucionario debería evitar, no solamente por la estética de la era nueva, sino también para garantizar la solidez de sus cimientos (82), porque los oportu-

(82) Stuckart, "Deutsches Recht", 1935, pág. 35:

"Para la N. S. D. A. P. y para el tercer Reich no existe tarea más esencial que la de crear la clase directora del Estado por la selección y la educación, formando un tipo de la raza, por las maneras, el pensamiento, el sentimiento, la conciencia del honor, una indispensable pureza personal, por la fuerza del carácter, la sinceridad del espíritu de justicia, el valor y la audacia, la disciplina y el orden, la voluntad de vivir y de trabajar para la colectividad y, si es necesario, de morir por ella".

nistas no dudarían en volverse contra el nuevo régimen tan pronto como lo amenazase un peligro serio. Estarían tan dispuestos al abandono del débil como han sido prontos para aclamar al fuerte.

No insistiríamos sobre estas consideraciones demasiado elementales del A B C político si no fueran olvidadas en nuestros días.

Si se trata de elegir, pues, entre dos males: de un lado la generosidad respecto de los oportunistas y del otro el estrecho sectarismo que no acepta en el partido único victorioso más que a los veteranos de la revolución, **preferimos con mucho este mal a aquél.**



El principio de selección debe aplicarse, no tan sólo en lo que concierne a la admisión en el partido único, sino también en lo referente a la distribución de los cargos y mandos del partido.

Ahora bien, en cuanto se trata de establecer la jerarquía interior del partido, surge una gran controversia respecto al mejor método de selección. ¿Qué es preferible, **la elección desde abajo** o **el nombramiento desde arriba**? Para designar los miembros de los diferentes comités: locales, generales o nacionales, lo mismo que los secretarios, cargos muy importantes en la organización del partido único, ¿cuál de los dos criterios es el más indicado?

El examen de los partidos únicos existentes demuestra que **cuanto más consistente y organizado es un partido único, tanto más se prefiere el nombramiento a la elección, y la selección al sufragio.**

En el partido comunista, a pesar de las apariencias de electoralismo de que hablaremos, lo que prevalece es el nombramiento por la superioridad. Lo mismo ocurre en el partido fascista desde 1926.

Por lo demás, es bien significativo que antes de 1926, cuando el partido no se hallaba aún organizado rigurosamente, los cargos del partido se proveían por elección. El año 1926, en

que este principio fué abolido, marca el momento en que el hierro fascista se convirtió en acero bien templado.

En cuanto al partido nacional-socialista, no ha reconocido nunca más que el principio del nombramiento, lo que dice bastante sobre la solidez de su estructura.

En oposición con esos tres partidos, el Partido del Pueblo de Turquía, menos consistente como organización, distribuye los cargos y dignidades de su organización exclusivamente por el método electivo. En cuanto a la Unión Nacional de Portugal, los comités del partido son constituidos por un procedimiento mixto de elección y de nombramiento.

Decir que la designación de los miembros para los cargos del partido se hace por nombramiento, no es decir bastante, porque si la elección es una operación automática en la que los electores no sienten ningún embarazo, por el contrario, el nombramiento plantea ante los directores del partido el problema delicadísimo de los criterios de selección y de la aplicación de esos criterios a los casos concretos. Es la intuición—casi podríamos decir, el genio del jefe—el que le inspira la elección más adecuada.

Para cada cargo diferente es preciso dosificar—como lo hacía Fayol en sus principios de organización—las cualidades de inteligencia, de competencia y de carácter que se requieren. Y después, hace falta encontrar el hombre en el que mejor se den ese complejo de cualidades.

Es inútil querer formular aquí reglas, principios y teorías. Lo característico del jefe es resolver como mejor entienda estos problemas por el método empírico.

3. — La disciplina y la organización militar

Jamás insistiré bastante sobre la enorme diferencia que hay entre los antiguos partidos liberales y los partidos revolucionarios en cuanto a la estructura moral y al estado de espíritu de sus miembros.

No es que existan **diferencias** entre el afiliado al partido de antes y el soldado político (83) de hoy: es que hay un **abismo**.

Desde el punto de vista ético, hemos visto ya cuál es la distinción entre esos dos tipos políticos, pero la ética no es tan sólo un elemento interior y estrictamente psíquico, sino que se traduce en nuevas formas de organización y en nuevas relaciones entre los miembros del partido.

La manifestación más saliente de la nueva ética política, y al propio tiempo la más original, es la disciplina y la organización militar del partido (84). Para un hombre imbuído del espíritu y de los prejuicios del siglo XIX nada hay más sorprendente e inconcebible que la severa disciplina a que se someten voluntariamente los elementos políticos del siglo XX.

Para “el ciudadano” del liberalismo, la personalidad política se caracterizaba ante todo por un particular espíritu de independencia, por un marcado criticismo y por una exagera-

(83) Declaraciones de Mussolini antes de la marcha sobre Roma al diario de Nápoles, “Mattino”:

“El fascismo es otra cosa. Los miembros son ante todo, soldados hechos para combatir y no para discutir”.

G. Neesse, ob. cit., pág. 79:

“El partido nacional-socialista tiene la sensación de ser una tropa; es lo que lo separa de un modo definitivo de cualquier otro partido. La tropa es una comunidad de soldados. En este partido, desde el comienzo, la base militar ha sido muy activa”.

(84) En España, el artículo 27 de los Estatutos de F. E. T. y de las J. O. N. S. prevé claramente la situación militar de sus miembros: “Más que una parte del Movimiento, las milicias son el Movimiento mismo, en actitud heroica de subordinación militar”.

Los militantes de F. E. T. de las J. O. N. S. se clasifican en primera y segunda línea y están organizados militarmente.

ción de la dignidad personal. Cuanto más “político” se era, más debía afectarse una actitud desembarazada y libre y más debía mostrarse cierta desenvoltura en las relaciones con todo el mundo y sobre todo con los que tenían cierta superioridad social.

En la era de la democracia y del electoralismo, el “chic” supremo era poner la mano en la espalda del jefe político y practicar en la vida social una familiaridad teñida de vulgar igualitarismo.

Por lo que toca a la disciplina política dentro del partido, solamente evocarla era ya humillante y recordaba demasiado a los hombres estúpidamente orgullosos de ese tiempo las jornadas, “penosas para la dignidad humana”, de su servicio militar.

Hoy esta mentalidad ha muerto. Los nuevos partidos revolucionarios, que asumen bajo la forma de partidos únicos la responsabilidad de los nuevos regímenes políticos cultivan la disciplina en aquella forma irreprochable y absoluta que hasta ahora no conocía más que el ejército. Mientras que ayer nadie se hubiera atrevido a alabarse de su espíritu de disciplina, hoy se siente el orgullo de **obedecer** (85).

Los nuevos partidos son **milicias civiles**. Sus miembros, soldados. Juntan los talones, se cuadran y saludan a la romana al superior **político**, en servicio ordenado **político** y para un ideal **político**.

He aquí lo que hubiera podido asombrar a nuestros antepasados de la generación de 1848 que llevaban chalina, se llenaban la boca de liberalismo y se proclamaban todos individualidades independientes, sin otros amos que su conciencia (86).

Pasaron los tiempos en que la fantasía individual era la úni-

(85) Hitler, ob. cit., pág. 116:

“Alemania no es un corral en que todos corren, cacarean y cantan mezclados; somos un pueblo que desde la juventud aprende la obediencia y el orden”.

(86) Hitler, ob. cit., pág. 131:

“No se permitirá que en la dirección política y en la interpretación de sus fines, el individuo indisciplinado pueda excusarse pretendiendo que su propia concepción es exacta, o haciendo notar el error de las ideas o de las órdenes dadas por el partido”.

ca guía de los hombres y en que el **gregarismo** y el **conformismo** constituían motivos de desprecio.

En nuestros días se admira la belleza antigua de la abnegación, de la renunciación y de la despersonalización (87). Se es feliz dejándose mandar y se siente la voluptuosidad del sometimiento.



Por otra parte, la disciplina y la organización militares de los nuevos partidos únicos responden a un fenómeno más profundo y a un cambio espiritual de un alcance más general en la humanidad contemporánea.

En la historia de los pueblos, el espíritu militar y el espíritu cívico se confunden hasta la revolución francesa. El mundo antiguo lo mismo que la Edad media, no hubieran sabido siquiera hacer una distinción entre el espíritu militar y el espíritu cívico. Los mismos hombres con las mismas virtudes, idéntica jerarquía, la misma moral y la misma escala de valores se encontraban en el mundo militar y en el mundo civil, **que eran uno solo.**

La clase directiva regía la ciudad en tiempos de paz y mandaba su ejército en tiempos de guerra. Los jefes políticos eran jefes militares. Alfred de Vigny pudo escribir: “En la antigüedad cada ciudadano era un soldado; el soldado no tenía distinto aspecto que los hombres de la ciudad”. Y más allá, haciendo alusión a los magníficos edificios construídos por las legiones romanas: “El cemento romano de los acueductos era amasado, como Roma, por las mismas manos que la defendían”.

El ejército ha sido, en todos los tiempos, un organismo social con un fin superior a sí mismo y a los hombres que lo componen. **El ejército está construído sobre el deber y no sobre el derecho: cultiva la calidad y no la cantidad.** He ahí por qué

(87) Codreanu, ob. cit., pág. 323:

“La disciplina no os humilla, porque os hace vencedores. Y si las victorias no pueden ganarse más que con sacrificios, la disciplina es el menor de todos los sacrificios que un hombre puede hacer para la victoria de su pueblo”.

el espíritu del ejército se confundía con el de la sociedad civil, tan alejado de todo materialismo. El valor cívico se confundía con el valor militar. En Esparta, el máximo de las virtudes militares coincidía con el máximo de las virtudes cívicas. La sociedad, al igual que el ejército, cultivaba la jerarquía, la disciplina y el vigor físico.

Por esa razón puede decirse que, hasta la revolución francesa, el ejército estuvo completamente integrado en la sociedad, y que existió una unidad perfecta entre el espíritu militar y el espíritu cívico.

La revolución demolió este estado de espíritu tradicional, proclamando la primacía del individuo y **de sus derechos**. La sociedad civil se oponía al ejército, que cultivaba siempre la primacía **del deber**.

El sufragio universal ha exaltado el principio de la cantidad y de la masa; el voto secreto proclamó el derecho a la cobardía cívica. La jerarquía fué reemplazada por el igualitarismo y la disciplina por la libertad. **Entonces se produjo un divorcio grave y sin precedente en la historia entre el espíritu de la sociedad y el del ejército; entre el espíritu cívico y el militar.**

El punto culminante de estas disyuntivas, contrastes y abismos entre el ejército y la sociedad fué el asunto Dreyfuss. Por lo demás, todo el siglo XIX ha sido una época muy difícil para el espíritu militar. El ejército, que antes de este siglo estaba integrado en la sociedad, se encontró fuera de ella y llamado solamente de vez en cuando, en las horas de peligro, a fundirse de nuevo espiritualmente con ella.

Esas raras ocasiones eran el rescate del pasado y de la tradición y daban un soberbio mentís al individualismo y al materialismo de los intelectuales. **La sociedad humana era mejor de lo que éstos creían**, era capaz de instantes de idealismo y de renuncia a los egoísmos individuales en favor de las grandes causas, que solamente la guerra colocaba ante ella.

Por el contrario, el siglo XX representa un retorno permanente al espíritu tradicional de las sociedades humanas anteriores a la revolución francesa. Nuevamente se ha producido la fusión entre el espíritu militar y el cívico, y no porque el espí-

ritu militar haya decaído aproximándose al espíritu hasta ahora individualista y materialista de la sociedad civil, sino porque el espíritu civil se ha aproximado al militar, reconociendo sus extravíos y sometiéndose a las leyes eternas de toda sociedad humana.

De esta manera **la disciplina ha vuelto a ser una virtud cívica** y todos los grandes movimientos políticos de nuestra época coinciden con un profundo y natural recrudescimiento del espíritu militar.

Y no se trata de una moda pasajera, sino de una vuelta definitiva a los métodos tradicionales de toda sociedad normal. **La formación casi militar de los partidos políticos revolucionarios que se han establecido como partidos únicos, no es debida, pues, a un capricho de sus jefes, sino a una exigencia del siglo.** Esta verdad vale lo mismo para el principio de esa organización que para sus menores detalles (88).

(88) Codreanu, ob. cit., pág. 333:

“Los uniformes adoptados por todos los movimientos contemporáneos, por el fascismo o el nacional-socialismo, no han nacido de la imaginación de sus jefes, sino de la necesidad de expresar un estado de espíritu. Son la expresión de la unidad de sentimientos. Son el aspecto visible de una realidad invisible”.

4.— Los órganos del partido único

Los órganos del partido único dependen naturalmente de la extensión y diversidad de las funciones que éste asuma. Un partido único completo, tal como lo hemos concebido teóricamente, tendría que ser muy complejo en su organización.

Para cada una de las funciones permanentes del partido único es preciso que haya un órgano adecuado. Si alguna de las funciones del partido no son de gran importancia, basta entonces un solo órgano para acumular la responsabilidad de realizarlas.

Para las funciones que sean esenciales, es preciso que haya un órgano especial para cada una de ellas. Por ejemplo, la primera gran función del partido único, que es la de garantizar la estabilidad política del régimen, exige a veces una organización especial. En Alemania no la llenan solamente los miembros del partido tomado en su conjunto, sino particularmente las organizaciones militares S. S., S. A. y N. S. K. K.

Esta distinción existe también en el fascismo, pero es desconocida en los demás partidos.

Para la segunda función, que es el contacto con el pueblo y la reeducación política de la nación, existe en todos los partidos únicos sin excepción, una red de organizaciones locales, regionales y centrales.

No entraremos en los detalles morfológicos de estas organizaciones, las cuales no presentan interés especial más que para los jefes políticos que organizan en su país partidos únicos. Mencionaremos, sin embargo, especialmente sobre este punto la organización portuguesa de las Casas del pueblo (Casas de povo), en las que toda la vida espiritual de los pequeños municipios y de las parroquias se concentra, realizándose un contacto perfecto entre los miembros del partido y la gran masa del pueblo.

Esta forma **tentacular** y **capilar** de la organización de cada partido único es indispensable para notar en cualquier momento cómo late lo que pudiera llamarse el pulso de la nación;

porque los regímenes de partido único deben estar informados del menor descontento de la población antes de que determine un estallido. Por el contrario, han de estar presentes en los más oscuros rincones del país, para informar, explicar y, sin que lo parezca, excusar al régimen de lo que no ha podido hacer.

La organización de la opinión mediante el contacto directo es una condición indispensable de todo régimen basado en el partido único. Sería una falta imperdonable imaginar que basta para ello la prensa, aun cuando esté monopolizada por el gobierno. La prensa hablada y la prensa murmurada son más potentes que la prensa impresa.

La tercera función permanente del partido único, que es la elaboración de las nuevas instituciones, debería tener, a nuestro juicio, un órgano distinto de los demás del partido. La función crítica de que antes hemos hablado y las iniciativas reformadoras que de ella dimanar están mejor atendidas si se las confía a órganos especiales, que sientan la pasión de las innovaciones legislativas y administrativas.

Sobre este punto es difícil saber cómo los directores de los diferentes partidos únicos trabajan en su intimidad en la elaboración de los proyectos de transformación institucional del Estado.

Es probable que esta obra sea el resultado de una colaboración entre los grandes dignatarios del Estado, que empuñan en sus manos el timón, con los especialistas: doctrinarios, teóricos y expertos, cuyo papel respecto a los problemas del Estado es el de “pensar en ellos siempre”.

Para concluir, nos parece que toda organización interior de un partido único debe tener, cuando menos, tres órganos distintos, para tres de sus funciones principales: la defensa política del régimen, el contacto y la reeducación del pueblo y la elaboración de las nuevas instituciones.

La primera es función de centinela; la segunda, de maestro de escuela; la tercera, de arquitecto del porvenir.

5. — Los miembros del partido único

El carácter “sui generis” del partido único y su contraste total con los partidos de tipo antiguo hacen que el problema de su **composición**, es decir, del reclutamiento y la selección de sus miembros, así como el de su régimen jurídico particular, haya de ser examinado de una manera completamente nueva.

En los antiguos partidos, la recluta se hacía según el **principio de la concurrencia**; en el partido único (en su forma acabada), la recluta se hace según el **principio de la selección**. Basta señalar esta diferencia para comprender el abismo que separa las dos formas de organización política.

¿Cuáles eran los criterios y métodos de recluta en los antiguos partidos de tipo liberal? Todos ellos se dedicaban a la caza permanente de los partidarios. Como toda la vida política se desarrollaba sobre el tablero del sufragio universal, el único criterio y el único ideal de los políticos era el número. Tenía la mayor fuerza política el que poseía el mayor número de partidarios, es decir, de votos.

La **calidad** de los miembros nos interesaba, siempre que cumpliesen exactamente su deber de autómatas electorales el día de la votación. El grado de conciencia y de devoción de la masa de los miembros, su fe, su valor y su espíritu de sacrificio eran cosas secundarias en una lucha en que la papeleta era la única manifestación decisiva del partidario.

Cierto es que los partidos socialistas y sindicalistas obreros comenzaron a apreciar también las cualidades morales y combativas; pero esto ocurría precisamente porque la manifestación política de esos partidos no comprendía tan sólo la lucha electoral, sino también la huelga. Ahora bien, para la huelga no contaba sólo el número, sino la calidad de los hombres que se lanzaban a esta nueva especie de combate político.

Por consiguiente, teniéndolo todo en cuenta, en los partidos antiguos se cultivaba el número a toda costa, sin consideración para la calidad de los hombres, porque la perpetua competencia de los otros partidos para la adquisición de miembros, disminuía hasta el mínimo las exigencias cualitativas. Cuando una

mercancía está demasiado pedida y es muy codiciada, no se puede ser muy exigente.

Por otra parte, en las democracias no se apreciaban las cualidades morales. No se sabía qué hacer de ellas... Es más, los hombres demasiado destacados por su carácter causaban cierta molestia; se prefería el rebaño borreguil de los buenos electores.

Esa era la razón por la cual se veía llegar a los más altos puestos de los partidos democráticos hombres sin escrúpulos personales, cuyo pasado, a menudo lleno de crímenes contra el Estado, no estorbaba en nada su brillante carrera. Al mismo tiempo, los hombres a quienes su fervor patriótico comprobado señalaba para los cargos públicos, tales como los antiguos combatientes y los heridos de guerra, eran tratados en todas las democracias en el mismo plan que los desertores, si es que no como los traidores.

a) Antes de la conquista

Como hemos dicho varias veces, en su origen los partidos únicos eran partidos revolucionarios. Esa cualidad implicaba, desde el comienzo, una selección distinta de la que se aplicaba en los partidos democráticos; porque en éstos casi no existía selección; la entrada era libre. Y la salida también lo era, sin perjuicio de que fuera seguida sin riesgo alguno de una nueva afiliación política en otro partido.

Por el contrario, los miembros de los partidos revolucionarios se seleccionaban, sin estatutos ni comprobaciones formales, por el medio severo de la lucha y del riesgo político. En efecto, todos esos partidos se han constituido en tiempos turbados, como oposiciones violentas y valerosas al régimen reinante. En consecuencia, no han podido encontrar sus adheridos más que en una minoría consciente, patriótica y presta a todos los sacrificios. Es que en los comienzos de esos movimientos no era un juego fácil y agradable ser fascista o nacional-socialista. Su "era heroica" fué también el tiempo de los héroes.

Cuanto más larga fué esta dura época anterior a la conquista, y más difícil y lento ha sido el éxito, la selección de

los miembros y del estado mayor del partido ha podido ser hecha mejor por éste.

Hasta puede decirse que un éxito demasiado fácil constituye una desventaja para un partido revolucionario, heraldo de un mundo nuevo, porque no permite la selección mediante la fortaleza y el sacrificio, que es la mejor.

Quizá puede pensarse que esta selección, hecha durante el combate, no es la más adecuada para clasificar los elementos políticos con miras a los futuros cargos del gobierno. La selección y la jerarquía de tiempos de guerra no son las mejores para los tiempos de paz, en que se requieren cualidades y aptitudes bien distintas.

Frecuentemente esa es la tragedia de los revolucionarios después de su victoria.

En efecto, el jefe de la revolución que se convierte en jefe del gobierno, llámese Kemal, Mussolini o Hitler, debe aplicar en interés del país y de la revolución un criterio de selección distinto después de la conquista que antes de ella.

De donde se sigue que ha de haber fatalmente hombres "sacrificados" porque no puede concedérseles la misma importancia, papel y lugar en la jerarquía del Estado que se les concedió en la jerarquía del ejército revolucionario. Entonces, se acusa de ingratitud al jefe supremo... olvidándose de que su deber consiste en ser fiel a los principios y a su método de aplicación, no a los hombres.

Los derechos de los revolucionarios veteranos llegan a ser a veces molestos para la revolución. Por ello se oyen frecuentemente observaciones que apenas bastan para ocultar la amargura de los jefes supremos contra el **veteranismo**.

b) Después de la conquista

El problema de la recluta después de la conquista es uno de los más difíciles, porque todo el mundo querría estar del lado del vencedor, pero no todo el mundo está calificado para formar parte de la "élite" política de la nación.

La elección no es difícil en lo que concierne a las cualidades intelectuales; donde comienza la dificultad es cuando se

trata de las cualidades morales y, sobre todo, del valor que un día puede ser necesario para todo soldado político miembro de un partido único (89).

Es difícil demostrar el carácter sin someterse a pruebas penosas y comprobar el heroísmo sin la guerra (90). De ahí que los nuevos miembros ingresados en el partido cuando éste ya ha vencido, no tengan siempre ocasión de mostrar lo que valen desde el punto de vista del carácter.

Por consiguiente, el partido único no puede apoyarse principalmente en los nuevos miembros, sino que ha de consistir en una hábil dosificación de los veteranos y de los neófitos. Desde este punto de vista es muy característico que en Alemania el ministro del Interior de Prusia tuviera que promulgar en 9 de mayo de 1933 una ordenanza para definir legalmente la noción de veterano (antiguo combatiente). En esa disposición se considera como antiguos combatientes del partido a los miembros de la S. A., S. S. y Cascos de Acero que formaban parte de estas organizaciones antes de la victoria del 30 de enero de 1933, así como también a los miembros del partido nacional-socialista del número 1 al 300.000. Basta esta disposición para adivinar el estado de espíritu que la ha hecho necesaria.

Es muy instructiva la comparación entre el número restringido de esos 300.000 y el total de miembros del partido, que antes de la victoria era de 1.500.000. Pero es interesante añadir que después de la victoria, este millón y medio que se había formado durante catorce años se aumentó en dos millo-

(89) Estatutos del partido nacional-fascista, art. 6.º:

“Los cargos de dirección, los mandos y las funciones deben ser confiadas a los camisas negras que han combatido o trabajado por la revolución, o a los fascistas que provienen de la organización de los jóvenes”.

(90) Hitler, el 3 de septiembre de 1933, en Nuremberg:

“El movimiento debe demostrar que en el porvenir, la elección debe hacerse, según los mismos principios áridos que nos impuso una suerte dura en el pasado. Lo que en el pasado nos fué impuesto, en parte por la fuerza del adversario, debe serlo en lo porvenir por nuestra propia voluntad”.

nes en tres meses. Esas cifras valen más que una fábula de La Fontaine...

Las frases de Hitler en el congreso de Nuremberg, el 10 de septiembre de 1934, dicen también lo bastante (91).

A este propósito no olvidaremos nunca un momento que vivimos personalmente en el congreso de Nuremberg de 1936. Un orador veterano de la revolución, contemplando la multitud inmensa y jubilosa que en un marco fastuoso y magnífico se apresuraba a aclamar a los congresistas, comenzó su discurso con estas palabras:

“Hubo un tiempo en Nuremberg, en nuestros primeros congresos, en que no obteníamos una acogida tan gozosa. Cuando atravesábamos las calles en manifestación, solamente algunos raros paseantes, que necesitaban de todo su valor, nos hacían un signo de simpatía”.

“Hubo un tiempo en Nuremberg...”

¡Palabras profundas y emocionantes!

¿Qué más hubiera podido decirse para escribir una página eternamente verdadera sobre la psicología de las masas?

El reclutamiento político de la juventud

Los fundadores de los partidos únicos conocían demasiado bien a los hombres para no darse cuenta de esas fatalidades psicológicas. Por ello crearon para la aceptación de los futuros miembros del partido una base nueva, única y sin precedente en la historia: **el reclutamiento político.**

Desde el momento en que el partido único es un ejército, su reclutamiento debe ser idéntico al del ejército. Sin embargo, la comparación no es completamente exacta si se toma el ejército en su conjunto. Cuando resulta rigurosamente cierta es cuando se la aplica solamente a la parte permanente del ejército, al cuerpo de oficiales y de suboficiales activos.

(91) “Porque en otro tiempo era peligroso hacerse nacional-socialista; y por eso es por lo que obtuvimos los mejores combatientes. Hoy es útil afiliarse a nosotros y por eso hemos de ser prudentes con la afluencia de aquellos que quieren hacer buenos negocios bajo el símbolo de nuestra lucha y de nuestro sacrificio” .

En efecto, **el partido es un cuerpo de oficiales**. Nadie puede convertirse en oficial sino pasando desde su juventud por ciertas escuelas y recibiendo una educación adecuada. No puede llegarse a ser miembro del partido único sin pisar todos los peldaños de las formaciones preparatorias para los jóvenes (92).

Los tres partidos únicos que tienen una organización fuerte y rígida: el partido comunista, el fascista y el nacional-socialista, tienen todos ellos instituciones preparatorias para la juventud (93). En los capítulos reservados para cada partido volveremos a hablar de ellas.

Lo que hacemos notar aquí es que esta preparación es ante todo **una escuela del carácter** y después, **una escuela de ciencia política**. Así en los "fasci" de jóvenes hay cursos de preparación política en cada federación y servicios sucesivos en los diferentes puestos de mando.

En esas nuevas escuelas políticas se aprenden sobre todo dos virtudes, viejas como el mundo que, sin embargo, el espíritu del siglo XX había olvidado un poco: **el arte de mandar y la virtud de obedecer**.

Desde un punto de vista crítico y negativo podría objetarse que, después de todo, hay algo de anormal en esta educación de la juventud hecha obligatoriamente bajo la bandera de una ideología y de un partido determinados. Podría decirse que con- vendría más reservar al adolescente para el día que llegara a la

(92) Hitler, en Nuremberg, el 10 de septiembre de 1934:

"Entre ellos es donde encontraremos el mejor producto para el partido nacional-socialista, les vemos crecer y desarrollarse desde la infancia. Podemos seguir sus modales y todo su ser, examinándolos para elegir finalmente entre ellos los que nos parezcan mejores y en-rolarlos en las filas de la vieja guardia".

Y más lejos:

"Una nueva generación crece sin conocer por sí misma la infección y el envenenamiento de nuestra política de partidos; por lo cual esto será para ella cosa extraña y no comprendida".

(93) También en España el reclutamiento, una vez terminada la guerra, será tan sólo a través de las organizaciones juveniles. Estas organizaciones comprenden dos categorías: Los "flechas", hasta la edad de 16 años, y los "cadetes", desde esa edad hasta la del servicio militar.

madurez la libertad de decidirse por una idea política o por otra, y de realizar así adhesiones realmente voluntarias, hechas con pleno conocimiento de causa. Argumento que recuerda el de los herejes de antaño que no admitían el bautismo inmediatamente después del nacimiento, sino que querían que se esperase a la edad de razón para que el hombre decidiera por sí mismo qué religión quería adoptar.

Esas teorías ultraindividualistas y antisociales son inaceptables hoy. La nación se sobrepone al individuo y su personalidad colectiva exige ante todo la continuidad del esfuerzo espiritual y moral. **Una vez lograda la unidad política y espiritual de una nación en el corazón de los hombres, todos los esfuerzos deben tender a conservar para las generaciones futuras un bien tan raro y tan precioso (94).**

Transmitir a los descendientes ese tesoro de solidaridad y de comunidad espiritual es entonces un deber elemental y **un derecho** que se justifica por sí mismo (95). De ahí dimana el derecho de inculcar la fe política a los niños, de la misma manera que se les inculca la fe religiosa con el bautismo.

(94) Cuando una nación o una capa social se hacen estables, la sucesión de hijos a padres no marca ningún contraste, ni da lugar a que se manifiesten diferencias de estructura psíquica de una generación a la otra. Los lores y los labriegos no conocen las generaciones.

(95) En un discurso muy inspirado que pronunció el 5 de octubre de 1927 (véase Dr. Goebbels, "Signale der Neuen Zeit", págs. 15 y siguientes) el actual ministro del Reich, Dr. Goebbels, comparó la nación a un árbol y, las generaciones humanas a sus hojas, que aparecen y desaparecen cada año.

"La hoja no es nada; si significa algo, es tan sólo mientras está unida al árbol".

La nación tiene, pues, un derecho orgánico de inculcar su concepto de la vida a las nuevas generaciones, como el árbol imprime su sello especial a sus hojas.

6. — El régimen jurídico

a) Derechos y deberes

Hemos demostrado que el partido único presupone una ética particular, que somete a sus miembros a derechos y deberes excepcionales y distintos de los que corresponden a los demás ciudadanos de la nación (96).

No hay que decir que esta ética encuentra su expresión concreta en ciertas prescripciones detalladas. Así, los estatutos de todos los partidos únicos prevén las obligaciones, las líneas de conducta y las sanciones para sus miembros.

No parece necesario entrar en el detalle de esta reglamentación. Debe, sin embargo, hacerse notar que en los partidos fuertemente organizados, como el partido fascista y el nacional-socialista, las prescripciones relativas a los deberes son más rigurosas y severas. Así, después de sofocar la revuelta de Röhm, Hitler dijo en el séptimo punto de su orden del día: **“Espero de los órganos del Estado que, en casos parecidos, el castigo sea mayor que para los que no son nacional-socialistas”**. **“Todo jefe nacional-socialista debe ocupar en el pueblo una posición superior, y por ello debe tener, también, deberes superiores”**.

Este principio del deber superior encuentra su aplicación en todos los partidos únicos; es el signo esencial de reconocimiento de cada una de las órdenes.

(96) Hitler, en Nuremberg, el 10 de septiembre de 1934:

“Siempre ocurrirá que solamente una parte del pueblo está formada por los verdaderos combatientes activos. Ellos fueron en Alemania los heraldos de la lucha nacional-socialista, y ellos son los que conservan el Estado nacional-socialista. Se les exige más que a todos los millones de sus conciudadanos. Para ellos no basta decir “yo creo”, sino que se les pide el juramento “yo lucho”.

b) **Jurisdicción excepcional**

Como una consagración suprema del carácter moralmente privilegiado de los miembros del partido único, se les ha concedido en Alemania derecho a una jurisdicción excepcional.

En efecto, para los miembros del partido nacional-socialista, así como para los soldados políticos de la S. S. y de la S. A., se han fundado **tribunales excepcionales de justicia**.

Aun antes de la victoria del partido, en el año 1928, se habían establecido comités de instrucción y de conciliación (Untersuchungs-und Schlichtungs-ausschüssen). Pero ese principio fué introducido oficialmente en la Ley para la unidad del Estado y del partido de 1.º de diciembre de 1933. El 1.º de enero de 1934 fueron fundados los tribunales del partido (Parteigerichte), que tienen por misión “velar por el honor común del partido y de cada uno de sus miembros y conciliar en caso de necesidad, de manera amistosa, las diferencias de opinión entre los miembros del partido”.

Estos tribunales tienen más bien un carácter de **tribunales de honor**, como los consejos de reforma del ejército, Su principio y su criterio supremo son los de defender el concepto alemán del honor.

La jurisdicción del partido es distinta de la de los soldados políticos del S. A. Por lo demás, los S. A. están sometidos también, lo mismo que los oficiales, a penas disciplinarias pronunciadas sencillamente por sus jefes.

SEGUNDA PARTE

LOS GRANDES PARTIDOS UNICOS CONTEMPORANEOS

Para poner de manifiesto la analogía de circunstancias políticas y la sorprendente semejanza en los caracteres de los diferentes partidos únicos, no basta ocuparse, como lo hemos hecho hasta aquí, del partido único en general con arreglo a un plan teórico, sino que es necesario examinar cada partido único en particular y confrontarlo con nuestro plan, para darnos cuenta de sus caracteres específicos y de sus desviaciones respecto del modelo.

Al hacer esta confrontación, destacaremos lo que hay de general y de universal en el desarrollo de cada partido único, y lo que lleva consigo de circunstancial y de local.

De esa manera distinguiremos, como dicen los médicos, los caracteres **tipos** y los caracteres **atípicos** en el gran fenómeno del partido único.

No hace falta decir, que en el curso de esta nueva exposición no podrá evitarse la repetición de ciertos detalles consignados ya en la primera parte. Para la presentación completa de cada partido, no cabe suprimir la mención de esos detalles en su lugar lógico y cronológico. Esperamos que los lectores comprendan y excusen esta necesidad.



I

EL PARTIDO COMUNISTA DE LA U. R. S. S.

Es el más antiguo de los partidos únicos y, sin embargo, no ha tenido sucesor ni imitador en los demás países del mundo. En ninguna parte existe un segundo partido comunista, en cuanto partido único que detenta el poder.

La paradoja está en que, si el partido comunista, en cuanto partido único, ha tenido sucesores e imitadores, éstos se encuentran tan sólo en los regímenes de derechas.

El Partido del Pueblo de Turquía, el partido fascista de Italia, la Unión Nacional de Portugal y el partido nacional-socialista de Alemania están situados—según la terminología política de nuestros días, defectuosa, pero inevitable—a la **derecha**.

Así pues, desde el punto de vista ideológico, el partido comunista de Rusia se halla en una oposición absoluta respecto de los demás partidos únicos. También su estructura social es totalmente diferente de la de éstos, porque mientras los demás partidos únicos están constituídos por una minoría consciente seleccionada **en todas las clases** de la sociedad, el partido comunista de la U. R. S. S. es el único partido de esa especie fundado teóricamente **sobre una sola clase social**: el proletariado.

La revolución comunista no surgió en la U. R. S. S. como una reacción contra el liberalismo y el partidismo, sino contra el absolutismo de los zares. La Duma y los tímidos ensayos de vida parlamentaria de la Rusia de los zares no pueden ser considerados como manifestaciones liberales. Por tanto, desde este punto de vista, la dictadura del proletariado—que es, de hecho, la dictadura de algunos hombres que tienen muy poco que ver con el proletariado—no es más que un nuevo absolutismo con cambio de amos.

El partido comunista—y en esto es una excepción entre los partidos únicos—no ha representado jamás una tendencia a la unificación política de la nación ante un peligro nacional.

Y sin embargo, en el momento de su triunfo, ese peligro nacional existía; Rusia estaba todavía en guerra y la única perspectiva del momento la constituía una paz humillante. Pero los jefes bolcheviques se preocupaban de todo menos del prestigio nacional de un país que, por lo demás, apenas era el suyo. **Las ideas-fuerzas que aseguraron el triunfo de la revolución representaban todas la negación de la idea de solidaridad nacional.**

Los bolcheviques no se dirigieron a la dignidad nacional, sino a la cobardía del pueblo, puesto que prometieron al pueblo ruso la paz a **cualquier precio**. No fué el interés nacional el que agitaron ante el pueblo, sino el interés egoísta de la clase agrícola, a la que prometieron el reparto de las tierras, y de la clase obrera, ante la que hicieron brillar la dictadura del proletariado. Más tarde, ni los labradores tuvieron la tierra—cuando menos tal como la habían soñado, como una propiedad individual de la familia—ni los proletarios ejercieron la dictadura, que siguió siendo el privilegio exclusivo de unos pocos.

Ello no obsta para que en la época en que esas dos grandes ilusiones fueron lanzadas causaran su efecto. En cuanto partido revolucionario, los bolcheviques son el tipo perfecto de una minoría consciente, que sabe lo que quiere y que logra su propósito. Querían una experiencia social grandiosa bajo el reinado de algunos intelectuales, en su mayor parte judíos, que habían de disponer de un poder tal como los mismos zares no tuvieron jamás. Y la han hecho.

Para un pueblo tan numeroso como los rusos esa minoría era ínfima. El partido bolchevique, que en su origen constaba de unos 8.000 miembros, tenía apenas 25.000 antes de conquistar el poder. Si, a pesar de ello, esa minoría obtuvo la victoria, fué porque ofrecía al pueblo ruso **la paz y la tierra** y, sobre todo, porque no encontró ni oposición ni conciencia de clase en la burguesía rusa.

Jamás un pueblo fué menos consistente, más amorfo y más

apolítico que el pueblo ruso. Por consiguiente, después de la revolución bolchevique, aquella pequeña minoría activa y enérgica podía hacer lo que quisiese.

Por grande que sea nuestra confianza en la fuerza de una minoría consciente, asociamos siempre a esta fuerza **el valor de la idea que representa**. Un ideal de independencia, de dignidad y de solidaridad nacional, sobre todo en ciertos momentos de sensibilidad colectiva, puede conducir en cualquier país una minoría ínfima al poder supremo. Pero un ideal inferior y materialista, como el de los bolcheviques, no puede engendrar el éxito más que en un pueblo absolutamente desprovisto de educación política, es decir, en un pueblo infantil.

El advenimiento de los bolcheviques no se produjo, pues, como el de los demás partidos revolucionarios, después de una larga preparación de la opinión y de la eliminación sistemática de las ideologías adversas. Simplemente, sin grandes precauciones ni contemplaciones, mediante un golpe de fuerza realizado en un momento de confusión y desorientación generales, se conquistó el poder.

Así también, después de la victoria, el partido comunista no tuvo, como en los demás países, que realizar grandes esfuerzos para liquidar a sus adversarios. En Rusia no había partidos políticos capaces de resistencia. También la unificación política del país se llevó a cabo de un modo muy expeditivo. Fueron los comunistas los únicos con voto en el Consejo y todo el resto de la nación quedó privado juntamente, de los derechos políticos y del derecho a la existencia.

El partido comunista, solitario en la escena, ejerció ante todo, como los demás partidos únicos, la función esencial de garantizar la estabilidad política. Con este fin se atribuyó poderes ilimitados, pero sus miembros no constituían una milicia civil, como la del fascismo o el nacional-socialismo.

La segunda función del partido único, la del contacto con el pueblo y la reeducación política de la nación, debe reconocerse que se realiza con mucha habilidad. Los servicios de propaganda, muy bien organizados, se aprovechan del aislamiento completo del pueblo ruso, que no puede enterarse nunca de la

realidad política y social de los demás países, para tener un término de comparación con el estado de cosas interior.

La elaboración de las nuevas instituciones—que representa en la Rusia comunista un esfuerzo considerable a causa de la novedad del sistema económico comunista—así como la gestión directa de los servicios públicos, políticos y económicos, son funciones confiadas exclusivamente a los miembros del partido.

El monopolio político del partido comunista es absoluto. No podría imaginarse la coexistencia de ninguna otra organización política. Y lo que es más, las personas que sirvieron en el ejército de los zares, o que pertenecieron a un partido político no comunista, fueron privadas de sus derechos políticos. Según Mequet (“Encyclopédie Française”), en 1923, los excluidos ascendían a un 8 por 100 en las ciudades y a un 3 por 100 en los pueblos.

En la nueva constitución soviética de 1936, se ha renunciado a privar expresamente del derecho al voto a esas categorías. Al mismo tiempo, el partido comunista reviste por vez primera una existencia constitucional y se convierte en una institución del Estado.

Los artículos 130 y 140 establecen que los candidatos en cualquier elección deben ser **previamente** autorizados por el partido o por sus organizaciones sindicales.

El problema de las tres entidades: nación, estado y partido, se resuelve por la autoridad categórica del partido respecto del Estado. En cuanto a la nación, no se habla de ella. A lo sumo, se habla del proletariado; pero no se hace... más que hablar.

Gobierna el Estado el Consejo de Comisarios del Pueblo, que equivale, poco más o menos, al Consejo de Ministros, pero también un Bureau del Comité Central Ejecutivo compuesto de 27 miembros tituláres. Desde todos los puntos de vista, este Bureau se halla por encima del Consejo de los Comisarios del Pueblo, lo cual no tiene gran importancia, porque ambos están sometidos al partido. Los miembros del Bureau del Comité Central Ejecutivo, lo mismo que los Comisarios del Pueblo, son miembros del partido y están sometidos a su disci-

plina. Stalin, el dictador de Rusia, no es más que el secretario general del partido; pero esto le basta para mandar por igual al Bureaqu del Comité Central Ejecutivo y al Comité de los Comisarios del Pueblo.

No puede decirse mucho más del papel que el partido juega en la administración, en la que reina sin límites, ni del que asume en las corporaciones... que no existen.

Es éste el lugar para decir algo sobre el papel del partido en esa especie de parlamento que se llama Congreso Federal de los Soviets. Este Congreso, que se reúne raras veces (entre 1931 y 1935 no ha habido ninguna sesión del Congreso), y que consta de 2.500 miembros, es elegido por los soviets en tal forma que la población urbana, que representa menos de una cuarta parte de la población total, designa las tres cuartas partes de sus miembros. Por consiguiente, **el habitante de las ciudades tiene, por término medio, un voto nueve veces más eficaz que el habitante de los pueblos.**

Una delegación restringida del Congreso, que consta solamente de 600 miembros, constituye el Comité Central Ejecutivo.

Todas las elecciones para el Congreso son indirectas, cosa muy importante para asegurar la representación exclusiva del partido comunista en esta asamblea. En efecto, la elección por grados sucesivos permite que si, milagrosamente, ha sido elegido en los grados inferiores un delegado que no cuente con el asentimiento del partido, éste no influye para nada en la elección del grado inmediatamente superior, porque los demás delegados, comunistas todos ellos, deciden la elección, enviando así al Congreso una unanimidad de comunistas.

Por lo demás, es casi pueril que nos detengamos en el examen del sistema electoral soviético. **Es perfectamente indiferente cuál sea este sistema, porque el congreso, como tal, no existe.**

Y no es eso lo que reprochamos al comunismo. En Alemania, el parlamento es también insignificante, lo que no impide que Alemania esté bien gobernada. Lo que repudiamos en el comunismo es su concepto de la vida, su ideología, su carácter

antisocial y materialista y no sus métodos exclusivistas y anti-parlamentarios.

El problema de las relaciones entre el partido único y el jefe del Estado no es muy difícil en la U. R. S. S. Según parece, en este país hay un hombre, al que se considera oficialmente jefe del Estado. Pero, ¿quién ha oído hablar de él?

Hemos admitido que, por lo común, cada partido único elabora una ética política nueva; ¿cuáles son los elementos de esta ética nueva, si es que existe, en el partido comunista ruso?

Sería difícil encontrar la menor traza de preocupación moral en las relaciones del partido con el resto de la nación. Únicamente cabría distinguir ciertas reglas de orden moral en las relaciones interiores entre los miembros del partido.

Puede ser que exista cierto espíritu de fraternidad entre los diferentes miembros del partido y quizá esa obsesionante palabra de “camarada” (tovarich) no carece completamente de contenido. Además, una disciplina muy rigurosa constituye otra manifestación de la solidaridad que liga entre sí a los miembros del partido.

Esa solidaridad es el elemento indispensable de toda ética destinada al uso doméstico. No olvidemos que los mismos clanes están sometidos a determinadas reglas de derecho interno.

El principio del jefe parece que está establecido en el partido comunista con una gran firmeza. Se trata de un rasgo esencial y común a todos los partidos únicos. Parece que la jerarquía en el interior del partido es muy exacta y muy respetada.

En cuanto al reclutamiento de los miembros, ha seguido normas y métodos variados. En los primeros años de la revolución se tenía un criterio muy amplio para la admisión; de esta manera el número de miembros aumentó en los cuatro primeros años después de la victoria desde 25.000 a 700.000. En 1923, como consecuencia de una depuración, se redujo a 470.000. Y en 1934, después de una serie de aumentos y de revisiones, había 2.000.000 de miembros.

Hoy, para entrar en el partido se requieren ciertos méritos y una determinada actividad anterior. Por lo demás, las depuraciones periódicas parecen ser muy severas. Es de notar que, contra lo que ocurre en el régimen electoral, todos los miembros tienen el mismo voto en el interior del partido.

Los nuevos miembros se reclutan principalmente entre la juventud comunista que cuenta hoy con cuatro millones y medio de adheridos, de los que más de 700.000 pertenecen a la enseñanza superior. Por consiguiente, en la U. R. S. S. se practica el reclutamiento de los jóvenes para el partido único tal como lo encontramos también en Italia y en Alemania.

Para terminar, anotemos que los miembros del partido comunista no gozan en la U. R. S. S. de ninguna jurisdicción especial.

EL PARTIDO REPUBLICANO DEL PUEBLO EN TURQUÍA

De todos los partidos únicos, el fundado por Kemal Ghazi en 1919 representa, sin discusión, el caso más "atípico", es decir, el más alejado de ese modelo acabado del género, que parece concretarse en los prototipos fascista y nacional-socialista. Pero la misma originalidad de este partido, lo mismo que ocurre con la de la Unión Nacional portuguesa, subraya el carácter universal de la institución del partido único que, a pesar de las diferencias morfológicas, realiza siempre las mismas funciones políticas nuevas, impuestas por los imperativos de nuestro siglo.

La primera distinción que precisa hacer entre el partido único de Turquía y las formaciones políticas análogas proviene del hecho de que en Turquía el liberalismo y el partidismo eran relativamente poco conocidos, de manera que el partido único no podía ser una reacción contra los estragos del partidismo.

Es verdad que la revolución de los Jóvenes turcos había puesto de manifiesto ciertos comienzos de división política en el seno de la nación (97), pero sería exagerado pretender que el liberalismo había avanzado tanto en Turquía que fuese posible provocar una revolución dirigida contra sus daños.

Mas, si el partido único no ha surgido en Turquía como una reacción antiliberal, ha nacido de la necesidad de asegurar la unidad política de la nación ante un peligro nacional.

(97) D. V. Mikusck, Gazi Mustapha Kemal, pág. 311:

"En Turquía existía siempre el peligro de que la clase directiva de los partidos degenerase en tertulia política, agotándose en la lucha para conquistar el poder. Eso ocurrió con los jóvenes turcos".

En efecto, el partido del pueblo turco apareció en una época de catástrofes nacionales. El primer partido político de la nueva Turquía llevaba el nombre de "Partido para la Defensa de los Derechos de la Nación". Fué fundado por Mustafá Kémal en 1919, como consecuencia de los congresos de Erzerum y Sivas. Este partido se proponía un fin más propio de una nación y de un ejército que de un partido: "arrojar al enemigo del territorio nacional" (98).

Este detalle explica la génesis de aquel gran movimiento político. El partido, que más adelante había de concentrar en sí mismo toda la vida política de la nación, nació en tiempo de guerra y con un fin de guerra. Y se impuso a la nación con aquella evidencia y con aquella fuerza que solamente las grandes tragedias nacionales pueden inspirar.

Así el partido revolucionario, convertido más tarde en partido único, nació en Turquía, como en todas partes, para conjurar un gran peligro nacional.

Y sin embargo, en la asamblea nacional de 1920, ese partido se encontró, a pesar de su prestigio, con otro, el de la oposición, que tomó primeramente el nombre de "Segundo Partido", después el de "Partido liberal" y finalmente se llamó "Partido Republicano del Progreso".

De esta manera, el Partido para la Defensa de los Derechos de la Nación, llamado más tarde Partido del Pueblo y luego (en 1924) Partido Republicano del Pueblo, no ha sido desde sus comienzos un partido único.

Es verdad que, después de la disolución de la primera asamblea nacional (desde 1920 al 2 de abril de 1923) no había otros candidatos en las nuevas elecciones que los amigos de Kémal; pero el grupo de éstos no era muy homogéneo y se introdujeron en él muchos enemigos del régimen.

Hasta 1924 no tomó el partido republicano del pueblo el

(98) Discurso de Kémal Ataturk en el Congreso del partido el 18 de mayo de 1935:

"Esta asociación que tomó luego el nombre de Partido del Pueblo, no perseguía en aquella época más que un fin: arrojar al enemigo del territorio nacional y asegurar la independencia real de la nación".

carácter de partido único, que ha conservado desde entonces hasta ahora, no sin cierta interrupción muy instructiva.

El partido de Mustafá Kémal se convirtió en partido único inmediatamente después de la paz de Lausanne. Esta paz, que puso el sello a la victoria de Kémal, fué convenida el 24 de julio de 1923. Poco más tarde, como consecuencia de un viaje de información que había hecho Kémal a través de su país, dió a su partido el 9 de septiembre de 1923, un nuevo estatuto.

Ahora bien, el sistema ultraliberal de la constitución en vigor había resultado absolutamente impracticable, porque la constitución otorgaba a la Asamblea Nacional la totalidad de derechos en el Estado, incluso el de nombrar el ministerio.

Y el 29 de octubre de 1923, como la Asamblea rechazase nuevamente la lista de gobierno que se le proponía, Kémal, que tenía preparadas de antemano sus baterías, decidió cambiar de sistema. Al día siguiente, hizo proclamar la república y se hizo elegir presidente por unanimidad.

La constitución modificada concedía únicamente al presidente el derecho de nombrar el Gabinete. Así se consolidó el poder de Kémal y pudo continuar su obra de reformas fundamentales dictadas desde arriba (99).

Ahora bien, y en esto consiste su gran innovación política, Kémal, al aceptar la presidencia de la república, **no renunció a su cargo de presidente del Partido del Pueblo** (100).

Era el punto de partida del nuevo sistema en el que **el poder político supremo no es neutro e imparcial ante las diferentes corrientes políticas**, sino que adopta, por el contrario, una posición política muy clara. El Estado comienza, pues, a

(99) D. V. Mikusck, ob. cit., pág. 307:

“Todo ese movimiento del progreso no era (como en muchos países del Occidente) resultado de una evolución natural de la historia; era una revolución desde arriba”.

(100) Discurso del Gazi:

“Por eso es por lo que no pueden existir otros programas concebidos de modo distinto ni puede haber otros partidos. El partido del pueblo comprende a toda la nación; su programa es el de todo el pueblo. Lo diré claramente, ha de ser mi honra continuar al mismo tiempo siendo su conductor y el presidente del país”.

representar una concepción política bien determinada y divide el mundo político en amigos y enemigos del Estado, admitiendo tan sólo a los primeros en la actividad pública.

Eso es lo que ocurrió en 1925 cuando, como consecuencia de la revuelta de los kurdos y del aumento de la agitación parlamentaria, Kémal suspendió la constitución, proclamó el estado de sitio y expulsó de la asamblea nacional a todos los diputados del Segundo Partido progresista.

Solamente entonces comenzó Kémal su obra reformadora: abolición del fez, introducción del alfabeto latino, supresión del califato.

Es interesante observar que el Partido Republicano del Pueblo no ha obtenido nunca un derecho legal de exclusiva. Si ha seguido siendo un partido único, es solamente gracias a una situación de hecho, y no por consecuencia de un privilegio constitucional. La fuerza superior e invisible que ha empujado a la constitución de un partido único era en Turquía, como en todas partes, la necesidad suprema de asegurar la unidad del pueblo turco en un momento muy peligroso de su historia.

Turquía debía adquirir la conciencia de sí misma en la nueva fase de su vida: debía cesar de ser un imperio y comenzar a ser una nación (101) y alguien tenía que mostrarle su nuevo lugar en el mundo: fué Mustafá Kémal.

Y de la misma manera que Alah se hizo representar en el mundo por su profeta Mahoma, Kémal se hizo representar ante su pueblo por su partido.

El partido tuvo una existencia real desde el primer día de su fundación. Por vez primera en la vida del pueblo turco, se vió a los emisarios del Partido del Pueblo recorrer los humildes

(101) El movimiento joven turco tuvo otro carácter completamente distinto. Había exaltado el otomanismo, que suponía la dominación sobre todas las nacionalidades del imperio: griegos, armenios y rumanos de Macedonia.

El movimiento kemalista es nacionalista en el sentido contemporáneo de esta palabra. Supone la preocupación exclusiva por la suerte del pueblo turco, y hace nacer ese sentimiento nuevo en el alma de las turcos.

lugares de Anatolia, que nunca habían conocido otros huéspedes que los recaudadores de tributos (102).

La idea-fuerza del partido único fué el engrandecimiento de Turquía en su nuevo cuadro geográfico y con un espíritu de independencia y de dignidad nacionales, perdido desde hacía mucho.

La conquista del poder fué la obra del hombre que personificaba la victoria. El fué quien fundó un partido en función de sus propios méritos y del prestigio que poseía en el país. Así, pues, en Turquía no es un partido revolucionario el que conquistó el Estado y se erigió en partido único como en Italia o en Alemania. El partido que obtuvo este privilegio supremo lo recibió como un regalo de parte de su gran jefe.

La liquidación del partidismo fué cosa fácil, puesto que el único partido que quedaba fuera del partido del pueblo se dejó matar como un cordero.

Por el contrario, después del nacimiento de la crisis mundial, que causó graves daños en Turquía, Kémal quiso restablecer la pluralidad de partidos (103).

Con este fin, encargó en 1930 a un amigo suyo, el ex presidente del Consejo y embajador en París, Fethibey, que constituyese un partido de oposición, destinado a ejercer la función crítica dentro del Estado. Esta idea, muy razonable, tuvo consecuencias poco gratas.

Los adversarios del régimen, que hubieran querido demoler totalmente el nuevo Estado, se aprovecharon de esa oportunidad para ingresar en el nuevo ejército político. En un momento dado, la situación fué seria. Fethibey, no queriendo favorecer tendencias políticas peligrosas, que él mismo reprobaba, disol-

(102) Receb Peker, "Europäische Revue", junio 1936 (Volks-und-Staats-werdung der Turken), pág. 441:

"En Turquía no hay más que un solo partido político; nuestro partido, el Partido Republicano del Pueblo. Este cumple fielmente su deber resolviendo todos los problemas que se le presentan; cada año trabaja con toda su organización en medio del pueblo, al que habla y escucha".

(103) La iniciativa perteneció por entero a Kémal, y él fué el que anunció por primera vez la constitución del nuevo partido, con ocasión de un baile en el balneario de Yalova, el 7 de agosto de 1930.

vió súbitamente su propio partido, sin prevenir siquiera a Kémal.

Más tarde, se ensayó otro método. Para tener, a pesar de todo, una oposición “razonable”, se hizo elegir, **formando parte de las listas del partido gubernamental**, a dieciséis personalidades **independientes** y ajenas a la disciplina del partido, entre las cuales se encontraban cuatro representantes de las ínfimas minorías nacionales.

Parece que esta nueva experiencia ha sido mucho más afortunada.

De todas suertes, una oposición de dieciséis miembros en un total de 399 diputados, no es para preocupar a nadie.



Lo que hay de verdaderamente particular y extraño en el sistema político de la Turquía contemporánea, es **el ensayo singular de conciliar el liberalismo con la idea del partido único**.

En efecto, la teoría política del Estado turco es esencialmente liberal. El estatuto orgánico (constitución) del Estado turco, concede a la Asamblea Nacional el poder legislativo y el **ejecutivo (104)**.

Las personalidades más salientes del nuevo régimen, proclaman la omnipotencia de la nación (105).

(104) Estatuto orgánico de la República de Turquía, el 20 de abril de 1924:

“Art. 3.º La soberanía pertenece a la nación, sin restricciones.

“Art. 4.º La Gran Asamblea Nacional de Turquía es el único y verdadero representante de la nación, en nombre de la cual ejerce la soberanía.

“Art. 5.º El poder legislativo y el poder ejecutivo están concentrados y se manifiestan en (los actos de) la Gran Asamblea Nacional”.

(105) El programa del Partido Republicano del Pueblo, expuesto en la conferencia que pronunció en la Universidad de Stambul el 16 de octubre de 1931 Receb Peker, afirma:

“En la República turca, no existe más que una cosa: la nación. Toda autoridad nace de ella y de ella toma su fuerza.

“Es nuestro principio no admitir ningún poder ejecutivo que se proponga existir fuera y al lado de la Asamblea, y que, a menudo, se atribuiría el derecho de enfrentarse con la Asamblea Nacional en momentos difíciles”.

La consecuencia normal de ese liberalismo sin límites debería ser un régimen parlamentario enteramente libre, con la inevitable multiplicidad de partidos. Y sin embargo, en la realidad concreta nada de esto ocurre (106).

El único partido existente es el Partido Republicano del Pueblo, cuya presidencia **efectiva**—que se ejerce en cada uno de los congresos del partido—pertenece al jefe del Estado, Kémal Ataturk.

Hay aquí una contradicción que no se encuentra en los demás regímenes de partido único, porque ni el fascismo ni el nacional-socialismo pretenden para gobernar la nación basar su autoridad y su legitimidad en una comprobación parlamentaria sobre la base aritmética del número de votos. En la base de estos regímenes, que, dicho sea de paso, no toleran ninguna contradicción interior, se encuentran principios completamente opuestos.

Reconocemos de buen grado la obra magnífica de Kémal Ataturk y sus méritos como precursor de los nuevos sistemas políticos de partido único (107), pero hubiéramos preferido en Turquía mayor claridad desde el punto de vista ideológico y, si la palabra no resulta demasiado fuerte, más **sinceridad** doctrinal. Porque en nuestros días no es vergonzoso pensar que el gobierno de una nación puede encontrar formas más felices que el parlamentarismo, construido sobre el tablero del **número**.

(106) Es interesante citar una frase de Receb Peker (Europaische Revue, junio 1926), que constituye por sí sola la mejor expresión de esta situación verdaderamente particular:

“El Estado nacional se apoya en la voluntad del pueblo, sin caer, sin embargo, en los métodos del Estado liberal”.

(107) Discurso de Receb Peker:

“En el mundo de la postguerra, el partido del Gazi puede decirse que es el primer partido político revolucionario que ha adoptado para la vida del Estado el principio de la concordia de los intereses en lugar y sustitución de la lucha de clases”.

Discurso de Kémal Ataturk en el Congreso del Partido Republicano del Pueblo el 18 de mayo de 1935:

“Queridos camaradas: el fin esencial perseguido por el Partido Republicano del Pueblo es preservar a los ciudadanos de todas las dimensiones y hacerlos útiles para ellos mismos y para la gran nación turca”.

Una ingenua confianza en las virtudes del sufragio (108), como medio general y único de selección, viene a aumentar la impresión de prejuicios tardíos y anticuados que se desprende de la construcción formal del estado kemaliano.

Si no fuera por la innovación **legal**—carácter oficial concedido al Partido del Pueblo por la presidencia del jefe del Estado—y la innovación **de hecho**—exclusividad política otorgada a este mismo partido—, nos creeríamos en pleno Estado liberal del tipo del siglo XIX.

Pero bajo la apariencia jurídica, el instinto profundo del constructor del Estado turco contemporáneo, ha impuesto las formas nuevas e irresistibles del siglo XX (109).



En cuanto a las funciones del partido único, el Partido Republicano del Pueblo las desempeña de modo metódico y completo.

Hemos visto de pasada cómo ha llenado las funciones transitorias, tales como la eliminación de las ideologías adversas, la abolición de los demás partidos, la preparación de la opi-

(108) Discurso de Receb Peker el 13 de mayo de 1935:

“En Turquía todo se hace mediante elecciones: los cargos se proveen por medio de elecciones en los pueblos, en las provincias, en las administraciones particulares y en los ayuntamientos; los elegidos organizan ellos mismos las administraciones, que son organismos oficiales del Estado. Igualmente, en el partido todo se hace por elección”.

(109) D. V. Mikusck, “Gazi Mustapha Kemal”, pág. 332:

“Las nuevas ideas han sido concluyentes para la construcción del Estado turco; un espíritu nuevo busca encarnar en él, espíritu que podría tomarse por el del siglo XX mirando a otros países que se encuentran en un trance parecido. Un nuevo espíritu impone nuevas formas. Pero éstas no pueden cristalizar más que poco a poco. Es así como la representación popular en Turquía ha recibido una función completamente distinta en el Estado, aun cuando en apariencia tenga todavía grandes semejanzas con los parlamentos de la antigua democracia; por su sentido y su existencia es diferente de lo que otras veces se entendía”.

Idem, ob. cit., pág. 329:

“Se trata, si puede hablarse así, de la diferencia entre las ideas madres del siglo XIX y las de un mundo por venir que busca todavía sus formas y sus principios”.

nión (110), la conquista del poder, las primeras transformaciones del Estado y, sobre todo, la unificación política y nacional del pueblo turco.

Sentimos la tentación de ocuparnos de un modo exacto y minucioso de las demás funciones permanentes que desempeña el partido único en Turquía y, sobre todo, del mantenimiento de la estabilidad política, del contacto con el pueblo y de la reeducación política de la nación, de la elaboración de las reformas y de las nuevas instituciones y de la gestión directa de los servicios públicos; pero todo eso nos llevaría demasiado lejos.

Debemos, no obstante, antes de acabar este corto análisis, examinar algunos caracteres morfológicos y técnicos del partido único de Turquía.

El Partido Republicano del Pueblo no constituye una **tercera entidad** que se añada a la nación y al Estado, como en el sistema fascista o en el nacional-socialista. El partido presenta sus candidaturas para la Cámara, y el pueblo, según la concepción democrática, se hace representar en la asamblea por los miembros del partido que él ha elegido.

Por consiguiente, desde un punto de vista doctrinal, los miembros del partido no tienen una función distinta y un papel especial respecto de la masa del pueblo. Son simplemente mandatarios. Por esa razón, el partido no está representado como tal en los cargos del Estado, y no designa de derecho los ministros y los demás dignatarios, como ocurre en Italia o en Alemania.

(110) No se insistirá bastante sobre los méritos del régimen kemalista en cuanto a la preparación de la opinión y a la educación política del pueblo. En un país sin opinión pública se esfuerza en crear una, aunque sufra más tarde las consecuencias desagradables de un despertar demasiado vivo del sentimiento político de las masas.

El sistema de los congresos locales y regionales continuos que mantienen el contacto con el pueblo, parece haberse convertido en una especialidad de Turquía.

Citemos a este propósito a Receb Peker, en su discurso del 13 de mayo de 1935:

“Y puedo decir con orgullo en cuanto secretario general del partido, que ningún partido en ningún país del mundo ha instituido jamás semejante forma de trabajo (para el contacto con el pueblo) ni podría instituirlo”.

Dicho de otro modo, **el partido no constituye una personalidad autónoma**, que tenga una posición jurídica determinada en el Estado, en cuanto cuerpo colectivo distinto. Son los miembros los que ocupan individualmente cargos en el Estado, como en cualquier otro régimen liberal.

Asimismo, el partido no es como en Italia y en Alemania, una minoría seleccionada que forma un círculo cerrado. El Partido Republicano del Pueblo está abierto a todos los turcos, casi sin límites, como los partidos del régimen liberal. Ni constituye una orden ni un ejército. Su organización interior, a pesar del origen militar de su jefe y fundador, no se parece en nada a un ejército.

Antes al contrario, la selección de los altos dignatarios del partido se hace siempre por elección popular, y las decisiones del congreso son obra de la mayoría.

Tampoco hay una preparación política de los jóvenes con miras a la recluta de los futuros miembros del partido exclusivamente entre sus filas. Ni la disciplina interior del partido tiene nada que ver con la disciplina militar. En una palabra, **el clima** del partido único de Turquía es completamente distinto del de los partidos prototipos: fascista o nacional-socialista.

En cuanto a las relaciones del partido, tomado como institución, con el Estado, según hemos dicho ya, no son muy claras.

El artículo 95 de los estatutos del partido dice: "El partido considera las organizaciones del gobierno que han nacido en su seno, así como sus propias organizaciones, como un conjunto destinado a completarse".

Confesemos que es una fórmula bastante vaga para regular las relaciones, tan complejas y variadas, del Estado con el partido único.

¿Qué contraste con los partidos fascista y nacional-socialista, en los que han sido elaboradas una nueva doctrina y una legislación completa para organizar esta colaboración del partido único con el Estado?

No seamos, sin embargo, demasiado exigentes. La Turquía de Kémal Ataturk no presenta tan sólo méritos interiores, sino que ha tenido también el honor de ser **el primer país** no comunista que ha proporcionado al mundo la institución del partido único.

Y esa gloria no es pequeña.

III

EL PARTIDO NACIONAL FASCISTA DE ITALIA

Analizar el partido fascista es a la vez una tarea fácil y difícil. Es fácil, porque abundan las fuentes; y es difícil, precisamente porque no se pueden aportar contribuciones nuevas a un asunto tratado tantas veces.

Nuestro fin, sin embargo, no es el de aportar nada nuevo, sino el de relacionar los hechos concretos y especiales de cada partido único con la idea general del partido único.

Ya hemos dicho que el partido fascista fué en su nacimiento una reacción contra el liberalismo y el partidismo. De todos los países de partido único, Italia es aquel en que el liberalismo representaba la tradición más larga y fuerte y en el que—; por qué no decirlo?—el espíritu de división y de luchas intestinas que el liberalismo lleva consigo no era completamente extraño a las tradiciones nacionales y al particularismo profundamente arraigado en el alma del pueblo.

Es verdad que el sufragio universal, que elevó el número de electores a ocho millones y medio, no fué concedido hasta 1912 por Giolliti; pero aun antes de esta reforma, el número de electores alcanzaba 3.500.000, lo que suponía una participación muy activa de las masas en la vida política.

Por consiguiente, el partidismo había podido desarrollarse con toda su virulencia y sus consecuencias funestas. Desde el punto de vista del parlamentarismo, incluso se había convertido Italia en el país clásico de las combinaciones para formar una mayoría gubernamental. En efecto, las "combinazzioni" de Giolliti eran consideradas en toda Europa como el modelo del género.

No obstante, la reacción contra el liberalismo no hubiera sido suficiente por sí sola para suscitar una reacción tan formidable como la del partido fascista. Hacía falta un excitante

más poderoso. Este resultó a la vez de **una decepción nacional en la política exterior y de un peligro nacional en el interior.**

La decepción fué causada por los tratados de paz, que no concedieron a Italia ni los territorios que apetecía ni la influencia política europea que se creía con derecho a exigir. No discutiremos aquí la legitimidad de sus aspiraciones y de sus pretensiones, pero comprobaremos como un hecho histórico innegable, que una decepción profunda había invadido el alma de todos los italianos al término de la guerra. Así, lo mismo que en Turquía, el nuevo partido fascista y el nuevo régimen salieron de **una gran decepción colectiva.**

En segundo lugar, el fascismo no nació pura y simplemente como una oposición al liberalismo. La vida italiana en 1919-20 no se reducía a la antítesis clásica entre el "statu quo" y la revolución. Un tercer factor político muy poderoso complicaba el asunto. Era el comunismo que, con gran vigor, reclamaba a la vez que el fascismo el derecho a la herencia del liberalismo, virtualmente muerto.

Por primera vez esta comedia con tres personajes, que había después de representarse en todos los países, tenía lugar.

El peligro nacional que provocó la unificación política de la nación bajo la bandera del fascismo, era el comunismo. **Por primera vez una fórmula nueva surgía entre el liberalismo y el comunismo.** Nació una concepción nueva de la vida, rompiendo la antítesis clásica y movilizandó nuevos factores psicológicos.

La humanidad es deudora al fascismo de haber creado —contra todas las previsiones de los liberales y de los marxistas— una fuerza nueva, tan diferente del liberalismo agotado como del comunismo funesto, y capaz de conquistar el Estado.

Las ideas-fuerzas de ese movimiento han sido forjadas con el apoyo de los mismos adversarios que estaban destinadas a combatir. Porque toda idea-fuerza existe primeramente **contra** algo y **contra** alguien. La fuerza del fascismo fué la de **alzarse** contra el comunismo. Su gran suerte residió en los excesos que el comunismo había cometido después de aquella desdichada ocupación de las fábricas por los obreros en septiembre de 1920 y de los innobles ataques dirigidos en las calles contra los oficiales y los inválidos de la guerra.

Nació el partido fascista el 23 de marzo de 1919. Fué, según la expresión del “Popolo d'Italia” de 9 de marzo, un **anti-partido** (anti-partito) cuya misión era la de combatir a la vez en los dos frentes.

El fascismo nació como una magnífica improvisación, que tenía un carácter provisional en toda su organización. Lo dijo Mussolini el 20 de junio de 1919: “Los fasci ni son, ni quieren, ni pueden convertirse en un partido. Son la organización temporal de todos aquellos que acepten ciertas soluciones para determinados problemas actuales”.

El 3 de julio de 1920 el “Popolo d'Italia” insistía otra vez en que los fasci “no están sujetos a ninguna fórmula específica doctrinaria ni a ningún dogma tradicional”.

Hasta el 12 de enero de 1921 no se fundó la revista “Gerarchia” con la misión de elaborar una doctrina del movimiento, bajo las indicaciones de su director, Mussolini.

Nació el partido como una minoría consciente de la nación y ha continuado siéndolo. La frase de Mussolini el 21 de marzo de 1919, según la cual “el fascismo será siempre un movimiento de minorías”, es una frase **definitiva**. El partido fascista sigue siendo **una orden** en el sentido más elevado de esta palabra, teniendo su misión, su rigurosa selección, su disciplina y su ética particulares.

Antes de la conquista del poder, llenó dos funciones esenciales: la eliminación de las ideologías adversas y la preparación de la opinión, con un vigor y una lucidez notables.

La marcha ascendiente del fascismo era a la vez una victoria contra los adversarios y una conquista del espíritu público. Un año antes de su victoria, el 7 de diciembre de 1921, el fascismo contaba ya con 300.000 inscritos, de los que 20.000 eran estudiantes, lo que dice bastante sobre el impulso de la juventud intelectual hacia el fascismo.

Lo verdaderamente notable es que **todas las grandes ideas del fascismo, que más tarde han impreso su carácter al régimen, nacieron antes de la victoria.** Fué en 11 de noviembre de 1919 cuando Mussolini habló por primera vez de las corporaciones, en cuanto consejos técnicos nacionales elegidos por las organizaciones profesionales y las asociaciones de cultura,

y fué el 24 de enero de 1922 cuando se constituyó en Bolonia la Unión Federal Italiana de las Corporaciones.

Del mismo modo, el magnífico movimiento de los jóvenes "ballila" tuvo nacimiento el 15 de junio de 1922, al paso que la marcha sobre Roma no ocurrió más que en octubre de ese año.

Ese ejemplo ilustra la clarividencia y la imaginación constructiva del dictador fascista, que antes de llegar al poder lanzaba ya las fórmulas de las nuevas instituciones que habían de ser la gloria de su régimen.

No hemos de insistir en los detalles de la conquista del poder, que son muy conocidos. El 29 de octubre de 1922, Mussolini era primer ministro. **Pero nada más que primer ministro.** Tenía que contar en ese momento con una Constitución que seguía en vigor, con un Parlamento y con la existencia de otros partidos políticos.

Entre su posición inicial y la situación jurídica y política que el partido fascista ha ganado posteriormente en el Estado, quedaba un largo camino por recorrer. La liquidación del partidismo no ha sido ni breve ni fácil. Las transformaciones administrativas y constitucionales del Estado tropezaron con dificultades y resistencias, entre las cuales era la principal la que provenía de su carácter revolucionario. Mussolini tenía que inventar a cada paso instituciones nuevas, fórmulas y soluciones nuevas.

Para llevar a cabo su concepción del Estado no podía apoyarse en ningún precedente útil. Aunque el partido comunista de Rusia y el Partido del Pueblo de Turquía eran algo anteriores al partido fascista, no podían servirle de modelo.

Sin entrar en los detalles de la conquista del Estado por el fascismo y de la organización de esa conquista y sin examinar el tecnicismo de las primeras reformas, hemos de decir que la organización del Estado y del partido al día siguiente de la victoria fué debida exclusivamente al partido.

Mussolini y su partido fueron los que lo pensaron todo, los que elaboraron y ejecutaron todo. Como en los periodos de innovación y de reforma revolucionarias, el resto de la nación

permaneció pasivo; se contemplaba con confianza y curiosidad la obra del partido, y se esperaba.

Solamente el partido representaba la iniciativa política en el país.

Después de esta primera fase, el partido comenzó a ejercer de un modo legal y regular sus funciones permanentes. Su primera función era la de garantizar la estabilidad política del régimen. Para llenarla, el partido se convirtió en una milicia civil y voluntaria a las órdenes del Estado, y fué organizado con tal carácter.

Pero lo que hay de admirable y de **único** en el fascismo, es que esta milicia civil a las órdenes del Estado haya podido representar otro papel que el de la defensa del régimen. En la guerra con Abisinia, las tropas fascistas han combatido de un modo magnífico al lado del ejército, demostrando otra vez más su valor moral.

En segundo lugar, antes como después de la victoria, el partido ejerció la función de mantener el contacto con el pueblo y de hacer la reeducación política de la nación.

En la ley del 9 de diciembre de 1928, que regula la organización del partido fascista, se presenta el partido como **una orden**, análoga a las de la Iglesia católica. Su fin es el de "aproximar el Estado a las masas, penetrar profundamente en ellas, animarlas, cuidar especialmente de su vida económica y espiritual, hacerse el intermediario y el intérprete de sus necesidades y de sus aspiraciones".

No puede definirse mejor esa función, a la vez representativa y educadora. De un lado, el partido recoge la expresión del sentimiento popular. Del otro, asocia el pueblo a los problemas del Estado y al nuevo orden político.

Al mismo tiempo, se ocupa el partido de la elaboración de las nuevas instituciones. Así la organización corporativa, edificada en 1926 y reformada en 1934, la obra nacional del Dopolavoro, y todas las demás instituciones nuevas, han sido elaboradas por el partido.

Finalmente, el partido contribuye **mediante sus miembros tomados individualmente** a la gestión directa de las instituciones públicas. El secretario del partido, nombrado por Real De-

creto, es ministro y miembro nato de todos los grandes consejos del reino. Los secretarios provinciales del partido, de la misma manera, están presentes en todos los órganos de la administración pública, local y regional.

La circular dirigida por el Duce a los prefectos de los departamentos en 5 de enero de 1927 estableció netamente la posición de estos secretarios del partido en relación con los órganos del gobierno.

El monopolio político del partido fascista, no ha existido desde sus comienzos. Dos años después de la conquista, en 1924, había aún una gran oposición en el parlamento. En diciembre de 1924, cuando el asunto Mateoti, pudo creerse en la caída del régimen.

No fué hasta principios del año 1925 cuando el partido fascista tomó posesión del país entero con gran energía. Hasta entonces, el país no fué realmente encuadrado por el partido fascista, que se convirtió en la columna vertebral del nuevo sistema político. Así se aseguró el monopolio político de hecho. El monopolio legal fué establecido más tarde, el 9 de diciembre de 1928; pero realmente no significó más que una simple formalidad, puesto que, desde hacía largo tiempo, el partido era ya la única asociación política que funcionaba en el país.



La doctrina fascista, lo mismo que la alemana, reconoce la coexistencia de las tres entidades políticas fundamentales: la nación, el Estado y el partido. Pero, según esta doctrina, la nación no puede concebirse fuera del Estado y como algo distinto del Estado. Únicamente tiene conciencia de sí misma, y tan sólo existe en cuanto se realiza en el Estado.

Si se quiere presentar de un modo sencillo la jerarquía de las tres entidades según la concepción fascista, hay que decir que coloca primeramente el Estado, y después de él la nación y el partido. Por lo demás, el partido está, como ya hemos dicho en la primera parte de este volumen, jurídicamente subordinado al Estado, y constituye un **órgano del Estado** (Organo statale).

Se produce, sin embargo, en este punto, una situación algo extraña, porque si, según las leyes fundamentales, el partido es un simple órgano del Estado, en realidad, la dirección del estado la asumen el Duce y sus colaboradores, que son la expresión más alta del partido. Si no temiésemos faltar a la verdad a fuerza de simplificaciones, diríamos que el estado mayor del partido está al frente del Estado, por tanto, por encima de él, y que el ejército del partido está a las órdenes del Estado y, por tanto, bajo él.

De esta manera, **el Estado se halla interpuesto entre la cabeza y la masa del partido.** El conjunto de instituciones jurídicas que constituyen el Estado, se halla, pues, **dominado** por una parte, y por la otra **servido** por el partido fascista. Recibe sus impulsos de arriba, pero puede disponer de la masa organizada de los miembros del partido, como se dispone de un ejército.

En cuanto a la colaboración de los miembros del partido en las diversas escalas de la administración, se hace a la vez por el sistema de la acumulación legal de dignidades del partido con funciones del Estado—es el caso del secretario general del partido que, al propio tiempo, tiene el carácter de ministro—y por el sistema de la unión personal.

Naturalmente que en el parlamento no hay otro partido que el partido único. La cámara es elegida, o más bien nombrada, por el Gran Consejo del fascismo. En efecto, es el Gran Consejo el que elige los diputados de entre una lista de candidatos en doble número, establecida por las corporaciones. Esa lista, en su conjunto, se somete a la aprobación de la masa de los electores.

De la misma manera, el partido fascista desempeña un papel decisivo en las corporaciones. En el consejo de cada corporación, el partido está oficialmente representado por tres de sus miembros, y el secretario del partido fascista puede presidir las nuevas corporaciones de categoría como los ministros y los subsecretarios.

La posición del partido fascista respecto del jefe del Estado, el Rey de Italia, plantea un problema particularmente delicado. En Rusia, en Turquía y en Alemania, el partido único es

de hecho el solo poder político y su jefe es el jefe del Estado. Pero en Italia, donde la realeza goza de un prestigio tradicional y la casa de Saboya es popular, la coexistencia de la Corona con un partido único todopoderoso, no deja de ofrecer cierta dificultad.

La Corona conserva, además de su carácter místico y representativo, el derecho de nombrar, no sólo al jefe del gobierno y los ministros, sino también a ese alto dignatario del partido que es el secretario general. De esa manera toma parte en la consagración del partido como órgano constitucional, y en cierto modo le concede su bendición.

A aquellos que, conservando la mentalidad del siglo XIX, encuentran rara la intervención de la Corona en la vida interior de un partido, podría contestárseles que justamente esta colaboración entre la Corona y el partido único es la que demuestra la gran vitalidad del principio monárquico y su compatibilidad con los más nuevos regímenes políticos. El hecho de que la monarquía haya podido subsistir en el régimen absolutista, en el régimen liberal del partidismo y en el del partido único, es una prueba de flexibilidad y perennidad de su esencia.

Los regímenes cambian, la monarquía permanece. He ahí la gran lección del fascismo.



El partido único fascista tiene también el mérito glorioso de haber sido el **primero en crear la ética política superior** que ha de constituir en lo futuro el modelo de todas las formaciones políticas de este siglo.

Es la primera vez que se construye un movimiento político sobre la base del sacrificio permanente para el bien del país. Y no de un sacrificio verbal y teórico, sino de un sacrificio efectivo, del que se ha dado la prueba en el período revolucionario, vertiendo la propia sangre.

El genio de Mussolini ha comprendido que la guerra había dejado una herencia de "tensión ideal" (esas son sus palabras), y de entrenamiento en el sacrificio por las buenas causas. Ha sabido captar maravillosamente el manantial puro de esa espi-

ritualidad antes de que se perdiese en los pantanos cenagosos de la vida cotidiana. De esta manera, **ha podido captar el idealismo dinámico y fecundo, hijo de la guerra, y utilizar ese raro tesoro para los nuevos fines de la nación.**

La ética del fascismo deriva directamente de la ética de los combatientes y eso es lo que hace a la vez su belleza y su carácter natural.

No haremos aquí un estudio detallado de esta ética nueva, aun cuando sería un hermoso tema para un volumen que todavía no se ha escrito.

En los discursos del Duce y de sus colaboradores, así como en algunas obras de análisis, se encuentra la definición de los elementos de esta ética nueva; pero todavía no se ha descrito de un modo sistemático el conjunto de la construcción moral que representa el fascismo, y los rasgos definitivos que posee en contraste con la ética política del siglo XIX, tanto para su propio beneficio como para el de la humanidad.

Tampoco hablaremos de la idea del jefe en los fascistas, ni del que la encarna.

Hemos tenido personalmente el placer de conocer y de encontrar varias veces, en el curso de misiones oficiales, a ese jefe incomparable, lo que nos ha permitido conocerle de otro modo que los extranjeros y los periodistas que mantuvieron con él tan sólo conversaciones sin una finalidad determinada.

Si algún latino dudase del genio de su raza, una conversación con Mussolini bastaría para volverle a dar todo el orgullo de su origen.

Decir que en Mussolini se encuentran a la vez César, Trajano y Napoleón, es decir poco, porque la imagen que tenemos de esos hombres históricos es bastante vaga y convencional. Diremos simplemente que Mussolini representa la quintaesencia del espíritu **político** latino. No ha dicho como Maurras: "Ante todo, la política", pero ha ilustrado esta máxima con toda una vida.

Y lo que es en él más admirable que nada es que este gran político pone su genio y su arte al servicio exclusivo de los intereses de su pueblo, **con un desprendimiento personal sin precedente en la historia.** No piensa en formar una dinastía,

como Napoleón, ni se propone consolidar su clase como Bismarck. Porque no pertenece a ninguna clase. **Es Italia**, Italia simplemente. Y eso basta para su gloria.

Para explicar por qué Mussolini es un jefe, no nos proponemos hacer un análisis detallado de cada una de sus cualidades. Creemos que es falso querer explicar la calidad de jefe por las diversas cualidades personales. No se es un jefe por ser inteligente y clarividente, ni por ser comprensivo con los subordinados; no se es un jefe por ser gran organizador, orador y animador de las masas, o por ser culto, hábil o valiente, o finalmente, por poseer un físico imponente, enérgico o duro. Puede realizarse la rara síntesis de todas esas cualidades sin ser un jefe. **Es un jefe el que es un jefe.**

Hay que comprender que el don de mandar a millones de hombres y a todo un pueblo es una facultad autónoma y distinta, que no resulta de un complejo de cualidades que pueden encontrarse separadamente en todos los hombres. La cualidad de jefe no es una acumulación de ciertos méritos. **Es una dimensión especial del alma**, que no tiene nada que ver con las otras dimensiones y los otros aspectos del espíritu humano.

No es una tendencia al misticismo la que nos hace pensar así, sino al contrario, una intuición realista de la verdad.

Las facultades variadas que hemos enumerado antes, pueden formar personalidades eminentes en los diferentes dominios de la vida social. Pueden **adornar** y completar útilmente la personalidad del jefe. Pero, por sí solas, no pueden sustituirse a ese don misterioso e indefinible, que impone a los hombres la sumisión; a ese magnetismo humano que antiguamente forzaba a los individuos a inclinarse, y que hoy les constriñe a cuadrarse por un mecanismo puramente interior.

Mussolini es de estos últimos. ¿Cuántos ha habido en la historia?

La jerarquía del partido fascista está estrictamente organizada. El jefe se halla por encima de todos. Pero hay también **una jerarquía institucional**, que pudiéramos llamar reglamentaria, cuya cima es el Gran Consejo del fascismo. Siguiendo el

orden de su autoridad y de su prelación, se encuentran ante todo, según el artículo quinto del estatuto del partido:

El secretario del partido fascista;
los miembros del directorio nacional del partido fascista;
el presidente de la Asociación nacional de las familias de los caídos por la causa fascista;
los secretarios y comandantes federales de los fascios de combate de los jóvenes;
y así sucesivamente...

Los miembros del directorio nacional del partido son nombrados y revocados por el Duce, a propuesta del secretario del partido. Los nombramientos de los diferentes jefes se hacen de arriba abajo y no por elección de abajo arriba. En el partido fascista se asciende por méritos y por vía de selección, como en un ejército. No empujado por la elección demagógica, como ocurría en los antiguos partidos.

Por lo demás, la concepción y el espíritu del partido son los de un ejército. Se ha fijado reglamentariamente hasta los detalles de los uniformes.

Este carácter militar no es solamente una necesidad funcional impuesta por la misión del partido, que es la de una milicia civil, sino también por su acta de nacimiento. Nació del combate y debe conservar ese espíritu.

Es inútil insistir en la disciplina estricta que existe en el partido fascista. Esa disciplina es un acto de fe y de confianza.

Nada más significativo a este propósito que el título dado por Mussolini a su gran revista doctrinal; ese nombre de "Gerarchia" es un manifiesto y un golpe directo contra los prejuicios del siglo XIX.

La recluta de los miembros del partido fascista se hizo, naturalmente, antes de la victoria de 1922, por libre adhesión. De 1922 a 1925, la inscripción fué controlada severamente y sometida a ciertas condiciones, lo que se hacía para impedir la afluencia de los **bravos**, que se precipitan después de la guerra en socorro de la victoria.

Desde el año 1925 la admisión en el partido ha sido suspendida por completo. Se ha hecho una sola excepción, en el año

décimo, desde octubre de 1931 al mismo mes de 1932, durante la cual se admitieron inscripciones con un criterio muy severo.

Hoy, la regla normal es la entrada en el partido exclusivamente a través de las formaciones de jóvenes. De la misma manera que no puede llegarse a oficial sino pasando por las escuelas militares, no se puede llegar a ser miembro del partido fascista más que habiendo sido desde los tres a los catorce años, **ballila**; de los catorce a los dieciocho, **avanguardista**; de los dieciocho a los veintiuno, **giovane fascista**, y después de los veintiún años, **fascista**.

El artículo 14 del estatuto del partido establece que el 21 de abril de cada año, aniversario de la fundación de Roma y fiesta del trabajo, se efectuará el reclutamiento fascista, que consiste en el paso desde una categoría de jóvenes a la siguiente, incluso la admisión de los jóvenes fascistas de veintiún años en el partido fascista. Hay, pues, un reclutamiento formal y solemne de los miembros del partido, según las tradiciones militares.

Para subrayar aún más el carácter militar del partido, debemos mencionar también la existencia de una jurisdicción interior para sus miembros, ejercida por las comisiones federales de disciplina, y por un tribunal de disciplina dependiente del directorio nacional del partido. Las sanciones disciplinarias van desde el apercibimiento a la expulsión del partido.

Hay que notar que esos tribunales de disciplina tienen un carácter puramente interior, y no invaden la autoridad de la justicia ordinaria para los delitos de derecho común, como ocurre en Alemania.

En cuanto a las instituciones anejas, el partido fascista tiene una gran abundancia de ellas. Al lado del partido existen los **fasci** femeninos, la asociación fascista de la escuela, con sus secciones para profesores de universidad, para asistentes universitarios y para las escuelas intermedias; hay también asociaciones fascistas de funcionarios de ferrocarriles, de correos, de empresas industriales del estado, de oficiales de reserva, el comité olímpico italiano, el comité inter-sindical, las instituciones de asistencia y, finalmente, esa magnífica organización llamada "Obra Nacional del Dopolavoro".

Como no queremos dar a nuestra obra carácter monográfico, no intentaremos la descripción de esas instituciones anejas al partido. Nos limitaremos a hacer notar que esas instituciones, completamente nuevas, no hubieran podido ser incluídas en la administración del Estado como servicios públicos, sin comprometer su éxito.

El espíritu que había de animarlas es el nuevo espíritu del régimen. El secreto de su éxito radicaba en la nueva concepción, de la que el partido es único depositario. Y todas esas instituciones eran instrumentos técnicos destinados a realizar una perfecta comprensión entre el pueblo y el partido, y a demostrar al pueblo la solicitud intelectual y fecunda del partido por las necesidades populares. Era, al mismo tiempo, una idea política muy hábil la de ligar los beneficios de esas instituciones al partido, y anotar así en su activo la gratitud popular que resulta de su acción.

Una vez más, en el partido fascista se sabía servir al pueblo al propio tiempo que se le hacía ver por quién era servido.



LA UNION NACIONAL DE PORTUGAL

El establecimiento del partido único en Portugal es extraordinariamente interesante.

Su origen difiere por completo del de los grandes partidos únicos de Italia y Alemania; su realización y su espíritu son también diferentes.

Antes de la revolución, en Portugal no había partido único en cuanto partido revolucionario. Se ha formado después de la victoria, por luminosa iniciativa del jefe del régimen. No tiene el carácter militar ni la disciplina exterior de los demás partidos únicos. Tampoco esa impetuosidad frente a los enemigos del régimen, que se traduce en otras partes por medidas legales de abolición; no ha aniquilado la libertad individual, sino que, al contrario, conserva en las nuevas instituciones buena parte de la herencia del siglo XIX.

En una palabra, el partido único de Portugal es un partido único "sui generis".

Desde hace más de un siglo, el partidismo era en Portugal "de la maison". Se había dado a conocer por toda clase de excesos y de horrores. Los agentes electorales, hampa de la sociedad, eran por turno dueños del país. Llegados al poder, tanto los progresistas como los regeneradores, sus agentes los caciques, habían dado nombre a todo el sistema político de Portugal: caciquismo.

Además, las ideas liberales fueron introducidas en Portugal—como en tantos otros países—de un modo artificial, sin que el pueblo las hubiera reclamado como una aspiración natural.

A este propósito puede citarse un episodio característico de la historia portuguesa. Cuando Pedro VI, después de haber

renunciado al trono del Brasil en favor de su hijo, a comienzos del siglo XIX vino a Oporto a tomar el mando de los ejércitos liberales, lanzó una proclama que se ha hecho célebre:

“Voy a daros la libertad, a la fuerza”.

Mientras que la monarquía absoluta no conoció durante siglos más que dos guerras civiles, la monarquía liberal ha visto en sesenta años cuarenta y dos revoluciones. Por otra parte, durante el mismo lapso de tiempo, no menos de 660 ministros desfilaron en los diferentes gobiernos.

El colmo de los daños del liberalismo fué el asesinato del rey D. Carlos y de su hijo, en 1908, con la complicidad de los políticos.

Tres años después, en 1912, la monarquía era derrocada. De 1910 a 1926, fecha del advenimiento del nuevo régimen, la anarquía republicana se desarrolló en todo su esplendor. Durante dieciséis años se han registrado ocho presidentes de República, cuarenta y cuatro gobiernos y numerosos pronunciamientos.

La reacción contra el partidismo anarquizante y constructor ha sido obra del ejército. Es verdad que desde el punto de vista estrictamente ideológico, la revolución fué preparada mucho tiempo antes por el movimiento de intelectuales llamado integralismo.

Ese movimiento era debido a un escritor muy joven, Sardinha, que era a la vez poeta, orador, conferenciante y periodista. Su obra, muy ecléctica y brillante, era una revolución por las ideas, y no se proponía la conquista del poder. El integralismo, o nacionalismo integral, fijó su atención, sobre todo, en el dominio de la cultura y del arte. Así, por ejemplo, se propuso emprender la revisión de la historia de Portugal, falseada enteramente por el liberalismo.

Algunas de las personalidades notables de la escuela de Sardinha, tales como el ministro Pereira y el profesor Marcelo Gaetano, han desempeñado un papel importante político e ideológico en la edificación del nuevo régimen.

Así, pues, la revolución ha sido obra del ejército, único depositario del instinto nacional, purificado de todo egoísmo de clase o de tertulia política. El peligro nacional, que era el del

hundimiento de Portugal, fué comprendido por el ejército, que desempeñó aquí, como un partido revolucionario, el papel de minoría consciente de la nación.

De ahí resulta que antes de la victoria no se hubiera producido, como en otros países, una unificación política de la nación en torno a algunas ideas-fuerzas. No habían sido eliminados progresivamente por el empuje irresistible del nuevo movimiento las ideologías liberales. No se había preparado la opinión de un modo sistemático.

La revolución fué un golpe de fuerza del ejército. Por eso, al día siguiente de su triunfo, se encontró muy embarazado porque ni tenía personal político dispuesto, ni un programa que pudiera servir de guía al nuevo régimen. Así, cuando en 21 de mayo de 1926 el general Gomez de Costa tomó el poder, no encontró los hombres que le hacían falta, y durante dos años anduvo a tientas.

Tan sólo dos años más tarde, en 1928, cuando Salazar llega a ministro de Hacienda (antes había sido ministro sólo durante algunos días), el nuevo régimen comienza a consolidarse, comenzando por darse una buena administración—sobre todo en la Hacienda—y después una doctrina del Estado.

El 30 de julio de 1930, Salazar pronunció un gran discurso político en el que trazó el esbozo del Estado nuevo.

Es “el Estado fuerte, pero limitado por la moral, por los principios del derecho de gentes, por las garantías y libertades individuales, que son una exigencia superior de la solidaridad social”. Era decir bastante sobre el nuevo régimen, que es el régimen autoritario más dulce y más liberal, adaptado al carácter natural de ese pueblo nervioso e inquieto que es el pueblo portugués. Y hasta 30 de julio de 1930 no fué fundado el partido único “sui generis” llamado Unión Nacional.

La Unión Nacional es una asociación política libre, en la que pueden entrar todos los buenos patriotas, cualquiera que sea su opinión política. Hay en la Unión, incluso monárquicos que no han renunciado a sus ideales, sino solamente a propagarlos.

Esta Unión Nacional no tiene el monopolio legal de la acción política. Teóricamente, es posible, con arreglo a la constitu-

ción, que existan otros partidos y formaciones políticas. Entre los años 1931 y 1934 ha existido incluso un segundo movimiento, concebido por los adheridos al régimen nuevo: el nacional-sindicalismo de tipo fascista. Este movimiento ofreció la Presidencia a Salazar, pero Salazar no aceptó y disolvió el partido.

Parece que se cometió en ello un error psicológico y, por tanto, político, porque la juventud portuguesa habría preferido una organización más dinámica, más viva y más... espectacular que la Unión Nacional.

Así, pues, existe en Portugal un monopolio político de hecho, y no un monopolio político constitucional en favor de la Unión Nacional.

Las funciones normales del partido único, la liquidación del partidismo, la reforma del Estado y la unificación política nacional, han sido ejercidas por la Unión Nacional y, sobre todo, por Salazar. Además, la Unión asume también las funciones permanentes; representa la garantía de la estabilidad política. Pero—hay un gran pero—esa garantía no parece suficiente mientras el partido no disponga, como en Italia y en Alemania, de una milicia voluntaria, es decir, de una fuerza efectiva.

Lo que ocurrió en el mes de septiembre de 1936 es profundamente significativo. Bajo la influencia de agitadores bolcheviques venidos de España, se rebelaron las tripulaciones de dos barcos de guerra. La rebelión fué suprimida en algunas horas, pero quedó de ella una experiencia. Se juzgó útil constituir, también en Portugal, una milicia civil a las órdenes del gobierno; lo que prueba que en todos los regímenes nuevos, las mismas necesidades y las mismas funciones, exigen en todas partes la formación de los mismos órganos.

Hay funciones esenciales de defensa que imponen a todos los regímenes nuevos cierta conformidad y uniformidad en las instituciones. Del mismo modo que el régimen liberal, el régimen nuevo de autoridad y de unidad política nacional, manifiesta una tendencia a la unificación y a la standardización morfológica de su organización. Por tanto, si se quiere—por espíritu de originalidad o por respeto para ciertas tradiciones, o por determinados prejuicios—derogar las reglas comunes im-

puestas por las necesidades funcionales, la realidad llama al orden y obliga a plegarse a ella.

Esq es el nuevo determinismo y el nuevo conformismo del siglo XX.

El contacto con el pueblo, la segunda función permanente del partido único se ejerce concienzudamente por la Unión Nacional, cuyos directores hacen continuamente viajes de propaganda en el país y se ocupan de la reeducación del pueblo en el nuevo espíritu político, combatiendo la tendencia a las luchas intestinas. No hay que decir que en la elaboración de las nuevas instituciones y en la gestión directa de los servicios públicos, los miembros de la Unión Nacional desempeñan un papel de primer orden.

No hay en Portugal una solución nueva para el problema de las tres entidades: nación, Estado, partido único. **Como en el régimen liberal, la nación está por encima de todo.** Pero si la nación, en su conjunto, pasa antes que las instituciones, el individuo no es tampoco un factor desdeñable. La principal diferencia entre el régimen de Salazar y los de Mussolini y Hitler está en que **para Salazar el individuo tiene todavía derechos irreductibles.**

Para él, el individuo no es simplemente materia prima para la realización de los grandes pensamientos políticos. En Salazar, el respeto al hombre es de origen cristiano y se traduce en la legislación positiva por el derecho del ciudadano de resistir a toda orden que viole las garantías constitucionales y por la facultad concedida a los jueces ordinarios de rehusar la aplicación de las leyes no constitucionales.

La posición del partido único respecto del Parlamento es también muy original. Por lo pronto, el Parlamento se compone de la Asamblea Nacional, elegida por sufragio universal, y de la Cámara Corporativa, formada por los presidentes de las diferentes corporaciones económicas y no económicas. Puede presentarse la candidatura a una u otra Cámara **sin pertenecer obligatoriamente a la Unión Nacional;** pero cada candidato debe hacer por escrito una declaración adhiriéndose a las ideas de independencia nacional y de disciplina social, y comprometiéndose

dose a no procurar la subversión violenta de las instituciones y de los principios fundamentales del orden social.

Las elecciones para la Asamblea Nacional se hacen por listas totalitarias de 90 diputados. En las últimas elecciones, el 16 de noviembre de 1934, no hubo otras listas que las de la Unión Nacional.

El régimen corporatista que comienza a organizarse con un método, una clarividencia y una precaución notables, **no está dirigido exclusivamente por los miembros del partido único.** A la cabeza de las corporaciones existen personalidades importantes, que no son afiliados formales al régimen.

Las relaciones entre el partido único y el jefe del Estado son, podríamos decir, idílicas. Si se alaban sus méritos al presidente de la República, general Carmona, nos contesta que todo el mérito es de Salazar. Si se felicita al presidente del Consejo, Salazar, os dice, con un aire muy sincero, que todo el mérito pertenece al presidente de la República. Es un caso admirable que demuestra una vez más que **no hay incompatibilidad entre la existencia de un jefe de Estado y la de un partido único.**

La ética de la Unión Nacional Portuguesa está inspirada por su presidente, Salazar, que ha sido proclamado jefe de la Unión Nacional en el Congreso de mayo de 1934, porque hasta entonces no era más que el presidente del Comité Central de la Unión.

Se caracteriza la ética del nuevo régimen por una abnegación total que llega hasta la renuncia a las recompensas morales. Salazar es un asceta en su vida privada y en su vida pública. No gusta oír hablar de sus méritos ni de que se haga ruido en torno a su persona. Como decíamos en una conferencia dada en Lisboa en marzo de 1936, Portugal es el país en que la misma gloria es apacible.

En la ética de la Unión Nacional, hay que contar como un factor esencial particular la ausencia de toda pasión y de todo exclusivismo. La Unión comprende por igual a todos los ciudadanos, cualquiera que sea su pasado político, siempre que estén dispuestos a trabajar honradamente para el país y para el régimen. Por ejemplo, a la pregunta que un día se hizo a

Salazar de si era necesario para la dictadura el apoyo de los monárquicos, hizo esta hermosa respuesta: “La dictadura necesita del apoyo de todos los portugueses”.

Es bastante desconocida la personalidad del jefe del partido único y de la dictadura portuguesa. Se trata de un hombre que se deja ver raras veces y que recibe todavía menos. Hemos tenido personalmente el gran honor de poder conversar largamente con el señor Salazar sobre su régimen, la ideología del siglo y, sobre todo, acerca del corporatismo, partiendo de nuestro libro “El siglo del Corporatismo” que el señor Salazar conocía.

Sería pretencioso querer trazar aquí el retrato de un hombre a la vez excepcional y enigmático. Lo que ante todo nos impresionó en él es aquella calma reconcentrada y aquella seriedad un tanto fría del dictador. Es infinitamente menos expansivo que Mussolini y menos humano que Hitler. A nosotros, que no pertenecemos al cuadro estricto del Occidente europeo, se nos aparece Salazar como la encarnación del espíritu católico, de la moral católica, del rigor y el ascetismo católicos.

En la simplicidad de su vida y en su apartamiento de todo lo que es ajeno a la cosa pública, se vuelve a encontrar un rasgo común a Hitler y a Mussolini. Como Hitler, Salazar no tiene familia. Mussolini la tiene, y le consagra su corazón, pero poco de su tiempo, que da todo entero a Italia.

Lo más admirable de Salazar es que ha llegado—por otros caminos que los grandes jefes de los movimientos contemporáneos y con una preparación intelectual completamente distinta— a una organización de líneas idénticas. El, hombre de ciencia, hijo de la ciencia más fría y más austera—la Hacienda—, ha resultado ser de la misma familia de realizadores que el guerrero Kémal, que el luchador social Mussolini, que el místico soñador Hitler.

Así, pues, por encima de las diferencias de temperamento, de formación intelectual, de medio y de educación, hay cierta fuerza común que imprime a todos los regímenes nuevos los mismos caracteres esenciales.

La organización jerárquica de la Unión Nacional comprende un comité central, un comité ejecutivo y un comité consul-

tivo. Además de estos órganos centrales, existen los comités departamentales, municipales y parroquiales. Desde el año 1934, el comité central es nombrado por el Jefe. Los demás comités son designados en parte por nombramiento, y en parte por elección.

En la Unión Nacional, la disciplina no tiene nunca carácter militar.

Tampoco existen formaciones de jóvenes que constituyan el único vivero donde se seleccionen los futuros miembros de la Unión. No existe un régimen jurídico particular para los miembros de la Unión. Ni ésta, como tal, tiene instituciones anejas, como las de los partidos únicos de Italia y de Alemania.

EL PARTIDO NACIONAL-SOCIALISTA DE ALEMANIA

En nuestros días, para un partido revolucionario es una suerte no ser el primero en su género y no conquistar demasiado pronto el poder.

El partido nacional-socialista alemán ha tenido esa doble fortuna. Vino después del fascismo, que había resuelto por su cuenta casi todos los problemas generales de orden técnico y jurídico que plantea la existencia de un partido único.

Y ha llegado al poder después de la lucha más larga y más dura que registra la historia de los partidos únicos.

Por una parte el modelo fascista, y por la otra esa larga espera, han permitido al partido nacional-socialista prepararse tan bien, que en el momento de la conquista del poder llevó a cabo **la obra más rápida de transformación de un Estado que conoce la historia contemporánea.**

Todo parecía estar estudiado y previsto de antemano, como en una movilización que se desenvuelve, hasta en sus menores detalles, con arreglo a las previsiones minuciosas del Estado Mayor.

En esta sucinta exposición, no nos detendremos en las circunstancias de hecho bastante conocidas, sino más bien en los caracteres más salientes del partido nacional-socialista, relacionándolos con nuestro plan teórico.

Por otra parte, no es fácil establecer la fisonomía particular y caracterizar el papel histórico especial que el partido nacional-socialista ha desempeñado en el conjunto de movimientos revolucionarios contemporáneos.

En primer lugar, este partido único es el más joven de todos los de Europa. Además, está, como el fascismo en sus comienzos, en aquella fase en que todavía no se ha decidido si ha de ser un movimiento **puramente alemán**, destinado tan sólo a re-

solver los problemas de Alemania, o bien si debe erigirse en un **modelo** para la humanidad entera. El señor Goebbels, en su discurso del 9 de septiembre de 1936 ante el Congreso de Nuremberg, empleó exactamente la misma fórmula que Mussolini en otro tiempo: “el nacional-socialismo no es un artículo de exportación”. Y sin embargo, en ese mismo discurso, predicó una nueva cruzada contra el bolcheviquismo y la judería, lanzando un llamamiento a todos los pueblos del mundo para unirse a la acción emprendida por Alemania.

Es, por tanto, el caso de preguntarse si sería posible una coalición semejante de los pueblos europeos contra el bolcheviquismo sin que esos pueblos cambiasen de arriba abajo su organización política, y si no aboliesen la democracia que fácilmente conduce al comunismo, dándose en cambio una armadura política nueva semejante a la del nacional-socialismo.

En una palabra, **recomendar a los pueblos del mundo que adopten la misma concepción de vida (la misma “Weltanschauung”) sin adoptar los mismos métodos y la misma organización, parece contradictorio.** Y esa contradicción no puede resolverse más que de una manera. El nacional-socialismo no va a confinarse únicamente en su papel nacional, sino que, tarde o temprano, va a emprender la conversión universal, no ya a sus concepciones de vida, sino también a su sistema de organización.

Es claro que el nacional-socialismo, lo mismo que el fascismo, no presentará al mundo un modelo rígido, inmutable y standardizado de organización nacional, sino que tendrá que plegarse a las diferencias de temperamento y de circunstancias locales, que harán surgir distintas formas de organización, imbuídas, por lo demás, del mismo espíritu.

El partidismo en Alemania era, cuando menos en su forma exacerbada y anarquizante, de fecha bastante reciente. Bajo el Imperio, el Parlamento, es decir, los partidos, no decidían del nombramiento de gobierno. Solamente bajo la constitución de Weimar de 1919, en que el juego de las mayorías parlamentarias podía decidir de la suerte del gobierno, se había desarrollado extraordinariamente el partidismo.

Pero ese régimen era menos compatible con las tradiciones nacionales y con el espíritu nacional que en ningún otro país. De ahí que la reacción del nacional-socialismo contra el partidismo encontrase en el pueblo alemán un terreno bien abonado.

Lo que principalmente se reprochaba al partidismo y sobre todo al partido social demócrata, que era el más poderoso después de Weimar, era el haber propuesto a la nación fines políticos particulares e inferiores, reivindicaciones materialistas de clase, hijas de una mentalidad egoísta y mezquina, y todo ello precisamente en el momento en que la nación entera estaba herida y humillada por el extranjero.

Si en todo tiempo el particularismo egoísta constituye una inferioridad moral, en los momentos trágicos que siguieron al tratado de Versalles, significaba una caída nacional y una ignominia. Ese sentimiento de revuelta fué despertado, ampliado y, en su sentido más honrado, sirvió de base para la **especulación** del nacional-socialismo.

Se ha definido el nacional-socialismo como “un mito sugerido a la miseria” (111). Admitámoslo. **Pero ese mito era de alta calidad:** era el mito de la nación, de su grandeza, de su dignidad, de su independencia.

Un mito parecido es un manantial continuo de creación de valores humanos. La idea revolucionaria era simple y a la vez clara: una Alemania libre de sus cadenas e igual a las demás naciones del mundo (112). Tal era la fuerza de esta idea que pudo imprimir al movimiento nacional-socialista un ritmo fantástico, que no tiene igual más que en los grandes momentos del fanatismo religioso.

Sabido es que el partido fué fundado el año 1919, en un café de Munich, **por siete personas**. La fase de elaboración de su ideología se concretó en el programa del 24 de febrero de 1920. En contraste con el fascismo, en el que algunas ideas de los

(111) Encyclopédie Française, 10, 86-1 (Henri Jourdan et Henri Brunschwig).

(112) No discutimos la legitimidad de estas ideas vistas a través de los tratados de paz ni sus consecuencias posibles en el terreno de la política exterior. Nos limitamos a comprobar la existencia de este mito, y comprendemos la razón de que se haya hecho tan potente.

primeros tiempos—entre ellas el anti-monarquismo y el liberalismo económico anárquico—fueron abandonadas poco después, el programa nacional-socialista de 1920 apenas ha sufrido cambios y continúa en vigor hoy.

Poco después de lanzarse a su actividad de propaganda, el partido fué disuelto el 9 de noviembre de 1923 y no volvió abiertamente a la vida pública hasta el 27 de febrero de 1925. Desde entonces ha utilizado la táctica legal asociada a la dinámica revolucionaria (G. Neesse, página 120).

Esa fase fué coronada el 14 de septiembre de 1930, por el envío al Reichstag de 107 diputados nacional-socialistas. Desde entonces, el partido se convirtió en un factor decisivo en la vida de Alemania, hasta su victoria definitiva, el 30 de enero de 1933, cuando el Führer Hitler fué nombrado Canciller del Imperio.

Según hemos dicho anteriormente, esta conquista del poder se efectuó por medios completamente legales. **Se partió del viejo mundo, se utilizaron sus métodos electorales y su cuadro constitucional para llegar al mundo nuevo.** No podía concebirse un método más directo y más correcto, aun en el sentido del parlamentarismo liberal.

El partido fué y ha seguido siendo **una orden**. Rosemberg, en uno de sus discursos (Der deutsche Ordenstaat) ha definido la institución de la orden con arreglo a la tradición histórica alemana. En Alemania, el caballero de una Orden no era tan sólo caballero y representante del Estado (Staatsgestalter), sino que era también **un monje**. En cuanto caballero, defendía sus tierras; en cuanto representante del Estado, asumía responsabilidades políticas; en cuanto monje, era un ferviente de la fe y de la vida ascética.

El celibato de los monjes y de los caballeros era significativo para su desasimiento de toda satisfacción egoísta y para su devoción exclusiva a las causas superiores.

Como dice Rosemberg, una concepción verdadera de la vida no se manifiesta tan sólo en los principios teóricos, ni siquiera en las manifestaciones de conciencia, sino, sobre todo, **en las formas religiosas**. En esta tradición es en la que se ha inspirado, quizá inconscientemente, la formación de ese partido

nacional-socialista que sigue siendo y quiere seguir siendo, una clase política nueva, tan devota a la cosa pública como desinteresada.

Después de la conquista del poder, el ritmo de las reformas destinadas a transformar el Estado de un modo totalitario, ha sido **fulminante**. Constituido al principio como un gobierno de coalición, se convirtió pronto el gobierno del Führer en uno nacional-socialista puro.

La liquidación de los demás partidos se completó con una decisión y una celeridad que no pueden compararse al largo proceso de disolución y aniquilamiento del mundo viejo, emprendido por Mussolini diez años antes. El partido comunista fué disuelto de hecho un mes antes de la toma del poder, el 5 de marzo de 1933. El 23 de marzo se votó la ley de plenos poderes por la mayoría de dos terceras partes, estando ausentes los diputados socialistas.

Esa mayoría otorgó, según las previsiones de la constitución de Weimar, una autorización constitucional al gobierno nacional-socialista. Por consiguiente, el **advenimiento del nacional-socialismo tuvo un carácter rigurosamente legal**.

El 31 de marzo de 1933 fueron arrojados los comunistas de los parlamentos regionales. Los demás partidos se disolvieron sucesivamente, y esta situación de hecho fué consagrada por la ley del 14 de julio, que prohibió de un modo definitivo la existencia de otros partidos que el nacional-socialista.

Así, pues, la unificación política nacional se efectuó bastante rápidamente, por la razón de que se había producido ya espiritualmente incluso antes del advenimiento del nacional-socialismo. Y es que ese movimiento de una minoría activa merecía la aprobación de todo un pueblo, desde la base hasta la cúspide.

Ese carácter de representación directa y plebiscitaria de las aspiraciones de las masas, es el que ha dado hasta ahora su gran fuerza al nacional-socialismo.

Podría incluso decirse que a la hora presente podría suprimirse en Alemania toda la organización política; hasta ese punto el ideal nacional-socialista está compartido por las masas. Si la existencia del partido es, sin embargo, todavía necesaria,

obedece a que por una parte hay aún otras ideas y aspiraciones que han de inculcarse a las masas—lo que siempre será la misión del partido como educador de la nación—, y después, porque cabe en lo posible que un día las masas se enfríen y sea entonces necesario disponer de un elemento de conservación y defensa del régimen.

Así llegamos a esa función permanente del partido único que consiste en impedir el enfriamiento del fervor de las masas y garantizar la vida del régimen contra sus enemigos.

Como garantía material de la estabilidad política, el partido se halla organizado militarmente. Además de los miembros del partido, existen, según veremos más tarde, las tropas voluntarias de los S. S., de los S. A. y de los N. S. K. K.

Además de esta función, el partido se ha consagrado desde su principio a las tres funciones permanentes características de todo partido único: la reeducación política de la nación, la elaboración de las nuevas instituciones y la gestión directa de los servicios públicos. Si en Alemania esas tres tareas han sido excesivamente arduas, se debe a que el programa que el nacional-socialismo elaboró desde sus primeros tiempos, era uno de los más vastos y revolucionarios.

No era fácil hacer comprender y adoptar por el pueblo ideas tan audaces como las que el partido nacional-socialista, y sobre todo Rosemberg, acababa de lanzar. La idea de la raza germánica y de su misión civilizadora, la depuración de la nación alemana de toda mezcla judía, la ofensiva eugénica para garantizar el crecimiento de un género humano seleccionado y exento de taras hereditarias; he ahí algunas ideas nuevas que constituían otros tantos imperativos y jalones de ruta para la marcha de la nueva Alemania.

No es cosa fácil hacer penetrar en el espíritu de todo un pueblo ideas que chocaban tan a menudo con la herencia intelectual del siglo XX; ni lo es hacer que esas ideas desciendan y se concreten en instituciones positivas.

No es nuestra misión juzgar aquí del valor de esas ideas en sí mismas ni de su alcance práctico. En el curso de este estudio, nos vemos obligados a atenernos estrictamente al examen

del partido único como nuevo instrumento ideológico y político, ateniéndonos, por así decirlo, al aspecto instrumental de estos nuevos fenómenos. Si en el estudio del partido único hubiéramos de descender al examen de la misma substancia de las ideas por las cuales combaten esos partidos únicos, desde el partido comunista ruso hasta el fascista italiano o el nacional-socialista, no sería una obra sobre el partido único lo que escribiríamos, sino un tratado de crítica fundamental de toda la civilización y de toda la filosofía política y social contemporáneas. Semejante obra, sobrepasaría juntamente nuestro propósito... y nuestros medios.

Por eso nos limitamos a subrayar la audacia de las ideas que el nacional-socialismo ofrece al mundo y se propone inculcar a los alemanes. Si se tiene presente que esta obra de educación no es la única que ha de emprender la revolución y que, además, el nuevo régimen se ve obligado a combatir a los judíos del mundo entero, a los que ha declarado la guerra; si a ello se añade aún que ha de hacer frente a una crisis económica general y local de una amplitud sin precedente, se dará una cuenta de que para tantas actividades haya sido preciso un órgano de una conciencia, una unidad de acción y una energía sin iguales.

¿Cabe imaginar ni por un momento, que una acción semejante, tan completa e innovadora, fuera llevada a cabo por el Estado liberal y por sus funcionarios “antiguo régimen”?

El contraste entre la formidable misión de la revolución y la impotencia del estado liberal, demuestran de un modo evidente que el partido único **hubiera tenido que ser inventado** en todo caso.

Bien se comprende que si un órgano político asume en un momento dado semejantes responsabilidades, ha de estar provisto de un poder proporcional a su tarea. Por eso, el partido nacional-socialista no ha dudado en acabar con sus enemigos interiores. Por eso, se ha declarado partido único mucho antes que el fascismo, apenas diez meses después de su llegada al poder (en 1.º de diciembre de 1933).

No insistiremos aquí sobre la posición jurídica del partido

respecto del Estado, ni sobre su personalidad distinta de éste. Tampoco volveremos sobre lo que hemos llamado el problema de las tres entidades: nación, Estado y partido único, puesto que en su lugar hemos expuesto ya la solución dada a este problema por Alemania.

La solución alemana es colocar el partido **al lado** del Estado y paralelamente a él. Evidentemente se trata de una solución **formal**, porque el partido representa a la vez la misión, la conciencia y la dinámica del Estado, y, por consiguiente, está de hecho **por encima** del Estado.

Si se exceptúa el cuerpo de funcionarios, carentes de opinión, de espíritu colectivo y de ideal (como en todas partes), el Estado no se materializa más que en el ejército. Ahora bien, el ejército acaba de recibir en Alemania, por parte del Führer y de su partido, el más espléndido regalo que un gobierno puede conceder. Como consecuencia de la denuncia de las cláusulas militares del tratado de paz, ha sido puesto en un pie de igualdad con los demás ejércitos del mundo. Además, se le ha dado el servicio obligatorio militar de dos años y un armamento formidable. ¿No es eso bastante para que los jefes del ejército estén contentos con el régimen y se consideren dichosos de trabajar junto al partido para el engrandecimiento del poder nacional, bajo la dirección única del Führer? De ahí que el rumor según el cual la caída del nacional-socialismo se produciría próximamente por el ejército alemán sea una leyenda absurda.

Nunca se verá al Estado, es decir, al ejército levantarse contra el partido y pretender subordinárselo. Las tareas respectivas del ejército y del partido están demasiado bien distribuidas por el Führer y la conciencia patriótica es por ambas partes demasiado grande para que pueda destruirse el equilibrio actual.

Por otra parte, generalmente el ejército solamente **actúa como elemento político en los regímenes débiles o inhibidos**. Es entonces cuando su papel se hace necesario y saludable, como ha ocurrido en Turquía o en Portugal. Pero en los regímenes fuertes, que dan satisfacción a las aspiraciones nacionales y que contribuyen con toda su actividad a aumentar el poder nacional, el ejército vuelve a ser un gran mudo.

No hablaremos de la acción del partido nacional-socialista en la administración, porque hemos estudiado antes las dos formas de penetración del partido en el Estado: por la vía de la acumulación legal y por la de la unión personal. Tampoco hay mucho que decir sobre las relaciones entre el partido único y el parlamento, porque en Alemania el papel del parlamento es todavía menor que en Italia y, en virtud de la ley, los miembros del parlamento no pueden ser elegidos más que por los miembros del partido.

En lo que se refiere a las relaciones entre el partido único y las corporaciones, debemos hacer notar por lo pronto que **en Alemania no hay un régimen corporativo propiamente dicho**. Si existen, sin embargo, algunas organizaciones económicas que tienen un carácter para-corporativo, se encuentran enteramente bajo el control directo del partido nacional-socialista.

En cuanto al problema de las relaciones entre el partido único y el jefe del estado, es bien sencillo desde que, muerto el Mariscal Hindenburg, el Führer se convirtió al mismo tiempo en jefe del Estado y jefe del partido.

Parece que desde entonces no ha habido ningún conflicto entre el jefe del Estado y el del partido único... En este orden Hitler ha seguido el ejemplo de Kémal Pachá, el cual también cortó, como en otro tiempo Alejandro el Grande, el nudo gordiano de las relaciones entre los dos dignatarios supremos del Estado.

La ética del partido nacional-socialista está saturada del mismo espíritu y sigue las mismas líneas que la ética del partido fascista. Con la ayuda de las tradiciones medioevales, el partido se constituyó con la misma rigidez y el mismo rigor que una orden antigua.

Si en Alemania hay una virtud política que llega a la perfección es la del espíritu de disciplina. En los italianos, la disciplina es un acto **consciente**; en los alemanes es un acto **subconsciente**, y, por lo tanto, más automático y seguro. El alemán joven junta los talones y se cuadra con la misma naturalidad que los demás hombres respiran.

La voluptuosidad de obedecer se encuentra en todos los grados de la sociedad alemana, y cuando va acompañada de la

satisfacción moral de servir por medio de la obediencia a una gran causa y a un gran jefe, carece de límites.

Esa facultad de obediencia sorprende, sobre todo, en los intelectuales alemanes. Todos ellos gustan de **soñar como en Atenas, pero de vivir como en Esparta.**

He visitado una vez en Silesia un campo en que los jóvenes adscritos al servicio social obligatorio trabajaban con la azada en la desecación de terrenos pantanosos. Los intelectuales—estudiantes, ingenieros, doctores—estaban mezclados con los obreros jóvenes. A pesar de eso, no se sometían a una disciplina y a una igualdad de condiciones que les hubieran humillado, sino que, al contrario, encontraban tan natural obedecer como descender al nivel de la juventud obrera. Y ese es un segundo extremo bien peculiar de la ética nacional-socialista. El nacional-socialismo preconiza simultáneamente una jerarquía funcional estricta y una nivelación social absoluta de las clases ante ciertos deberes (113).

En el campo del trabajo se lleva a cabo una **socialización del espíritu** que es más profunda y más durable que la **socialización de la materia.**

Un ex ministro del Reich me contaba un día que su hija, que había hecho el servicio obligatorio del trabajo, se había hecho tan amiga de su compañera de cuarto, que desde entonces esta joven, que era vendedora en una tienda de charcutería, se sentaba todos los domingos a la mesa del ex ministro.

No podré olvidar jamás la manifestación de los “jóvenes de la azada” que vi en Nuremberg el 10 de septiembre de 1936 con ocasión del congreso nacional-socialista. Eran 45.000 obreros jóvenes en el inmenso campo de la Zeppelinwiese, rodeando a sus bandas de música y a una sección selecta, con traje de trabajo, es decir, desnudos hasta la cintura y llevando con orgullo la azada sobre sus hombros.

Cuando esta numerosa juventud rogaba a Dios que protegiera su trabajo, cantando: “Cada golpe que damos con nues-

(113) Por lo demás, la jerarquía funcional y la nivelación social, son características generales de los nuevos regímenes. No se hereda ningún derecho de clase, sino que se llega al derecho de mandar en jefe absoluto por la capacidad de conductor de hombres.

tra azada es una oración en favor de Alemania”, todo ello no era una manifestación vana y formal, sino un grito que salía de aquella inmensa alma colectiva. Y más tarde, al clamar una voz amplificadora por los micrófonos:

“Ponemos las azadas al servicio de la nación
Y nos presentamos a ti como creadores...”

y contestar los 45.000 jóvenes:

“A ti, Alemania, patria nuestra”

esas palabras iban lanzadas al cielo de todo corazón...

El más indiferente de los espectadores no podía en aquellos momentos permanecer imperturbable al influjo de la voluntad de sacrificio y de fidelidad que emanaba de esa juventud. Aquel espectáculo hablaba por sí solo más, que todo un libro consagrado a la nueva ética del nacional-socialismo.

En cuanto al jefe que lleva el nombre casi intraducible de Führer, representa la nueva consagración **de una institución**: porque el jefe en nuestro tiempo no es ya una consecuencia del azar, sino una institución del siglo.

El jefe debe existir y debe ser llamado al mando en todos los países, porque en todas partes lo impone una necesidad funcional. Existe hoy un determinismo social que llama desde lo más profundo de la masa y los rincones más oscuros de la sociedad, a los hombres providenciales destinados a ser jefes.

Así como los sacerdotes tibetanos se ponen a la busca del niño prodigio que ciertos signos indican como un futuro Dalai Lama, las naciones de hoy buscan entre los más humildes de los hijos del pueblo, aquellos que poseen el don misterioso del jefe.

El Führer del nacional-socialismo alemán, pertenece sin duda a la familia de los grandes jefes. Posee en medida única la facultad de ser **pueblo** y al mismo tiempo **conductor del pueblo**. No existe el dualismo: Führer-pueblo. No hay diferencia entre el ser individual del Führer y el ser colectivo del pueblo.

Entre el pueblo y su encarnación se realiza un monismo virtual, una identidad ideal. Toda la potencia moral y la voluntad del pueblo encarnan en el Führer; toda la lucidez y la clarividencia del Führer se vierten sobre el pueblo.

Sería inútil hablar todavía de la disciplina y del carácter militar que caracterizan al partido nacional-socialista. La organización entera del partido es militar. Junto a los jefes políticos miembros del partido, existen las secciones de choque (Stoss staffel) llamadas comunmente S. S., las secciones de asalto (Sturmabteilung), llamadas S. A. y las secciones motorizadas, denominadas N. S. K. K.

La organización interior del partido comprende, como divisiones territoriales, el imperio, la provincia, el círculo y el municipio, cada una de las cuales está regida por un jefe responsable (Führer, Gauleiter, Kreisleiter, Ortsgruppenleiter).

La recluta de los miembros se hizo al comienzo, en el período revolucionario, sin restricciones. Como en Italia, un año después del triunfo del nacional-socialismo, ha quedado reducida a una sola fuente: **el reclutamiento de la juventud.**

La juventud alemana está agrupada bajo el nombre de Juventud de Hitler (Hitlerjugend), bajo el mando de Baldur von Schirach, y comprende seis millones de jóvenes de uno u otro sexo. Para llegar a ser miembro del partido, hay que ascender a través de la serie: juventud de Hitler, milicia, servicio de trabajo, servicio militar.

El régimen jurídico de los miembros del partido nacional-socialista es completamente distinto del de los demás alemanes. Se trata de una particularidad única que refuerza su carácter de minoría distinta en el seno de la nación.

Como ocurre con el ejército, el régimen jurídico excepcional de los miembros del partido es la consagración y el coronamiento de su carácter institucional y—en el sentido más favorable de esta palabra—privilegiado.

Las instituciones anexas del partido único son tan numerosas como las del partido fascista. Las más importantes son el Servicio del trabajo y la Juventud de Hitler.

VI

LA FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA

Podemos hablar de este partido único, la Falange Española, como de uno ya victorioso y consagrado oficialmente desde el Poder.

En efecto, la victoria de la España nacional es indudable, y el hecho de que una pequeña parte del territorio de la nación se encuentre todavía en manos de los que representan ya una simple disidencia nacional, no cambia en nada la situación del Estado español, único legítimo.

Por otra parte, el nuevo Estado se organiza de un modo muy exacto, con una lucidez y un espíritu de sistema que no tiene nada que envidiar a los demás Estados totalitarios. Todavía más: el partido único ha sido consagrado oficialmente por el artículo 1.º del decreto número 255, que disuelve todos los demás partidos políticos. De esta manera, el monopolio político es un monopolio de derecho en favor del partido único, lo mismo que en Italia y en Alemania, lo que representa el tipo más categórico y adelantado de su género.



¿Cuál es el origen histórico de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. (J. O. N. S. = Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista) ?

En su forma actual, la F. E. T. y de las J. O. N. S. ha sido creada por Decreto (n.º 255) del Generalísimo y Jefe del Estado Español, General Franco, el 19 de abril de 1937. Sus Estatutos han sido aprobados por Decreto (n.º 333) de 4 de agosto siguiente.

Estos Decretos incorporan en una sola entidad política dos

organizaciones preexistentes: la Falange Española de las J. O. N. S. y la Comunión Tradicionalista, con sus milicias armadas. El Jefe supremo es el General Franco.

Esta unificación fué precedida por otras fusiones espontáneas.

Algunos meses después de la proclamación de la República Española, Onésimo Redondo fundó en Valladolid la Junta Castellana de Actuación Hispánica. Ledesma Ramos había constituido otro grupo llamado "La Conquista del Estado". En noviembre de 1931 estas dos organizaciones se funden en una con el nombre de Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J. O. N. S.).

José Antonio Primo de Rivera (hijo del General y Dictador 1923/30), fundador de la organización Falange Española, la fundió a su vez con las J. O. N. S. en febrero de 1934, quedando como jefe de la nueva organización, que recibió el nombre de Falange Española de las J. O. N. S.

Todas estas organizaciones respondían a tendencias fascistas. Su programa, que es hoy el programa de la nueva F. E. T. y de las J. O. N. S., aunque original y español, se halla frecuentemente inspirado por precedentes fascistas y nacional-socialistas.

La Comunión Tradicionalista es mucho más antigua. Sus orígenes se remontan a la primera mitad del siglo XIX. Complicada con una cuestión dinástica (la sucesión de Fernando VII), encarnaba, sobre todo, una oposición feroz al liberalismo en sus aspectos religioso, político y administrativo. Estuvo siempre en contra de la monarquía constitucional, de la tolerancia y la libertad de cultos, de la centralización, del liberalismo económico, de la democracia parlamentaria, y no hay que decir que en contra de la república, el socialismo y el comunismo. Predicaba la vuelta al antiguo régimen, con un rey responsable sólo ante Dios, una fuerte jerarquía tradicional, una organización corporativa y orgánica, y las libertades de las regiones, de los municipios y de las órdenes profesionales.

Desde su comienzo, el carlismo (del nombre de Carlos, hermano de Fernando VII y pretendiente al trono) revistió un carácter fuertemente militar. Ha sostenido dos guerras civi-

les (1833/40 y 1869/72), y mantuvo siempre una milicia armada (Requeté).

El grito de los tradicionalistas es: “Dios, Patria, Rey”. Su distintivo, la boina roja.

El grito de los falangistas: “España Una, Grande, Libre. ¡Arriba España!” Su distintivo, la camisa azul.

Los tradicionalistas eran muy numerosos en los países vascos y Navarra, del Norte de España. En los primeros días del Movimiento Nacional efectuaron una verdadera movilización, poniendo a las órdenes del General Mola un nutrido ejército de voluntarios.

La Falange Española existía, más o menos, en todas partes. Llevaba una vida casi clandestina, por causa de la tenaz persecución de que era objeto. Estaba organizada militarmente, y se puso desde los primeros instantes al lado del Ejército nacional.

Un número extraordinario de falangistas y tradicionalistas ha sido asesinado por los rojos, figurando entre ellos muchas de las primeras figuras del Movimiento.

La F. E. T. y de las J. O. N. S. encarna el espíritu de las organizaciones que le dieron vida, y el del Movimiento Nacional, que en gran parte engendró.

Representa, pues, una reacción violenta contra el liberalismo, la democracia parlamentaria, el sistema de los partidos, el separatismo (que había llegado a vías de hecho en Cataluña y Vascongadas), el socialismo y el comunismo.

He ahí en pocas palabras el origen y tendencias de la F. E. T. y de las J. O. N. S.

Decíamos antes, tratando del partido nacional-socialista, de Alemania, que llegó al poder “después de la lucha más larga y dura que registra la historia de los partidos únicos”.

En verdad, si la lucha de la Falange Española no ha sido más larga, ha sido indiscutiblemente mucho más dura. Una guerra, una verdadera guerra, es el examen que tiene que pasar ante la Historia antes de recibir el honor supremo de gobernar su país.

Afortunadamente, no se ha esperado al fin de la guerra para

dar al nuevo Estado su fisonomía concreta. Mientras que se luchaba en los frentes, se edificaba en la retaguardia.

Siguiendo la hermosa tradición romana, los soldados españoles construyen a la vez que guerrear.

El partido único sustituye directamente en España al multipartidismo con todos sus horrores. Durante más de un siglo, España fué el teatro de las más terribles luchas entre los partidos, que destrozaron el alma nacional.

Precisamente por eso tenía que llegar una catástrofe. Por eso también la reacción ha sido más terrible que en ninguna parte. España no puede ser salvada más que por esta magnífica resurrección que encarna el General Franco.

Es inútil preguntarse si el partido único español es un ejército político, como en algunos otros regímenes totalitarios. Es más que un ejército político: es simplemente un Ejército.

Esa circunstancia resuelve de un modo natural e incontestable todos los problemas secundarios que lleva consigo la formación de un partido único. Así, la selección de sus miembros se realiza entre el fragor del combate, con arreglo al criterio más severo y más noble que puede existir: el del heroísmo y el sacrificio. ¿Cuál es el partido único del mundo que podría invocar un origen más noble y una selección más terrible para sus militantes?

Ese origen de los partidos únicos define al mismo tiempo las funciones que antes y después de la conquista del Estado desempeñó el partido.

La preparación de la opinión y la unificación actual de la nación no resultan de grandes discursos, sino de la profunda lección de la guerra. No es en los teatros y salas de reunión, sino en las trincheras, donde se está forjando el alma unitaria e indivisible de la nación. Las ideas-fuerzas del nuevo partido se desarrollan y actúan con esa profundidad que únicamente nace del dolor, unido a las aspiraciones humanas.

Además de la unificación nacional por las ideas, existe también la eliminación de las ideologías adversas, que se obtiene por la conquista y la reducción a la impotencia de los que no han sabido oír la voz de la Patria. Es un método terrible, pero

el único capaz de salvar todavía el patrimonio espiritual de la nación.

La F. E. T. y de las J. O. N. S. no lleva a cabo solamente las funciones transitorias, sino que asume ya las funciones permanentes del partido único.

Como ningún otro partido único en el mundo defiende su régimen. Ejerce también la función directora y la del contacto con el pueblo. El Decreto número 255 se pronuncia en su exposición de motivos contra la realización de un partido único de tipo artificial y preconiza en cambio un partido único que sea “enlace entre el Estado y la sociedad, garantía de continuidad política y de adhesión viva del pueblo al Estado”.

Como dice admirablemente el artículo 1.º del propio Decreto, la Falange “tiene la misión principal de comunicar al Estado el aliento del pueblo, y de llevar a éste el pensamiento de aquél”.

No conozco fórmula tan clara y feliz ni que testimonie una concepción más luminosa. Es una definición clásica, aplicable a todos los partidos únicos de todos los países del mundo.

La Falange se ocupa al mismo tiempo de otra función importante, que es la preparación de las nuevas instituciones. Y del mismo modo asume la dirección de los servicios públicos mediante sus miembros.



No nos detendremos, por creer que es todavía demasiado pronto, en describir la organización de la Falange como partido único. Lo que podemos decir es que se encuentran en ella todas las características propias de un partido de esa clase, tanto en lo que se refiere al Jefe como a la jerarquía, a la disciplina, a la organización o al reclutamiento entre los jóvenes.

Mencionaremos tan sólo, en pocas palabras, la interesante composición de su Consejo Nacional.

El primer Consejo Nacional lo nombra el Jefe. El número de sus miembros es de 25 como mínimo y de 50 como máximo.

Terminada la guerra, el nuevo Consejo estará integrado por el secretario general, el Jefe de las milicias, los delegados nacionales de servicios, las personas que el Caudillo designe por razón de sus jerarquías en el Estado (en número máximo de

doce), y militantes libremente nombrados por el Caudillo en atención a sus méritos y servicios excepcionales. El número total de Consejeros se mantendrá dentro de los mismos límites dados para el primer Consejo.

El Consejo decide sobre las líneas primordiales de la estructura del Movimiento y del Estado, las normas de organización sindical, las grandes cuestiones de orden nacional e internacional que le someta el Jefe del Movimiento. Este puede consultarle sobre otras materias.

Los miembros del Consejo prestan juramento litúrgico ante Cristo y los Santos Evangelios (artículo 43 de los Estatutos). Así lo han hecho con un ceremonial imponente el 2 de diciembre de 1937, en el antiguo Monasterio de las Huelgas, de Burgos.

Este último es un detalle que dice mucho sobre el espíritu del nuevo Estado. Es el Estado cristiano en toda su pureza y con toda su fe.

Es el “Estado ético” en su concepción más intransigente y buscando la garantía suprema, aquella que únicamente el Todopoderoso puede conceder a las instituciones humanas.

VII

LOS PARTIDOS UNICOS EMBRIONARIOS

Nos hemos ocupado hasta ahora de los revolucionarios que han conquistado el poder y se han instalado en él como partidos únicos, de hecho o de derecho.

Para dar una idea completa de la vitalidad y universalidad de este nuevo método político del partido único, sería interesante presentar también aquellas tendencias no triunfantes todavía, en otros países del mundo, hacia la institución de regímenes nuevos sobre la base de partido único.

Como no nos compete hacer pronósticos y prever cuáles de estas tendencias triunfarán, debemos registrar aquí todos los movimientos políticos de los diferentes países cuyo programa comprende la abolición del polipartidismo y la institución del partido único.

En este censo de las fuerzas políticas que están dando hoy el asalto al porvenir, el único criterio objetivo que podemos tomar como base es el del programa.



En **Austria**, la Constitución actual, de carácter corporativo, que prevé no menos de cinco cámaras legislativas, ni prohíbe los partidos ni proclama el partido único.

Sin embargo, de hecho el partido socialista fué disuelto a comienzo de 1934, después de la insurrección de los obreros de Viena. Algunos meses después fué disuelto también el partido nacional-socialista. El partido cristiano-social no tardó en sufrir la misma suerte. Entonces se creó una organización política original, llamada el Frente patriótico (Vaterlandische

Front). Es una organización que tiene monopolio político, sin que hasta ahora haya probado que posee también las virtudes que éste exige. Ese partido no ha nacido antes de la revolución para hacerla, ni ha brotado naturalmente sobre la base de una fe común.

Por ello, será extraordinariamente interesante comprobar algún día si esa organización desempeña su papel como los demás partidos únicos y llega a tener su duración y sus méritos (114).

En **Bélgica**, la Unión de los Nacionales Solidaristas, dirigida por el diputado flamenco Van Severen, preconiza la abolición de los partidos políticos y un nuevo orden corporativo.

Lo mismo ocurre con la Legión Nacional belga, de Paul Hoornaert y la Liga Nacional Corporativa de Sommeville. El importante movimiento rexista, que en las últimas elecciones acaba de obtener una victoria sin precedentes bajo la dirección de su jefe Degrelle, está inspirado por las mismas intenciones en lo que concierne al partidismo.

En **Bulgaria**, los movimientos titulados “La Defensa de la Patria” (Rodna Sachita), “La Unión de las Legiones Nacionales de los Jóvenes” y “La Federación Nacional Fascista” tenían inscrito en sus programas, antes de su disolución, el aniquilamiento de los partidos políticos.

En **Dinamarca**, el partido nacional-socialista tiene un programa análogo al alemán del mismo nombre.

En **Inglaterra**, los fascistas británicos, dirigidos por el coronel Bruce, preconiza la abolición de los partidos y el Estado corporativo; también lo hace la Unión Británica de Fascistas,

(114) Ese día ha llegado durante la impresión de este libro y el autor ha resultado profeta. En los días 11 y 12 de marzo último, el Frente Patriótico austriaco fué impotente para apoyar la actitud de su jefe, el canciller Schussnigg. (N. del T.)

que desempeña un papel de primera fuerza bajo la dirección de Sir Oswald Mosley.

En **Holanda**, el importante movimiento “nacional-socialista” de Mussert, preconiza el Estado corporativo y la sustitución de la multiplicidad de partidos por el principio de la unidad y del jefe.

También el partido nacional-socialista holandés se declara favorable al corporatismo.

En **Noruega**, la “Asociación Nacional” del ex ministro Mayor Vidkuh Quisling, inscribe en su programa la abolición de los partidos.

La situación de **Polonia** es bastante curiosa. Los partidos políticos de oposición no han tomado parte en las últimas elecciones y en el momento actual su actividad política es nula. Sin embargo, no existe aún partido único, ni se ve claramente, ni siquiera del lado gubernamental, qué formas tomará en el porvenir la organización del Estado.

En **Rumania**, la abolición de los partidos figura en el programa de ese movimiento vivo y lleno de porvenir que se titula “La Guardia de Hierro”, dirigida por Corneliu Codreanu. Al hablar de la “Guardia de Hierro” no podemos abstenernos de mencionar el gesto conmovedor de esta organización política, enviando a España un puñado de voluntarios, formado por lo mejor de sus directores, bajo la presidencia del general Príncipe Cantacuzeno. Dos de esos voluntarios, Vasile Marín y Ion Motza, el último de los cuales era el segundo Jefe del Movimiento de los Guardias de Hierro, cayeron heroicamente en Majadahonda, el 13 de enero de 1937, luchando en las filas del Tercio.

En otro lugar, y particularmente en el capítulo consagrado a la ética del partido único, hemos hecho algunas citas que permiten formarse una idea de las concepciones y de la fisonomía moral de esta organización política.

También “La Liga Nacional Corporatista”, constituída bajo la presidencia del autor de este libro, preconiza la disolución de los partidos como una consecuencia natural de un régimen corporativo integral y efectivo. En el capítulo correspondiente nos hemos extendido lo bastante sobre las relaciones orgánicas y necesarias entre las corporaciones y el partido único.

En Suiza, “El Frente Nacional”, dirigido por el Dr. Rolf Henne, prevé en su programa de modo categórico la abolición de todos los partidos políticos y la constitución de un Estado corporativo.

De la misma manera, “El Fascismo Suizo” del coronel Arthut Fonjalaz y la “Unión Popular” del coronel Sonderegger, son contrarios a los partidos políticos y favorables al régimen corporativo.

En Hungría, el partido nacional-socialista del Conde Alejandro Festetics pide la abolición del parlamentarismo basado en los partidos, y la creación de un parlamento corporativo.



Esa rápida ojeada del horizonte, no nos autoriza a ninguna conclusión definitiva en favor del partido único en los países que acabamos de nombrar. Haría falta conocer a fondo la situación de cada país y el empuje de cada movimiento político de los que preconizan el partido único, para poder decidir en cada caso cuáles son las probabilidades de éxito de esta idea en el país respectivo (115).

(115) Para ser completamente exactos, debemos añadir que nuestra revista, demasiado sumaria, solamente menciona los partidos de derecha.

Como en cada país existe hoy cierta tendencia comunista, por pequeña que sea, hay que contar también teóricamente con la eventualidad de una victoria comunista. Esa sería, pues, otra ocasión para que los países europeos fuesen un día dirigidos por partidos únicos.
¡Que Dios los guarde de semejante eventualidad!

No hemos considerado oportuno analizar con mayor detenimiento la ideología de esos diferentes movimientos, porque no entraba en el objeto de nuestra investigación. Debemos subrayar, sin embargo, la impresionante uniformidad ideológica de esas distintas corrientes políticas.

Todas o casi todas están en contra de los partidos políticos y del régimen liberal, de la corrupción política, del marxismo, de la prensa anti-nacional y de la especulación.

Todas ellas están en favor de las clases medias, de la clase campesina aplastada por la crisis, y de las corporaciones.

Esos movimientos están todos organizados militarmente y compuestos e inspirados por los jóvenes. La mayor parte, en fin, tienen carácter nacionalista y anti-semita.

INDICE

	Págs.
Prólogo de R. Fernández Cuesta	7
Dedicatoria	9
Presentación	11
Prefacio del autor para la edición española	15
Introducción	19

PRIMERA PARTE

EL PARTIDO UNICO COMO INSTITUCION

I. Necesidad histórica del partido único	25
1. El partido único, como reacción contra el partidismo liberal.	25
2. El Estado de ideales. (El Estado ético y militante)	34
3. El proceso biológico del Estado nuevo	41
4. La racionalización del Estado por el partido único	50
5. La ética del partido único	52
II. Las funciones del partido revolucionario antes y después de su transformación en partido único	61
A) Las funciones transitorias	61
1. La preparación de la opinión	62
2. La conquista del poder	64
3. La unificación política de la nación	69
a) La posibilidad de la unificación	69
b) Las ideas-fuerzas del partido único	72
c) La eliminación de las ideologías contrarias	76
d) La absorción de los partidos secundarios	77
e) La educación política de los jóvenes	78

B) Las funciones permanentes	80
1. La defensa del régimen	80
2. La función directiva y el contacto con el pueblo. (Necesidad de una "élite")	82
3. La elaboración de las nuevas instituciones	94
4. La dirección de los servicios públicos	95
III. El partido único en el Estado	97
1. El monopolio político	98
2. El problema de las tres entidades políticas (Estado, partido único, nación)	100
3. El partido en la administración pública	109
4. El partido único y las corporaciones	111
IV. La organización del partido único	115
1. El Jefe	115
2. La jerarquía y la selección de los cuadros	122
3. La disciplina y la organización militar	126
4. Los órganos del partido único	131
5. Los miembros del partido único	133
a) Antes de la conquista	134
b) Después de la conquista	135
El reclutamiento político de la juventud	137
6. El régimen jurídico	140
a) Derechos y deberes	140
b) Jurisdicción excepcional	141

SEGUNDA PARTE

LOS GRANDES PARTIDOS UNICOS CONTEMPORANEOS	143
I. El partido comunista de la U. R. S. S.	144
II. El partido republicano del pueblo en Turquía	151
III. El partido nacional fascista de Italia	161
IV. La Unión nacional de Portugal	174
V. El partido nacional-socialista de Alemania	182
VI. La Falange Española Tradicionalista	194
VII. Los partidos únicos embrionarios	200

LIBRERÍA GENERAL

Independencia, 8

ZARAGOZA

Precio: 5 Ptas.